

Selección RNR

*Papel de
Armenia*

ANTONIO SANZ



Aventura y suspense

PAPEL DE ARMENIA

Antonio Sanz Oliva



1.^a edición: mayo, 2016

© 2016 by Antonio Sanz Oliva

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-484-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Fernando, por regalarme tiempo para escribir.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Agradecimientos

CAPÍTULO 1

Eran cerca de las doce de la mañana cuando sonó el timbre. Acababa de salir de la cama y todavía llevaba puesto el camisón. Me había levantado tarde, como lo había hecho durante la última semana después de haber dejado temporalmente mi trabajo, y lo último que deseaba era ver a nadie. A pesar de ello, me decidí a abrir; fuera quien fuera, no pensaba entretenerme demasiado tiempo.

—¿La doctora Prato? —preguntó un joven con uniforme de mensajero.

—Sí, soy yo.

El muchacho me entregó un sobre precintado que, por su volumen, debía contener una carta o algún tipo de documento, luego, me hizo firmar en una planilla donde figuraban mis datos.

—Muchas gracias... —le dije al mismo tiempo que me apresuraba a cerrar la puerta.

Fui arrastrando los pies hasta la cocina y dejé el sobre encima de la mesa mientras colocaba la cafetera en el fuego. No tenía curiosidad. Deduje que se trataría de algún documento que no había tenido ocasión de firmar y esperé hasta que empezó a salir el café a borbotones, inundándolo todo de un aroma que olía a vida, justo lo que a mí me faltaba.

Enseguida acudieron a mi mente imágenes asociadas al ritual de cada mañana, recuerdos que incluían a mi marido untando unas tostadas con mantequilla, mientras yo lo observaba con la taza de café muy cerca de mis labios soplando para no quemarme. Era el momento que más me gustaba del día, el que siempre había soñado. Francesco, todavía sin duchar, se exhibía indolente en calzoncillos dejando al descubierto su genuina virilidad. Exhalaba un aroma masculino sin camuflar, sus pelos revueltos y su barba sin retocar me volvían literalmente loca. Luego venían las prisas, la ducha, los perfumes, el «qué me pongo hoy», el beso de despedida y el «luego te llamo»; simplemente perfecto.

Al volver del trabajo, la ilusión de saber que me estaría esperando tumbado en el sofá, leyendo alguna revista o viendo la televisión. La cena,

alguna copa de vino los fines de semana y lo que viene después. La mayor parte de mujeres suelen añadir en este punto la palabra fantasía, pero a mí no me hacía falta. Necesitaba sentirme «llena» de él, saber que literalmente me completaba. Y todo aquello se esfumó en una tarde.

*

Hubiera deseado seguir engañada, pero el destino había decidido que no podía continuar ignorando lo que pasaba. Una reunión largamente planeada y anulada por sorpresa hizo que se suspendiera la cita con los representantes de la Superintendencia Nacional de Bienes Culturales en Roma. Decidí regresar a Milán de improviso y darle así una sorpresa a Francesco, al que imaginaba, como de costumbre, tumbado en el sofá.

Abrí sigilosamente la puerta y, al no verlo, me dirigí al dormitorio pensando hallarlo, tal vez desnudo, dispuesto para hacerme feliz, cuando unos gemidos me paralizaron en la misma puerta de la habitación. No me atreví a dar un paso y dejé de respirar para que mi aliento no me delatara. Mis oídos se agudizaron y pude captar a la perfección los inconfundibles sonidos de una pareja haciendo el amor. No podía creerlo, mejor dicho, no quería creerlo, ¡me estaba poniendo los cuernos con alguna zorra en mi propia alcoba! Nunca fui celosa, pero aquel engaño era evidente y nadie me había preparado para reaccionar ante aquella situación. En décimas de segundo pensé en irrumpir, montando una escena, pero me sentí ridícula. Lo había visto tantas veces en el cine, que fui incapaz de repetirlo. Opté por asomar la cabeza por la puerta entreabierta y cerciorarme de que aquello era real, que los sentidos no me engañaban y miré, pero lo que vi superaba cualquier cosa imaginable. ¡Estaba con otro hombre! y eso todavía me dejó más paralizada, aunque mis ojos no dejaron de mirar, absortos e incapaces de asimilar la verdad. El cerebro dejó de procesar racionalmente y solo conseguí repetir en mi mente que aquello no era cierto. Tuve que cerrar los ojos para poder salir de allí. Me giré y volví sobre mis pasos sin hacer ruido; no estaba preparada para afrontar aquello cara a cara con Francesco y su amante. Como una autómatas, abrí la puerta de la calle y salí sin rumbo. Cuando fui consciente de lo que había sucedido, estaba sentada en un banco del parque. Era septiembre y el frío del atardecer

hizo que despertara del shock. Descubrí que había salido sin nada, ni bolso, ni llaves, ni móvil, ni dinero; tenía que volver. A estas alturas, mi marido ya sabría que había estado allí y tal vez aquello me facilitara tener que soportar la mentira y la vergüenza.

Cuando llegué, él me abrió la puerta. Su cara era un cartel luminoso anunciando su culpabilidad.

—¿Cuándo regresaste? —me preguntó.

—A tiempo para veros... —le contesté, rompiendo a llorar.

Por fortuna, tuvo la delicadeza de no interrumpirme con vanas excusas y yo me desahogué con amargura, dejando fluir toda la frustración que sentía.

*

Mientras saboreaba el último sorbo de café, dejé caer una lágrima encima del sobre de plástico y reparé en él. Necesitaba evadirme de aquellos recuerdos que me entristecían y decidí averiguar de qué se trataba.

Me costó abrir el envoltorio, empleándome a fondo con las uñas hasta que conseguí sacar otro sobre de dentro. No eran, como suponía, papeles del trabajo. En él estaba impreso el nombre de una empresa, la Turinese Investment Corporation. Consiguió llamarme tanto la atención que dejé de compadecerme. ¿Qué significaba aquello? Sin duda era una equivocación, pero estaba dirigida a mí y no se hubieran tomado tantas molestias si se tratase de simple publicidad. Rasgué con precisión el borde del sobre y saqué con cuidado la carta impresa en papel *vergé*, como el que se utiliza para las invitaciones, perfectamente doblado y con el logotipo de la empresa bien visible. Comencé a leer, aunque, a primer golpe le vista, me pareció que se trataba del típico saluda.

Como directora del Instituto de Bienes Culturales de Milán, estaba acostumbrada a recibir cientos de aquellos atentos mensajes que cursaban las empresas que mantenían estrechos lazos de colaboración con nosotros, pero aquello no tenía sentido. Jamás recibí nada en mi propia casa.

Doctora Prato:

La Turinese Investment Corporation, se complace en invitarla a la

reunión que se celebrará el próximo viernes 29 de noviembre de 2013 en la sede de nuestra corporación. En la misma, se tratarán temas concernientes a convenios de colaboración para la rehabilitación de obras artísticas en la provincia de Turín.

Dado su prestigioso currículum, nos sentiríamos honrados de contar con su presencia en calidad de asesora.

Para confirmar su asistencia o para cualquier aclaración, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Atentamente,

Andrea Di Pietro

Director Gerente de Turinese Investment Corporation

0039 0115620666

A pesar de releer una y otra vez la escueta nota, no salía de mi asombro. Aquello parecía una broma. ¿Cómo habían localizado mi domicilio? y, sobre todo, ¿por qué me buscaban a mí, habiendo tan buenos profesionales en Turín? Pasé de la perplejidad al cabreo en segundos. Descolgué rápidamente el teléfono para llamar al despacho y averiguar quién había facilitado mi dirección a aquel grupo inversionista. Al cabo de un rato reconocí la voz de Giulia, mi secretaria. Tenía un timbre tan delicado que terminaba todas sus frases como si estuviera entonando una canción. Inspiré dos veces antes de tener que soltar un exabrupto y, más calmada, le pregunté.

—Buenos días Giulia...

—Doctora Prato... ¡Qué alegría! ¿Cómo se encuentra?...

—Bien, bien... Te llamaba porque acabo de recibir en mi casa una carta de una empresa turinesa para un posible convenio de colaboración...

—¡Qué extraño!

—Eso mismo he pensado yo... Y a no ser que alguien les haya dado mis señas, no comprendo cómo han podido localizarme. ¡Sabes que está terminantemente prohibido facilitar datos personales!

—Lo sé, lo sé... Pero aquí nadie se ha puesto en contacto con nosotros

preguntando por usted. Recibimos el correo como siempre, a su nombre, pero no ha llegado nada de Turín.

—Verás, se trata de la Turinese Investment Corporation. ¿De verdad que no te suena?

—Ya sabe que todo su correo pasa por mis manos y estoy completamente segura de que jamás hemos recibido nada similar, lo recordaría. Además, solo hace una semana que dejó el trabajo y lo llevamos todo al día.

—Está bien, Giulia... Gracias por todo, no obstante, haz algunas averiguaciones. Indaga lo que puedas sobre esa corporación, es posible que los compañeros sepan algo.

—Así lo haré, doctora Prato. La mantendré informada.

Cuando colgué, no me sentí más aliviada, aunque por un momento había conseguido hacer un paréntesis en mis problemas. Miré de nuevo el papel y lo doblé, dejándolo sobre la librería del salón, encima de una vieja enciclopedia de arte que llevaba años acumulando polvo.

Pasaban unos minutos de la una de la tarde; demasiado pronto para mí, demasiado tarde para el mundo. Estaba ociosa y no había previsto cómo gestionar el tiempo cuando, en un arrebato, quise dejarlo todo para regodearme en el desánimo. Pensaba que era lo que tocaba hacer en un caso como el mío pero, por desgracia, era una cosa que solía pasar más a menudo de lo que imaginaba y ni siquiera podía justificarme pensando que era la mujer más desgraciada del mundo. Encendí un cigarrillo, aunque no solía fumar habitualmente, solo lo hacía como una gracia cuando, relajada, tomaba una copa de vino con Francesco. Entonces aquello me parecía sexy, pero ahora me sentía ridícula y lo apagué. Todo lo que hacía me recordaba irremediablemente mi fracaso y empezaba a no encontrarme a gusto con aquella autocomplacencia.

Volví a pensar en la carta; era lo único que había conseguido distraerme de mis problemas y no quise esperar a que Giulia me llamara con alguna escueta información. Intentaría averiguar por mí misma el porqué de ese oscuro interés por mí. Marqué decidida el número que figuraba al pie de la nota y esperé paciente hasta escuchar una cálida voz femenina tras un fondo musical de reminiscencias wagnerianas.

—Turinese Investment Corporation, buenos días.

—Mi nombre es Simona Prato. Desearía hablar con el Director, el señor

Andrea Di Pietro.

—Un momento, señora Prato.

La secretaria me dejó durante unos instantes con los compases de la *Valkiria* mientras consultaba con su jefe. Al fin volvió a ponerse, indicándome que me pasaba la llamada al despacho de Di Pietro.

—¿Doctora Prato?

—Sí, soy yo.

—No sabe lo feliz que me hace poder hablar con usted.

—Se lo agradezco, pero lo que me ha decidido a llamarles es mi sorpresa al haber recibido su invitación en mi casa. Me indican desde el Instituto que no se han dirigido a nosotros por el cauce habitual.

—Disculpe si nuestro atrevimiento ha podido importunarle, pero estamos interesados personalmente en usted, no en función de su cargo. Su prestigio como restauradora de libros antiguos le precede y deseáramos contar con su inestimable asesoramiento en un proyecto que estamos dispuestos a financiar.

—Me halaga enormemente que hayan pensado en mí, pero no sería honesto por mi parte aceptar su invitación habiendo grandes profesionales en Turín. El departamento de bienes artísticos del Piamonte cuenta en su haber con destacados restauradores y es a ellos a quien correspondería establecer los convenios pertinentes, es una cuestión de protocolo, ¿me comprende?

—Perfectamente, aunque permítame que insista. Mi corporación está muy interesada en este asunto. Es un proyecto complejo, que abarcaría diferentes disciplinas y que nos gustaría que usted dirigiera. Comprendo su extrañeza y por eso me gustaría hablar con usted en privado.

—Yo, no sé qué decir... No sé si sabrá que hace poco he dejado temporalmente mi trabajo por cuestiones personales y no sería ético embarcarme, en estas circunstancias, en una iniciativa privada.

—No queremos que se sienta incómoda. Tómese su tiempo para pensarlo y si se decide, háganoslo saber. Nos encantaría, como le he reiterado, que fuera usted quien se hiciera cargo del tema. Ni qué decir tiene que mi empresa sabrá recompensar generosamente su trabajo, que puede extenderse a futuras colaboraciones con su departamento.

En aquel momento, más allá de la insistencia y de la lógica curiosidad con la que Di Pietro había sabido envolver su tentadora oferta, había otros factores

que revoloteaban en mi cabeza. Contaba con tres meses antes de reincorporarme a mi puesto y, en una sola semana, había completado el ciclo de hartazgo, rabia y ociosidad. Necesitaba salir de aquel bucle inane en el que me había metido yo sola y mi inconsciente tomó una decisión por mí. Contesté afirmativamente, sin razonar las consecuencias de mi decisión.

Di Pietro se apresuró a ofrecerme toda clase de facilidades antes de que me arrepintiera. Cuando colgué, ya tenía comprometido el billete de tren y una reserva en uno de los mejores hoteles de Turín. Había adelantado la fecha del encuentro una semana antes de lo que figuraba en la invitación; necesitaba conocer de antemano de qué se trataba para dar una respuesta definitiva.

CAPÍTULO 2

Decididamente estaba loca. Me encontraba sentada en un cómodo asiento del *Frecciarossa* rumbo a Turín y cuando arrancó el tren, me dio un vuelco el corazón. Había comprado una revista para entretenerme, pero pronto me olvidé de ella. Mientras miraba el paisaje, mi vista se perdió más allá del horizonte. Viajé hasta el mundo de Francesco y ahora, por su culpa, me veía embarcada en una extraña aventura.

No hubiera dejado de trabajar, pero acepté aquella interrupción ante la insistencia de mis colaboradores, en especial de Giulia, que me conocía mejor que yo misma. La verdad es que me volví irascible y comencé a compaginar los gritos con episodios de llanto incontrolado que me hicieron abandonar varias reuniones y posponer otros tantos compromisos. Después de iniciar los trámites del divorcio, focalicé en los empleados todas mis frustraciones, pero lo que en realidad me sucedía era que me sentía impotente.

Si se hubiera cruzado en mi camino una mujer, me habría empleado como una fiera para defender lo que era mío y hasta habría perdonado cualquier infidelidad. Francesco no me dejó ser generosa, simplemente no pude luchar contra aquello; me faltaba algo entre las piernas. También me dolió que no insistiera en pedir perdón, ni que no me rogara volver conmigo, prometiendo en vano no recaer en aquella «debilidad». Fue honesto y desapareció de mi vida. De pronto me vi sola y vacía, sin un «cabrón» con quien litigar. Se acabaron los desayunos compartidos, que alguien me esperara en calzoncillos en casa, las copas de vino y lo que venía después. No se llevó nada, pero tampoco me dejó una explicación, un porqué. Aceptó lo que le impuse cuando, presa de la rabia, quise hacerle daño, pero aquello tampoco me satisfizo, simplemente desapareció dejándome el corazón deshabitado. Tal vez, algún día, llegaríamos a tener esa conversación que nos faltaba, alrededor de una copa de vino, pero nada volvería a ser igual.

Mi cabeza no funcionaba bien. De los recuerdos dolorosos pasé sin darme cuenta a aquellos que todavía me hacían feliz y evoqué el momento en que lo conocí.

*

Acababan de nombrarme directora de la Superintendencia de Bienes Artísticos de Milán y quise presentarme en persona a todos los departamentos para conocer, de primera mano, la realidad y necesidades de mis empleados. El primer sitio que visité fue la Academia de Brera y su sala de restauración de pintura. Era una visita protocolaria, pero me empeñé en entrar en el taller donde varios restauradores trabajaban denodadamente en la puesta a punto de *La Sacra Conversación* de Piero della Francesca, más conocida como *La Pala di Brera*, una de las joyas de la pinacoteca. Allí, recostado sobre un andamio y con un bastoncillo en la mano, estaba él, limpiando uno de sus ángeles, que siempre me parecieron unas *Drag Queens* del *cuatrocento*. A mi llegada, me presentaron a todo el equipo de restauradores, incluido Francesco, que tardó un largo rato en bajarse de la plataforma. Me hizo mucha gracia, con aquel aspecto de bohemio despistado y un tanto desaliñado. Era el único que llevaba su bata llena de lamparones, pero pronto me olvidé de su atuendo, cuando su sonrisa intentó hacerse un hueco entre la descuidada barba rubia. Al dirigirme a él, se sintió observado y no paró de rascarse su melena rizada hasta que le pregunté por el cuadro que estaba limpiando y entonces se le iluminaron los ojos, olvidándose de todo lo demás. Se notaba que disfrutaba con lo que hacía y en ese momento me enamoré. Poco a poco me fue obsesionando y le tenté varias veces con algún cargo de responsabilidad para poder estar más cerca de él, pero siempre se resistió a abandonar su verdadera pasión.

Una vez superó las primeras reticencias, conseguí invitarle a cenar y luego todo fue pan comido. Cuando nos casamos en el *Duomo*, yo tenía 35 años y él bastantes menos, pero hacíamos tan buena pareja que despertábamos envidias. Ahora, a toro pasado, tengo que reconocer que, tal vez, si yo no me hubiera empeñado, Francesco jamás me hubiera pedido en matrimonio. Teníamos una relación más intelectual que carnal, aunque follaba de maravilla. Jamás noté nada raro y, sobre todo, era muy divertido, nunca me había reído tanto con nadie. Me hacía sentir bien. Era feliz.

*

La megafonía del tren me devolvió a la realidad cuando entrábamos en Turín. Recogí mi pequeña maleta y me dirigí al exterior de la monumental estación. Estuve a punto de tomar un taxi para que me acercara al Principi di Piemonte, un cinco estrellas en la céntrica Vía Gobetti, pero al final opté por acercarme a pie, no estaba demasiado lejos, a escasos trescientos metros.

Había llegado temprano. Tan solo eran las diez de la mañana, así que me registré y dejé el equipaje en la misma recepción para, acto seguido, volver a la calle. La sede de la TIC estaba en el mismo Corso Vittorio Emanuele II, a un tiro de piedra del hotel y no me esperaban hasta las once de la mañana. Busqué una cafetería y me senté en una coqueta terraza con confortables sillones de mimbre y estufas piramidales que me calentaron la espalda mientras saboreaba un estupendo *cappuccino*. Hacía frío; un frío seco de finales de noviembre, hasta que un tímido rayo de sol se asomó por los edificios, iluminando el pequeño rincón de la plaza donde me encontraba. Pagué la cuenta y me fui paseando tranquilamente hasta el lugar de mi cita.

Había imaginado la sede de la corporación en uno de esos rascacielos de cristal, todo muy funcional y rodeado de extraordinarias medidas de seguridad, pero jamás pensé que ocuparía uno de esos bellos edificios decimonónicos, levantados *ad hoc* en Turín para justificar una capitalidad que pronto asumió Roma.

Un señor vestido de traje y una sencilla placa metálica en la puerta, me indicaron que ya había llegado. Pregunté para estar más segura y el portero me invitó a que tomara el ascensor hasta el tercer piso. Un vestíbulo decorado con mármol y exquisitas litografías daba paso al ascensor, una de esas joyas antiguas de cesta acristalada y con el mecanismo de poleas al aire. Tal vez, a finales del siglo XIX hubiera resultado moderno pero, ahora, a pesar de los detalles cuidadosamente seleccionados, resultaba un poco decadente e inseguro.

Llamé a la puerta y una estupenda secretaria de piernas largas y lacia cabellera rubia me recibió con voz canora y una bonita sonrisa.

—¿La doctora Prato? —me preguntó con sus jugosos labios empapados en *gloss*.

—Sí. Creo que llego un poco pronto... —me disculpé, aunque allí no se veía movimiento alguno y estaba casi segura de que era la única visita que esperaban aquel día.

—Acomódese, por favor. Voy a avisar al director de que ha llegado.

Aquella decorativa «Barbie» se adentró por un pasillo, contoneándose como una maniquí. Llevaba un modelo muy chic: un traje de chaqueta azabache de Armani, con una preciosa camisa blanca abierta hasta el inicio del canalillo y unas gafas rojas de pasta que remarcaban estupendamente sus preciosos ojos verdes. No creo que le hicieran falta aquellas gafas, aunque presupuse que llevaría de maravilla la «agenda» de su jefe. «¡Qué malas somos las mujeres!», pensé.

Cuando regresó, esperó en mitad del pasillo, indicándome que la acompañara. Sin querer, adopté su misma postura y puse recta mi espalda, intentando caminar correctamente como ella. Me pareció un pasillo eterno.

—Si es tan amable... —dijo mientras me invitaba a pasar al despacho de Di Pietro con un movimiento de su mano.

Dejó franca la puerta y esperó a que pasara. Yo me quedé clavada en la entrada, observando el inmenso e iluminado despacho. Lo primero que llamó mi atención fue la gran alfombra de increíbles tonos azules y delicados motivos florales en tonos pastel, que ocupaba la práctica totalidad de la estancia. Por su inconfundible factura, no tuve dudas de que procedía de la Real Fábrica de Tapices española y el resto del mobiliario, de estilo Luis XVI, armonizaba soberbiamente con aquel entorno sofisticado.

Estaba acostumbrada a esos ambientes y conocía las hechuras de ese tipo de decoración, aun así me costó ubicar a Di Pietro entre tanto oropel. Allí estaba, detrás de una impecable mesa vacía, de la que se desmarcó cuando se puso en pie para hacerme los honores.

—Doctora Prato... —dijo arrastrando las palabras y apresurándose a tenderme la mano mientras me invitaba a sentarme en un mullido sillón.

—¿Le apetece un café? ¿O tal vez un té?

—Un café está bien.

La secretaria, diligente, nos sirvió sendas tazas en una exquisita porcelana inglesa y desapareció mientras deshacíamos los terrones de azúcar con la cucharilla. Tanta parafernalia me ponía nerviosa; esperaba algo más directo y menos ostentoso para la ocasión y, a estas alturas, pensaba que saldría de allí tan pronto como me hubiera terminado el café. Di Pietro me sonrió y se sentó a mi lado. Tal vez pensó que me intimidaría si ocupaba un lugar preferente en la cabecera del despacho.

—Gracias por venir —me dijo escuetamente.

—Reconozco que estoy intrigada, aunque creo que tendrá que emplearse a fondo si desea convencerme para que me embarque en un proyecto del que, hasta ahora, todavía desconozco los términos.

—Tiene razón, doctora Prato... ¿Conoce Val di Verna?

—No. ¿Debería?

—Se trata de un precioso pueblo muy cerca de aquí, rodeado de un frondoso bosque en mitad del parque natural de Col del Lys. Allí se encuentra una pequeña iglesia de origen medieval en la que estamos interesados. Se trataría de una intervención integral.

Mientras me hablaba, se acercó a su mesa y sacó del portafolio una fotografía del templo que rápidamente me entregó.

—No dudo de su valor artístico —le dije al verla—. Pero, por su aspecto, ha debido sufrir profundas transformaciones. Su estilo actual responde seguramente al neoclasicismo del siglo XVIII, nada de extraordinario si tenemos en cuenta el patrimonio artístico de la región. No deja de ser una iglesia de pueblo y me extraña que una empresa como la suya se haya interesado por un edificio con tan poco valor aparente.

—Veo que es usted la persona indicada... Efectivamente, San Donato no es más que una ermita, una de tantas que pueblan los valles que circundan Turín. De hecho, el arzobispado no tuvo ningún problema en vendérmola, acuciado por sus problemas financieros, cuando hacía tiempo que se encontraba desacralizada y en un avanzado estado de deterioro.

—Me imagino que se trata de un capricho más. ¿Qué piensan hacer con ella? ¿Un restaurante? Hoy en día están muy de moda.

—Es una posibilidad, pero no es eso lo que nos interesa. En realidad queremos devolverle su aspecto original. Tenemos sospechas de que debajo de la anodina capa de yeso que ahora cubre sus muros, se encuentran unos maravillosos frescos medievales y quién sabe si otras sorpresas que aguardan ver la luz.

—Está bien, admitamos que San Donato pueda albergar algo de lo que dice y que valiera la pena la inversión. Entonces, ¿por qué no se han dirigido al departamento turinés correspondiente? ¿Por qué necesitan de mis servicios? Lo siento, ya le dije que, en estos momentos, me encontraba en excedencia por

motivos personales y, francamente, su proyecto no me resulta apasionante.

—¿Cambiaría de idea si le dijera que puede que haya algo que tal vez despierte su interés?

—¿De qué se trata?

—De libros antiguos... Usted es una reputada especialista en restauración y epigrafista reconocida. Además, tiene experiencia en dirigir equipos.

—¿Equipos?

—Se trataría de un grupo multidisciplinar al que tendría que coordinar. Claro está que el tema del tratamiento de los libros que encontráramos y de su estudio, correrían a su cargo.

—Vamos a ver... ¿De qué libros estamos hablando?

—Me imagino que no le será desconocido que la dinastía Saboya tenía una querencia un tanto extraña hacia todo lo esotérico. El hecho de que contemos con el mejor museo egipcio, después de El Cairo, es solo una muestra de ello. Tenemos la certeza de que, durante siglos, fueron reuniendo una importante biblioteca que abarcaba desde el saber alquímico hasta los principales grimorios sobre los que se fundamenta la magia negra. Imagine encontrarse con ejemplares auténticos escritos por Nostradamus de su puño y letra; libros como *El Legemetón...*

—Estos textos de los que me habla, a pesar de su antigüedad, se pueden encontrar en muchos sitios. Existen cientos de ellos en librerías antiguas de medio mundo y su contenido es público hoy en día, incluso por internet.

—Cierto, pero no se trata más que de copias, la mayoría adulteradas y desvirtuadas por charlatanes interesados... Imagínese encontrarse con los verdaderos originales y toda la sabiduría que se encierra entre esas hojas.

—No niego que es bastante tentador, pero el ocultismo no es un tema que me interese. Creo que no aporta nada, científicamente hablando.

—Es muy dura negociando. Veo que tendré que tentarla con otra cosa...

—Sorpréndame.

—Lo voy a hacer... Imagino que todavía se estará preguntando por qué nos interesamos por usted y cómo averiguamos su domicilio para hacerle llegar nuestra invitación. Bien, nada pasa por casualidad como habrá supuesto. Alguien muy cercano nos puso sobre la pista, alguien que la conoce muy bien.

Reconozco que, hasta ese momento, nada de lo que me propuso me

apasionaba, pero aquello me picó la curiosidad. ¿Quién sería el que me había vendido tan bien ante aquel grupo de millonarios ociosos?

—Se trata de Francesco Prato, su marido...

¡Francesco! Por poco me desmayo de la impresión y, durante unos segundos que me parecieron eternos, me quedé callada. Di Pietro notó mi cara desencajada; era justamente lo que pretendía cuando reveló su nombre. A estas alturas, debía saber casi todo lo que me había sucedido y me sentí desarmada para dar una respuesta coherente.

—Ya no es mi marido... —le contesté furiosa, aunque no sé por qué lo hice. A Di Pietro no le importaba nada mi vida.

—Lo siento, doctora, desconocía los detalles de su estado civil.

—No importa, no tenía por qué saberlo... Quisiera hacerle una pregunta.

—Dígame.

—¿Está aquí?

Di Pietro dudó por un momento, pero era evidente que mi ex no estaría demasiado lejos. No me lo podía creer e inmediatamente mi cabeza empezó a trabajar al doble de su capacidad, imaginando cómo afrontar un reencuentro que no me había planteado. Por fin, mi interlocutor me sacó de dudas.

—El señor Prato está en una sala contigua aunque, si no desea verle, lo comprenderé... Tal vez sea mejor posponer la reunión hasta que decida si se suma al proyecto.

En aquel momento se abrió una puerta en el lateral del despacho y apareció Francesco. Iba muy elegante, con un traje de raya diplomática. Jamás lo había visto tan impecable; me costó reconocerlo, pero aquello era más de lo que podía soportar. Me sentí engañada y esperaba que, de un momento a otro, se descubriera el pastel: una cámara de televisión y un ramo de flores, como en ese tipo de programas donde se sustancian reconciliaciones y disputas, aunque esta vez no se trataba de una broma.

Cuando noté su ademán de acercarse, abandoné mi asiento y corrí literalmente hacia la puerta. Sentí la necesidad de huir y no pensé en la grosería que suponía dejar el despacho sin despedirme de mi anfitrión, ni siquiera reparé en la «Barbie» que debí cruzarme en algún momento al salir. Bajé las escaleras, pero en aquel momento no era consciente de por qué quería escapar; quizá porque me sentía ridícula ante Di Pietro y reaccioné

instintivamente.

Cuando llegué a la calle, pensé que me encontraba a salvo de aquella situación embarazosa, pero Francesco me había seguido y no tardó en alcanzarme. Me agarró por los brazos y me dio la vuelta. Cuando lo tuve cara a cara, me desmoroné y empecé a llorar como una tonta.

—Simona, Simona... tranquilízate —no paraba de repetirme.

Al fin me abracé a él y escondí mi cara en su pecho hasta que me vacié de lágrimas, dejando completamente empapada su camisa. Francesco me llevó hasta una cafetería cercana para que me calmara. Hubiera ido donde me pidiera porque, en aquel momento, ya no tenía fuerzas para controlar la situación; mis nervios me habían jugado una mala pasada.

Me conocía perfectamente y pidió una copa de brandy para mí. Estaba fuerte, pero lo tomé casi de un sorbo, devolviéndome el ánimo antes de lanzar un largo y profundo suspiro.

—¿Te encuentras mejor?

—No sé lo que me ha pasado. Siento que he hecho el ridículo, pero nunca hubiera sospechado que estuvieras detrás de todo esto.

—Quisiera pedirte disculpas por esto... y por todo. Sé que deberíamos haber hablado antes y...

—Por favor no sigas. No estoy preparada para tener esta conversación. Necesito algo más de perspectiva para ser justa contigo y, sobre todo, conmigo misma.

—Está bien, si quieres me voy... —me dijo con semblante serio.

Después del impacto, no hubiera soportado quedarme sola. No entraba en mis planes pero, ya que estaba allí, necesitaba al menos oír su voz.

—No, quédate —le contesté sin pensar—. Podemos hablar de otra cosa... Del asunto que me ha traído hasta aquí, aunque, la verdad, todo lo que he oído de boca de Di Pietro me han parecido milongas.

—¿Lo crees así?

—Sinceramente, ¿qué tienen que ver el ocultismo y un puñado de libros con la rehabilitación de un templo que no tiene nada de especial?

—Andrea no ha terminado de explicarte toda la historia.

—¿Andrea? Veo que os conocéis muy bien.

—No es lo que piensas... Di Pietro y yo mantenemos una estricta relación

profesional. El tema es verdaderamente apasionante y todos podemos salir beneficiados.

—No voy a preguntarte cómo lo has conocido, pero me gustaría que me explicaras de qué va todo esto. Pareces saber bastante...

—Mira que eres puñetera, Simona. No tengo ningún problema en contarte lo que sé. Di Pietro contactó conmigo para pedirme asesoramiento y me habló de esta iglesia. Por lo que he podido averiguar, podría datar de mediados del siglo XI y sería el último vestigio de una antigua abadía benedictina abandonada en el siglo XVII. Cuando los monjes dejaron el valle, la propiedad pasó a manos del recién creado marqués de Val di Verna, un vividor nizado al que Víctor Amadeo II ennoblecó a cambio de una notable suma de dinero cuando se proclamó rey de Cerdeña. Domenico Landarel, el nuevo señor, estableció aparceros en sus tierras y permitió que se reutilizaran materiales de la abadía para que construyeran sus hogares. Pronto, no quedó ni rastro del antiguo convento, excepto los restos de la iglesia que, muy deteriorados, tuvieron que reconstruirse con la estética imperante en aquel momento y con materiales mucho más pobres. Pensamos que, a pesar de ello, podrían conservarse unos frescos comparables a los que todavía pueden verse en la abadía de Santa Giustina, en Sezzadio. ¿Comprendes ahora mi interés?

—De todos modos, ¿qué pintan los grimorios en todo esto?

—Para ello tendrás que situarte en una época más reciente, el *Risorgimento*. Como ya te habrá contado Andrea, los Saboya fueron grandes coleccionista de objetos extraños, lo que ahora llamaríamos un «Gabinete de Curiosidades», entre los que no faltaban reliquias, laboratorios alquímicos y libros supuestamente mágicos. Ahí es donde entra Carlotta de Landarel, la última marquesa de Val di Verna y dama de confianza de M^a Adelaida de Habsburgo-Lorena, reina consorte de Cerdeña y esposa de Vittorio Emanuele II.

—¿Y?... No entiendo el nexo de unión entre ambas cosas.

—No seas impaciente. De todos es sobradamente conocido que el rey tuvo una amante, Rosa Vercellana, más conocida como La Bela Rosin, con la que se casó después de morir su esposa y con la que tuvo hijos. Eran tiempos en que el espiritismo y todo lo esotérico cobraron un auge inusitado. La reina, ayudada por su dama, hizo recopilar la mayor biblioteca de brujería de la historia y se rodeó de nigromantes y supuestos médiums, en un intento vano de

amarrar al rey y destruir a su rival. M^a Adelaida no logró su propósito, al morir tempranamente a consecuencia de un sobrepeso, pero la marquesa, que se ocupó de la crianza de los jóvenes príncipes, continuó con aquel empeño.

—Pero, ¿qué tiene que ver la iglesia de San Donato con todo esto?

—Verás, supuestamente todo el material recopilado se encontraba en los subterráneos del palacio Madama que, en aquel momento, era la sede del parlamento piamontés. Los hechos se sucedieron rápidamente y tras la unificación, la familia real y el parlamento se marcharon, primero a Florencia y después a Roma, una vez que fueron ocupados los Estados Pontificios. En los días previos al traslado de la familia real a la capital de la Toscana, apareció muerta Carlotta en extrañas circunstancias. Fue víctima de una apoplejía, se dijo entonces, aunque hay serias dudas sobre ello. Era una época de frenética actividad y no hubo tiempo ni ganas de investigarlo. Lo cierto es que la mayor parte de esos objetos, especialmente la siniestra biblioteca, desaparecieron.

—Deja que adivine... Seguramente pensáis que ese «tesoro» podría estar oculto en San Donato, ¿no?

—Veo que no has perdido ni un ápice de tu intuición, pero todavía hay más. Durante la ocupación nazi, un grupo especial de las SS estuvo indagando por la zona, buscando ese mismo tesoro, como tú lo llamas. Hitler y su círculo íntimo estaban chiflados por el tema y a pesar de que el conflicto estaba tocando a su fin, todavía confiaban en una solución «mágica» que decantara de su lado el resultado de la guerra. Era gente vinculada a una extraña sociedad secreta llamada *Thule*, que sabía del verdadero significado de estos objetos. Hace unos meses, cuando la compañía adquirió la iglesia, se intentó una exhumación de los restos de Carlotta de Landerel que, como marquesa, fue enterrada allí, pero no hallaron ningún cadáver, simplemente se trataba de un cenotafio; una tumba vacía. La verdad es que están perdidos y necesitan de un grupo de expertos como nosotros para continuar con la búsqueda.

—Tal vez se lo llevaron los nazis, aunque, la verdad, sigo sin comprender el verdadero interés por este tipo de «patrañas».

Francesco continuó con su relato, pero yo dejé de escucharle. Me quedé mirándolo mientras asentía como si le hiciera caso; ya me había decidido a aceptar la oferta con tal de volver a estar con él. Mi juicio se había nublado en algún lugar entre el despacho y aquella cafetería y estaba casi convencida de

que aquella decisión acabaría por pasarme factura.

Cuando Francesco dejó de hablar, empezó a rascarse la cabeza como solía hacer cuando estaba nervioso; era el momento de abandonar la escena. Temí que, tarde o temprano, acabáramos por hablar de lo nuestro y me levanté. Sabía que, si me quedaba, tendría que adoptar una actitud estúpidamente digna y lanzarle todos los reproches que, como mujer despechada, estaba obligada a hacer. A pesar de ello, me sentía como una yonqui que no estaba dispuesta a prescindir de mi dosis.

—Está bien, Francesco —le dije—. Has conseguido intrigarme lo suficiente para aceptar, si todavía estáis interesados en que dirija el equipo, aunque me he comportado como una estúpida delante de Di Pietro y estoy bastante avergonzada.

—No te preocupes... Si te parece, mañana podemos vernos a la misma hora. Además, el resto del equipo ya ha sido citado.

—De acuerdo, hasta mañana entonces.

Me puse en pie, pero Francesco me cogió de la mano.

—¿Quieres que te acompañe al hotel? —me preguntó con voz entrecortada.

—No, gracias. Es mejor dejarlo así.

No le di tiempo a que dijera nada más. Me giré para no arrepentirme. Estaba segura de que seguía mirándome y el corazón se me encogió, pero no podía permitirme regresar a su lado y aceleré el paso hasta llegar al hotel en un visto y no visto.

Subí a mi habitación como una exhalación y entré en el baño para vomitar; sentía una angustia en el estómago, estrujado por cientos de nervios que se cebaban conmigo. Me miré al espejo, pero no me reconocí, mi rostro parecía desencajado. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? ¿Por qué había aceptado aquel trabajo? ¿Qué sentía Francesco por mí? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

Tiré los zapatos por cualquier sitio y cogí de mi bolso unas pastillas para dormir. Necesitaba que aquellos pensamientos que me atormentaban me dieran una tregua para descansar. Me tumbé sobre la cama para intentar conciliar el sueño a pesar de ser la hora de comer; no hubiera podido probar bocado, pero mi cerebro se negaba a dejarse llevar.

En aquel momento eché de menos a alguien a quién llamar. Me di cuenta de

que, en mi haber, no se encontraba ninguna amiga a quien confiar mis más íntimos secretos. Me dediqué desde muy joven a mi trabajo y me cegó la ambición de triunfar en un mundo dominado por los hombres. Estaba segura de mí misma, confiaba en mi carácter fuerte y decidido y troqué la empatía por la desconfianza. Solo me permití abrir una brecha en mi corazón cuando me enamoré de Francesco y ahora tenía que lidiar sola con aquello. Era patética, pero eso me lo guardaba para mí, aunque sabía que él me conocía muy bien y eso me hacía sentir vulnerable. Si quisiera, podría destrozarme con un simple chasquido de sus dedos.

Afortunadamente me venció el cansancio, pero la dicha duró bien poco y más pronto de lo que hubiera deseado, me desperté sobresaltada. No sé qué hora sería, pero ya había anochecido y necesitaba salir imperiosamente a la calle. Intenté recomponerme como pude, aunque lo que menos me preocupaba era mi aspecto. Me abrigué para resguardarme del frío, que se notaba en toda su crudeza y salí a pasear sin rumbo fijo.

Turín no me era desconocida, pero nunca la sentí como una ciudad acogedora. Algo flotaba en su ambiente que me daba escalofríos, además de la gélida brisa que se deslizaba impenitente desde los cercanos Alpes. Llegué hasta el río y me asomé para contemplar el Po. Fluía como una oscura serpiente rodeando con su abrazo mortal una ciudad rendida a su poder. Al otro lado del puente, la iglesia de la *Gran Madre de Dios* me contemplaba, haciéndome sentir pequeña y vulnerable. Su efectista iluminación proyectaba las sombras de las esculturas que la flanqueaban, indicándome que regresara sobre mis pasos y me alejara de un lugar donde mi presencia no era bien recibida.

Por fortuna, el hambre llamó a la puerta de mi estómago y tuve que atender su pulsión. Busqué algún restaurante por el camino y encontré uno que me pareció íntimo y delicadamente elegante para cenar, el Chambers. Su tenue luz iluminando las mesas era perfecta para pasar desapercibida, aunque estaba segura de que nadie repararía en mí.

El lugar tenía una carta extensa y me decidí por un plato de *Agnolotti* y unas alcachofas a la turinesa que acompañé de una copa de *Barolo*, un vino piamontés contundente. Pude disfrutar del plato de pasta pero, cuando tuve las alcachofas delante, el efecto de los hipnóticos y el vino se mezclaron en mi cabeza, nublando mi entendimiento. Apenas conseguí pinchar una con el

tenedor sin acabar empotrada en el plato.

Un joven, que debía estar observándome, se acercó extrañado por mi comportamiento.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó.

—Sí, sí. He debido marearme con el vino... Será mejor que me marche.

Al intentar levantarme, perdí el pie y, si no es por aquel hombre que me sujetó por el brazo, hubiera caído al suelo.

—Lo siento... —balbuceé. Estaba perdiendo la consciencia y no hubiera podido dar un paso por mí misma.

—¿Quiere que avisemos a alguien? ¿Necesita que le acompañe a su casa? —me preguntó, intentando que no me durmiera.

—No, no... Ya estoy mejor. Voy a pagar.

En aquel momento me desplomé y cuando recuperé el sentido, estábamos en plena calle.

—¿Qué me ha pasado?

—Se ha desmayado.

—No he pagado la cuenta... —fue lo único que atiné a decir.

—No se preocupe, el dueño es amigo mío... Dígame, ¿dónde vive? Yo mismo la acompañaré hasta su casa. No está en condiciones de volver sola.

—Me alojo en el Principi di Piemonte —conseguí decir, mientras él me montaba en su automóvil.

Fue lo último que recuerdo. No sé cómo llegué a mi habitación, ni quién me quitó los zapatos, arropándome vestida entre las sábanas, pero así amanecí al día siguiente cuando, sobresaltada por el sonido de mi teléfono, me puse en pie. Intenté poner cara a la persona que me había ayudado, pero no lo conseguí. Lástima.

CAPÍTULO 3

—Simona, ¿estás bien? —me preguntó Francesco por teléfono, y en ese momento miré el reloj. Era tardísimo.

—Sí, sí... lo siento. Ayer tomé unas pastillas para dormir y no tuve la precaución de avisar para que me llamaran. Ahora mismo me visto y voy para allá.

—Está bien, pero no tardes. Di Pietro ha llamado a todo el mundo y te esperan para empezar.

Eran las once de la mañana y no tenía tiempo para hacer milagros. Pasé por la ducha, me vestí y maquillé en tiempo record y a las doce menos veinte ya estaba en la sede de la TIC. Por mi trabajo, me había acostumbrado a estar siempre perfecta en el menor tiempo posible y estaba segura de que nadie notaría los efectos de una noche catastrófica.

La «Barbie» secretaria me hizo pasar sin preámbulos al despacho de Di Pietro, que estaba más animado que el día anterior. El director permanecía de pie, apoyado sobre su mesa y entorno a él tres personas se repartían por los cómodos y elegantes sillones Luis XVI. Francesco me sonrió condescendiente sin que se notara demasiado; creo que fue el único al que no le importó mi retraso.

—Discúlpenme... He tenido un pequeño contratiempo, espero no haberles causado muchas molestias —dije pidiendo perdón y rápidamente ocupé el cuarto sillón que se encontraba vacío, justo frente a Di Pietro, que permaneció impasible hasta que me senté.

—Muy bien, ya que estamos todos, podemos comenzar —dijo mientras continuaba con la explicación—. No voy a repetirme, ya que todos ustedes tienen información suficiente sobre el asunto y, por si tienen alguna duda, les hemos facilitado un extenso dossier a cada uno con los detalles del proyecto.

—Yo no lo tengo... —contesté, al ver que todos hojeaban unas carpetas repletas de fotografías y datos.

—Lo siento, doctora Prato —se disculpó y, cuando me acercó uno, pude notar un mohín de desaprobación entre los otros miembros del grupo.

Mientras seguía hablando, le eché una breve hojeada, aunque me interesaba mucho más conocer a mis futuros compañeros. Reconocí a Vittorio Renzo, un prestigioso arquitecto sesentón de aspecto pulcro, especializado en el neoclasicismo italiano. No había tenido la oportunidad de trabajar con él, pero sabía, por colegas de Roma, que se trataba de una figura de primer orden en la restauración de edificios del siglo XVIII. Su sola presencia indicaba que esta gente se había tomado muy en serio la repriminación de San Donato, algo que no acababa de ver claro pues, francamente, el proyecto no valía el despliegue de medios que se adivinaba. A mi lado estaba sentado un hombre al que no conseguí poner nombre. No parecía del ramo —había desarrollado un sexto sentido para recordar a todos los que trabajaban en esto y difícilmente se me escapaba una cara—. Lucía una extrema delgadez y una calva reluciente, lo que le confería un aspecto tremendamente tétrico. Las gafas escondían sus pálidos ojos azules, que se hundían en las órbitas y un extraño colgante de plata destacaba encima de su ropa oscura. Permaneció toda la reunión callado y con la espalda pegada al respaldo del sillón, como si se hubiera tragado una escoba. Su aspecto me daba algo de repelús y evité girar mi cabeza para verle; me intimidaba. El cuarteto lo completábamos Francesco, un cada vez más reconocido especialista en pinturas medievales y yo misma, una rata de biblioteca en el mejor sentido de la palabra. Por mis manos habían pasado centenares de documentos: pergaminos, incunables y manuscritos. Poseía varios másteres en archivística, epigrafía, diplomática y numismática, aunque, últimamente, había aparcado aquella fascinante tarea para hacerme cargo de labores más coordinativas desde mi puesto al frente de la Superintendencia Milanesa de Bienes Culturales.

Di Pietro nos fue presentando someramente de uno en uno para no apabullar; cualquiera de nosotros poseía un currículum tan extenso que podríamos estar una mañana recitándolo, pero estaba intrigada por conocer al personaje tan peculiar que nos acompañaba en esta aventura. Por fin, el director hizo los honores con Borislav Rackoczy, al que presentó, ante nuestra sorpresa, como un reputado parapsicólogo serbio.

Había accedido de mala gana a colaborar, más tentada por la presencia de Francesco que por mi interés real, pero aquello era más de lo que podía tolerar y no tuve más remedio que intervenir.

—Señor Di Pietro, usted conoce mis reticencias para coordinar este

proyecto. Tal como lo concibo, no se trata más que de recuperar ciertos «objetos» artísticos cuyo interés, más allá de lo cultural no comparto, ahora bien, tener en mi equipo a un parapsicólogo no es lo que yo entendería como un trabajo científico. No sé qué pensarán mis colegas, pero me gustaría dejar constancia de mi oposición a que el señor Rackoczy forme parte del equipo y que conste que, personalmente, no tengo nada contra él.

—La compañía que dirijo no comparte su punto de vista, doctora Prato —contestó de forma contundente, dejando bien a las claras que no iba a consentir ninguna disidencia—. Nosotros pensamos que puede sernos extremadamente útil en las investigaciones que desarrollamos, no obstante, si no desea trabajar con nosotros, lo comprenderé...

—Simona... —dijo Francesco con los ojos bien abiertos para llamarme la atención, señalando mi grosería y la inconveniencia de aquel comentario.

Nuevamente, a una indicación suya, envainé mi carácter y di marcha atrás.

—Lo siento, creo que he estado desafortunada. Señor Rackoczy, le pido perdón.

—No hace falta que se disculpe, doctora Prato —intervino por fin aquel personaje escalofriante—. Comprendo sus reticencias, digamos que mi presencia aquí es un tanto atípica. No poseo un currículum tan impresionante como el suyo, académicamente hablando pero, en mi campo, modestia aparte, pocos podrían darme lecciones. Sé que el ocultismo, la parapsicología y los conocimientos sobre lo arcano no parecen impresionarle, ni siquiera interesarle lo más mínimo, pero estoy seguro de que, al final, conseguiré ganarme su respeto.

Ante aquello tuve que callar. No parecía el momento para iniciar una discusión inútil y decidí pasar página. Había aceptado un trabajo como coordinadora y, salvo en mi campo, podía aceptar sin problemas el punto de vista de los demás especialistas. Un nigromante no supondría mayor inconveniente en la investigación. Luego, una vez realizado el trabajo científico, podría añadir sus propias conclusiones, que parecían interesarle mucho más a la corporación que dirigía Di Pietro.

—Está bien, señores —continuó el director—, superados estos pequeños problemas iniciales, debo emplazarles para mañana. Un transporte les recogerá aquí mismo para llevarles hasta Val di Verna, allí comenzaremos el trabajo de campo. Tendrán preparado un alojamiento y todo lo necesario para

su confort. Lleven consigo solo lo estrictamente imprescindible.

Nos levantamos todos a una y cuando estaba a punto de salir, Francesco me llamó.

—Simona, ¿podría hablar contigo?

Dudé unos segundos; no sabía qué hacer. Mi razón me decía que no, que no debía abusar de una sobredosis de alguien que no me hacía ningún bien, pero mis piernas comenzaron a temblar y le dije que sí.

—¿Buscamos una cafetería? —me sugirió.

No me pude negar. Bajamos a la calle sin decir nada y regresamos al mismo sitio donde habíamos estado el día anterior. Pedimos un aperitivo y esperé a que abriera fuego.

—Estas muy guapa, Simona...

—¿No me digas? —dije con sarcasmo—. He tenido una noche horrible y hoy no es uno de mis mejores días. Precisamente ayer tomé unos somníferos y luego salí a cenar, pero con el vino tuve una reacción que me dejó sin sentido. Menos mal que alguien me socorrió y me trajo al hotel.

—Me asustas... Antes no tomabas pastillas para dormir.

—Tampoco me había divorciado jamás, ni me habían puesto los cuernos con...

No puede continuar, ya estaba metiendo la pata. Estaba claro que Francesco me había traído hasta aquí para hablar del tema y ahora no podía escaparme.

—Precisamente quería hablarte de ello. No lo hemos hecho desde...

—Te fuiste tan de repente que, cuando reaccioné, ya no hacía falta aclarar nada. Incluso ahora creo que ya no tenemos nada que decirnos.

—Te equivocas. No sé si serás capaz de entender lo que voy a decirte, pero te debo una explicación.

—Eres gay, te van los hombres... ¿Qué quieres que haga? Por mucho que me empeñe, jamás podría competir con otro tío.

—¿Cambiaría algo si te dijera que soy bisexual?

—¿Homosexual, bisexual, transexual? Qué más da... Me fuiste infiel y eso es motivo suficiente para dar por terminado un matrimonio, ¿no te parece?

—Simona, por favor... Eres demasiado inteligente para reducir todo a eso, si no lo creyera así no insistiría en darte una explicación razonable. Te fui infiel y eso no tiene vuelta de hoja. También me equivoqué en traer a ese tipo a

nuestra casa; fue una torpeza pero...

—Ahora dirás que me quieres y que lo importante era lo que teníamos a medias; nuestra vida en común.

—Veo que me conoces muy bien y creo que tú piensas lo mismo, ¿no es así?

Tenía razón, nos conocíamos demasiado. Por eso temía tanto este momento. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Perdonarlo y pasar página como si nada hubiera sucedido o seguir amargándome, pensando lo que podía haber sido y no fue? No era celosa y él lo sabía, como también sabía que lo necesitaba; que había montado mi vida a su alrededor y ahora me tenía en el preciso lugar donde quería. No sabía cómo escapar de la situación y opté por la solución que me pareció más inteligente en ese momento.

—¿Quieres explicarte? Está bien, cuéntame. ¿Cómo es tu sexualidad y qué lugar ocupó yo en ella?

—No es fácil justificarse, sobre todo para que lo entiendas. A veces, ni yo mismo consigo hacerlo. La gente suele concebir la bisexualidad como un estado transitorio, algo que tarde o temprano hay que abandonar para decantarse por una u otra opción y que la elección debe ser permanente y sincera, pero yo no lo vivo así. Desearía poder elegir como el que cambia de traje o de zapatos, según el día y el deseo. Otra cosa es mi relación de pareja. Yo te elegí a ti y siento que eres la persona que me complementa, con quien deseo vivir el resto de mi vida. Me haces feliz y no concibo estar con alguien distinto... Me preguntas si me atraes sexualmente. Creo que no he fingido durante nuestro matrimonio y no cambiaría por nada poder estar en la cama contigo. Quizá, en otro tipo de sociedad, podríamos compaginar ambas cosas sin estereotipos, pero sé que eso no es posible. No te estoy pidiendo que compartas mi visión de las cosas, tan solo espero que me comprendas.

—No soy una antigua y creo que podría entenderlo si esto mismo me lo explicara un amigo pero, ¿cómo me sentiría si una tarde me pidieras permiso para desahogarte con otro hombre? No, no creo que pudiera funcionar.

—No voy a suplicarte, es una decisión que únicamente está en tus manos, pero no veo por qué no pueden cambiar las cosas entre nosotros, sobre todo para que dejes de tomar esos somníferos. ¿Quieres que lo intentemos?

—Necesito tiempo para aclarar mis ideas. En estos momentos todo bulle en mi cabeza como dentro de una olla a presión.

—¿Ahora comprendes por qué me marché sin intentar hablar contigo? Tenía que dejar que asimilaras lo que habías visto, que pasaras tu duelo. En aquel momento esta conversación te hubiera hecho sentir peor.

—No puedo prometerte nada. Además, ahora tenemos un trabajo entre manos y tendré tiempo de verte con otros ojos.

—¿Qué te parece si te invito a comer? Tómalo como un primer paso.

—Está bien, pero luego cada uno a su casa... Si no te importa, podríamos ir al restaurante donde estuve anoche, no estaba mal. Además, dejé la cuenta sin pagar y no me gusta ir por ahí dejando pufos... Por cierto, ¿en qué hotel te alojas?

—Simplemente te diré que no es el mismo que el tuyo, así se lo pedí a Andrea.

—Otra vez Andrea... ¿No será uno de tus amantes?

—No seas maligna, Simona.

Aquella conversación, lejos de lo que había imaginado, no había sido tan traumática, aunque mi intuición me decía que no era más que un espejismo y que, tarde o temprano, volvería a surgir el conflicto insalvable. Más que entender a Francesco, lo necesitaba y, en una relación, eso era un gran problema.

Anduvimos un poco hasta llegar a las inmediaciones del río. No recordaba muy bien el lugar exacto, pero no había pérdida, allí estaba el Chambers, en una esquina de Piazza Vittorio Veneto. Lo recordaba de otra manera, como entre nieblas, seguramente las que había en mi cabeza, pero seguía pareciéndome igual de acogedor. Nos sentamos en el interior, en un rincón en penumbra. Tenía un cierto toque inglés: paredes pintadas de verde, cuadros de escenas de caza y delicados apliques de latón con unas graciosas pantallas beige con un imperceptible estampado de flores. Su estilo, muy alejado de una bulliciosa pizzería, no desentonaba en Turín.

Cuando se acercó uno de los camareros para tomarnos nota, le pedí que avisara al dueño.

—Como no, señora. ¿Desean pedir algún aperitivo mientras esperan?

—Sí, tráiganos un par de vermouths, gracias.

Llegaron casi al mismo tiempo los aperitivos y el propietario.

—Buenos días, ¿hay algo que pueda hacer por ustedes?

—En realidad, sí. No sé si se acuerda de mí. Anoche estuve cenando y sufrí un... un desmayo. Creo que me marché sin pagar y me gustaría ponerle remedio a eso.

—No tiene de qué preocuparse. Todo se solucionó y la cuenta se pagó.

—No lo entiendo... No estaba muy lúcida, pero no recuerdo haberlo hecho.

—Efectivamente. El caballero que la acompañó hasta su casa lo hizo por usted, dijo que era su invitada.

—La verdad es que le estoy muy agradecida por su ayuda, pero no lo conocía de nada. Me gustaría saber quién es para darle las gracias personalmente.

—Es un gran amigo mío. Regenta una librería muy cerca de aquí, en Via Accademia Albertina. Si quiere, puedo decirle que ha preguntado por él.

—Se lo agradezco, aunque me gustaría saludarlo personalmente.

Francesco había permanecido extrañamente callado. En realidad parecía expectante y sorprendido por mi pequeña «aventura», pero al final le pudo la curiosidad y, cuando nos quedamos solos, me preguntó.

—Veo que no puedo dejarte sola mucho tiempo. Pensé que la historia de tus pastillas no era más que una triquiñuela para no asistir a la reunión.

—Ya ves que no. En realidad lo pasé fatal.

—A pesar de ello, aún tuviste oportunidad de ligar...

—Muy gracioso, pero ni siquiera me acuerdo de su cara. Solo recuerdo que era joven y apuesto, al menos eso me pareció... Bien, ¿pedimos?

Pasamos un buen rato entre la comida y la sobremesa, recordando viejas anécdotas que llegaban hasta el momento crítico de nuestra separación. Ambos obviamos esa circunstancia, conscientes de que no era el momento de regresar sobre el tema. Por un instante olvidé, y creo que él también, lo que había ocurrido entre nosotros y nos sentimos felices como antes.

Cuando nos quedamos solos y los camareros empezaron a recoger las mesas contiguas, levantamos el vuelo. Era el momento de despedirnos, pero Francesco se empeñó en acompañarme hasta el hotel. Hacía frío y, a pesar de mi abrigo, me estremecí. Intentó rodearme con sus brazos como solía hacerlo pero, hábilmente, me zafé sin que pareciera un rechazo, colgándome de su brazo; lo prefería así. No hablamos nada hasta llegar a la puerta del Principi di Piemonte, pero él no parecía querer marcharse.

—Ya hemos llegado... —le dije, para que se diera cuenta de que aquel feliz momento había tocado a su fin.

—Está visto que tendré que irme... Si necesitas hablar, o lo que sea, no dudes en llamarme, no he cambiado de teléfono.

—Gracias, pero puedo arreglármelas sola.

—¿No te gustaría que cenáramos juntos? —me sugirió en un último intento de alargar el momento.

Le miré y no dije nada. No hizo falta. Sabía que había agotado todo el crédito para aquel día y, a pesar de encontrarme receptiva, no debía forzar la situación.

—Adiós, Francesco...

—Hasta mañana, Simona.

CAPÍTULO 4

Cuando sonó el despertador me levanté feliz, como hacía tiempo no lo había hecho. Aquella noche no necesité somníferos para conciliar el sueño como una niña.

Recogí mi pequeña maleta y me dirigí al punto de encuentro. Ese día me arreglé como si tuviera una reunión al máximo nivel, quería dejar claro que, si iba a dirigir aquello, yo era la jefa y no iba a permitirme ni un fallo en lo tocante a mi aspecto.

Llegué la primera, a diferencia del día anterior, y me tomé un *cappuccino* en la cafetería de al lado. No tardó en aparecer Francesco antes que los demás y me acompañó en el desayuno.

—¿Qué tal has dormido esta noche? —me preguntó.

—Hacía tiempo que no estaba tan relajada.

—Creo que sigo haciéndote falta.

Se sonrió mientras me miraba, convencido de que la conversación que mantuvimos el día anterior había surtido el efecto deseado, pero yo no estaba por la labor de ser presa fácil.

—Estás muy seguro de ti mismo —le dije—. El hecho de que te haya dado una oportunidad como compañero, no quiere decir que volvamos. Es mejor que continuemos como hasta ahora —añadí de forma contundente.

—Está bien, como quieras... Por cierto, cambiando de tema, ¿qué te parece ese «brujo» serbio?

—Creo que fui muy clara en la reunión. Respeto todo tipo de creencias, pero esto se aleja mucho de lo que debería ser una investigación científica, ¿no te parece?

—Andrea... Perdón, Di Pietro, por lo que he podido deducir, en lo que verdaderamente está interesado es en encontrar esos libros. Lo de la restauración de San Donato es algo secundario para ellos, pero necesitan dar pasos en firme después de la desilusión que supuso no encontrarlos donde se suponía que debían estar, en la tumba de Carlotta. Esta vez han buscado a especialistas que puedan ofrecerles respuestas claras.

—¿Qué interés real podrían tener en reunir una biblioteca de esas características? Por Dios, estamos en el siglo XXI, no son sino supercherías baratas.

—No estoy seguro, pero creo que detrás de todo esto hay alguien mucho más poderoso que Di Pietro. La TIC solo sería una tapadera, una intermediaria para hacerse con los libros y ese alguien es el que ha impuesto a Rackoczy. Yo hice las mismas objeciones que tú cuando me enteré de qué iba todo esto y noté que Andrea tampoco se sentía muy cómodo con este personaje.

—Has vuelto a llamarlo por su nombre de pila. ¿Cómo lo conociste?

—Eres muy insistente... Está bien, te lo diré. Un buen día apareció por la Academia. Yo estaba, como siempre, encaramado al andamio. Trabajaba sobre un cuadro de Bellini cuando preguntaron por mí. No sé cómo, pero me dejé enredar. La verdad es que el proyecto era interesante. Me habló de los frescos medievales de la abadía de San Donato y no me pude resistir.

—Es un hombre muy atractivo. Tal vez, si no se dedicara al mundo de las finanzas, estaría paseando sus impecables trajes en la pasarela de Milán.

—Reconozco que eso también influyó. Tiene un magnetismo personal que me sedujo nada más hablarme del tema, pero no, no he tenido ninguna relación con él más allá de la estrictamente profesional.

—No sé si creerte... Eres un gran embustero. De todas formas, ahora ya da igual.

En aquel momento llegó Di Pietro para interrumpirnos. Ya estaban todos esperando en la puerta y a nosotros se nos había ido el santo al cielo. No tuvo que decir nada, nos levantamos y le seguimos. Tenía que llevarnos hasta Val di Verna y los demás ya habían cargado sus equipajes en el amplio maletero de su BMW todoterreno. Francesco y yo colocamos nuestras pequeñas maletas en el vehículo y saludamos a los compañeros con un escueto «buenos días».

—Muy bien, si ya están preparados, podemos salir —dijo Di Pietro.

Hubo una pequeña confusión acerca de dónde debíamos sentarnos, pero Francesco, más avisado, se montó en el asiento del copiloto, al lado del director y a mí me tocó compartir la parte trasera con el resto. Al ser mujer y un poco más delgada, me resigné a ocupar el asiento central y pronto me vi rodeada por aquellos carcamales con los que no tenía nada de qué hablar. Menos mal que nuestro anfitrión sacó tema de conversación para evitar que aquella media hora de camino se convirtiera en una situación embarazosa.

—La TIC ha reservado un alojamiento rural llamado Il Cervo, una villa cercana a la iglesia. Estarán solos, aunque los dueños se ocuparán de la comida y la cena, pero no tendrán que verlos si no quieren. Queremos que se sientan cómodos y que puedan trabajar sin ninguna interrupción. Yo me quedaré hasta enseñarles la iglesia y luego regresaré a Turín. La doctora Prato, como coordinadora del grupo, será mi contacto con ustedes. Me dará puntualmente, una vez al día, los detalles de su progreso.

Afortunadamente, no tardamos en llegar. Val di Verna era un pueblecito encantador, situado en mitad de un valle rodeado de escarpadas montañas y conformado por pintorescas casas y granjas, que carecía de lo que podríamos llamar un casco urbano. Al llegar a lo que constituía el núcleo más importante, donde se situaba el Ayuntamiento, nos desviamos por un pequeño camino hasta llegar al apartado hotel rural, flanqueado por hayas que habían perdido gran parte de su follaje y una frondosa vegetación que se situaba al pie de una ladera. Era una construcción de madera y piedra que parecía bastante confortable, aunque yo jamás la hubiera escogido como destino de vacaciones. Se asemejaba demasiado a una vieja mansión victoriana, de las que sirven como telón de fondo a las novelas de terror.

Entramos con nuestros ligeros equipajes y los dejamos en la recepción. Los dueños, un simpático matrimonio de cincuentones, nos ofrecieron un tentempié como señal de bienvenida, pero Di Pietro tenía prisa por terminar su cometido, así que nos urgió para que emprendiéramos el camino de San Donato.

—No se preocupen por las maletas —nos dijo—. Los dueños se encargarán de subirlas a sus habitaciones. Ahora, si lo desean, podemos acercarnos a la iglesia.

No tuvimos más remedio que seguirle. Salimos por un pequeño sendero camuflado entre la maleza. Entonces maldije la idea de haberme arreglado tanto y, sobre todo, de elegir un calzado tan inapropiado como unos zapatos de tacón. En un par de minutos alcanzamos un extenso prado que antaño ocupaba el complejo del monasterio, del que solo quedaban algunos vestigios inconexos y un pequeño estanque para abreviar el ganado, ahora inservible.

El templo tenía algo de singular. Allí, en mitad de la nada, se erguía como un vestigio decadente y algo siniestro, observándonos desde los siglos con la advertencia de no acercarnos. Afortunadamente no era supersticiosa y, al igual

que mis compañeros, no tuvimos ningún reparo en llegar hasta la puerta, enmarcada entre pilastras jónicas y rematadas por un tímpano decorado con un triángulo, que contenía con un ojo llameante.

Por fin, Di Pietro abrió la puerta con la inmensa llave que nos permitió entrar mientras chirriaban sus gruesas hojas de madera. Era una iglesia de una sola nave y la tenue luz de un día nublado se colaba por las ventanas abiertas en las capillas laterales. Su aspecto era desolador: sin asientos ni altares, ni nada que recordase que, alguna vez, aquel fue un lugar sagrado. Solo sus muros desnudos, llenos de desconchones y su falsa bóveda de cañón, con una escasa decoración de volutas vegetales, nos dieron la bienvenida, pero aquello no justificaba, ni de lejos, la presencia de unos especialistas como nosotros.

Inspeccionamos el lugar, cada uno por su cuenta. Yo no tenía mucho que mirar, pero el profesor Renzo y Francesco se adentraron entre los contrafuertes, buscando algún detalle que al resto nos habría pasado desapercibido. Me giré hacia la puerta y vi a Rackoczy alargando sus esqueléticos brazos hacia arriba con los ojos cerrados. Parecía haber entrado en éxtasis, como si estuviera recibiendo instrucciones del más allá y en aquel momento me arrepentí de haber aceptado el encargo, pero no podía echarme atrás, así que permanecí en mitad del templo, esperando a que todos terminaran su reconocimiento.

Vi a Di Pietro en una de las capillas y me acerqué hasta él. Admiraba la única escultura que todavía permanecía allí. Representaba un ángel apoyado sobre una columna, escondiendo su rostro compungido en actitud doliente. Estaba esculpido en un estupendo mármol gris de Bardiglio, un poco sucio por el paso del tiempo y la falta de limpieza.

—Esta es la tumba de Carlotta —me dijo—. La marquesa de Val di Verna.

—Solo se trata de una figura. ¿Dónde se supone que está el mausoleo? —le pregunté.

—¿Ve la losa en el suelo, con la palabra *Landerel* escrita en ella? Esa es la entrada a la tumba.

—O sea, que hay una cripta debajo...

—Formaba parte de la antigua abadía y los Landerel aprovecharon para convertirla en su panteón.

—Pero todavía pertenecerá a la familia. ¿Qué dirán si se enteran de que

estamos profanando los restos de sus antepasados?

—Veo que no se ha leído el informe que le entregué. La familia se extinguió con Carlotta, la última Landerel en hacerse enterrar aquí. Sus restos no han sido encontrados todavía, pero no hemos perdido la esperanza de hallar lo que buscamos en algún lugar de esta iglesia.

—¿Podríamos ver la cripta?

—Claro, aunque necesitaremos ayuda para poder mover esta pesada losa.

Di Pietro llamó al resto del grupo y después de pasar una gruesa barra de hierro por las argollas que adornaban la piedra, forzaron la entrada de la tumba. El comienzo de las escaleras parecía llevar directamente hasta el mismísimo infierno profundo y negro. Bajamos con cuidado, iluminados con unas linternas hasta llegar al final: una sala abovedada de sillares que parecía ser el único vestigio de la antigua abadía. En los laterales, al iluminarlas con una luz tan exigua, parecieron cobrar vida las esculturas mortuorias de los miembros de la extinta casa Landerel.

—Aquí está —exclamó Di Pietro, mientras ponía en marcha el grupo electrógeno que hizo la luz en el mausoleo.

—¿Dónde? —pregunté, intentando divisar alguna escultura romántica que cuadrara con la imagen que me había trazado de la última marquesa de Val di Verna.

—Es aquella —dijo Di Pietro, señalando una sencilla lápida de mármol blanco a los pies mismos del altar.

Me acerqué hasta la sepultura, en cuya superficie se podía leer claramente una frase en latín.

Ipsa Venena Bibas

—Bebe tu propio veneno... —traduje en voz alta—. ¿Qué significa esta frase? ¿Por qué no figura su nombre y la fecha de la muerte?

—Es el final de una frase más larga, una frase que, con frecuencia, se utilizaba para los exorcismos —intervino Rackoczy—. *Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux. Vade retro satana. Numquam suade mihi vana sunt mala quae libas, ipsa venena bibas*, es decir: La santa cruz sea mi luz, no

sea el dragón mi señor. ¡Apártate Satanás! Nunca me atraigas con engaños, maldad es tu carnada, bebe tu propio veneno.

—Puedo traducir perfectamente el latín —le contesté con un cierto mohín de suficiencia, subrayando que no necesitaba su ayuda—. Lo que todavía no entiendo es por qué está escrito sobre su tumba.

—Es obvio —continuó, seguro de poder descubrirme algo nuevo y justificando así su presencia—. El que mandó colocar esas palabras estaba convencido de que Carlotta de Landerel era una concubina de Satanás; una bruja. Se aseguró de que, aún después de muerta, no pudiera causar ningún mal.

—¿Y por qué no puso la frase entera si se trataba de un exorcismo?

—Le debió parecer suficiente con el final... Sin duda, quien lo hizo era una mujer.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión? ¿Acaso se lo han revelado sus espíritus? —dije molesta.

—No hay que ser muy sagaz para notar la ironía de la frase «Bebe tu veneno». Solo una mujer sería tan retorcida para escribir algo así, quizá se tratara de su rival.

¡Cómo odiaba al serbio! Su aire de suficiencia me sacaba de quicio, pero no le faltaba razón. Como conjetura parecía razonable y sentía rabia de que alguien así fuera tan agudo en las deducciones. Di Pietro notó aquel pique e intentó cambiar de tema para no enconar todavía más nuestra mutua antipatía.

—Frases al margen, la verdad es que no se ha encontrado el cuerpo, ni nada que justifique esta tumba. Es algo que nos tiene desconcertados.

—Eso es porque, sin duda, el cuerpo está en otro sitio... —apostilló el profesor Renzo.

—Eso es evidente... —contesté.

—No me ha dejado terminar, doctora Prato. Era normal que, si se sospechaba de conductas contrarias a la religión, al finado no se le enterrara en lugar sagrado o se ejerciera algún tipo de castigo post mortem. En el caso de Carlotta de Landerel, al ser una aristócrata, debió suavizarse ese castigo, permitiendo su tumba en la cripta familiar, aunque, discretamente, se enterrase su cuerpo en otro lado.

—Sí, pero ¿dónde? —preguntó Di Pietro.

—Tal vez su cuerpo fue colocado entre estos mismos muros... —sugirió Francesco que, hasta ahora, había permanecido callado, disfrutando de nuestras elucubraciones—. Recuerdo casos similares... La condesa húngara Elizabeth Bathory fue emparedada en vida, acusada de prácticas vampíricas. Se decía que se bañaba en la sangre de doncellas vírgenes.

—El problema es que estos gruesos sillares no parecen tener puertas selladas ni nada que sugiera que se haya levantado ningún tapial sobre ellos —comentó el profesor Renzo—. Es posible que esté en otro lugar.

—No, no lo creo... —intervino de nuevo Rackoczy—. Su presencia parece muy fuerte aquí.

Francesco me miró fijamente y yo entendí que no debía abrir la boca, añadiendo un comentario fuera de lugar. Rackoczy fue moviéndose por la cripta, como describiendo una extraña danza con los brazos abiertos, intentando captar las emanaciones del espíritu de Carlotta. Todos nos quedamos inmóviles y callados, a la espera de que aquel personaje diera con el lugar donde se encontraba su cuerpo.

De pronto, se acercó al altar y se quedó clavado sobre la piedra desnuda. Bajó la cabeza y puso su mejilla sobre ella, como si esta fuera a decirle algo.

—Aquí esta —dijo rotundo—. Detrás del altar.

No daba crédito a lo que estaba viendo, al igual que el resto. Nos miramos incrédulos, pero no teníamos más argumentos para rebatir los de aquel psíquico, que parecía muy seguro de lo que hacía. Nos acercamos hasta donde estaba e, instintivamente, intentamos buscar resquicios o resortes secretos para mover el altar, pero fue infructuoso, aquello estaba sólidamente asentado y decidimos dejarlo para otro momento.

Di Pietro nos sugirió que volviéramos al albergue. Tenía que regresar a Turín y ya se había demorado demasiado, pero estaba seguro de que estábamos en el buen camino. Se despidió en la misma puerta de Il Cervo y nos dio la última instrucción.

—Si necesitan alguna cuadrilla de obreros para que les ayuden a mover objetos o tirar algún muro, no duden en hablar con el dueño del hotel, él se encargará de todo. A usted, doctora Prato, la dejo al mando, llámeme cuando lo crea conveniente y no deje de mantenerme informado de sus avances.

—No se preocupe, creo que no tendré ningún problema —le contesté.

El tiempo había empeorado y unas ráfagas de aire helado comenzaron a silbar entre las ramas desnudas del hayedo; el cielo se oscureció amenazando tormenta. Cerramos la puerta y entramos en el salón, donde un confortable fuego crepitaba en el interior de la estupenda chimenea que presidía la estancia. Predominaba la decoración rústica, con muebles de roble macizo y unas cornamentas de ciervos colgando de las paredes, como si fuera un pabellón de caza. Nos acomodamos en los sillones que rodeaban el hogar. Estábamos solos y el olor a comida recién hecha se colaba desde la contigua cocina. De pronto sentí un aroma penetrante, algo avainillado, que no logré identificar.

—Los dueños han debido preparar alguna sorpresa para agasajarnos, quizá sea el postre... —comenté.

—Siento decepcionarla, pero lo que usted está oliendo no ha salido de los fogones de esta casa —contestó Rackoczy—. Acabo de encender una tira de Papel de Armenia...

—¿Papel de Armenia? —pregunté extrañada.

—Sí, es un exquisito y barato ambientador natural. Se trata de un papel impregnado de resina de Benjuí que, al quemarse, deja un agradable olor. Se utilizó durante mucho tiempo como desinfectante y remedio contra las afecciones pulmonares. Además, sirve para limpiar el ambiente de las malas vibraciones.

—No me extraña —dije yo—. Tanta cornamenta colgada de las paredes no resulta lo más adecuado para pasar unos días en el campo. ¡En fin! —suspiré—. ¿Qué les parece si comemos?

Los dueños habían dejado también preparada la cena; solo teníamos que calentarla, así que estaríamos solos el resto del día y atacamos sin piedad el *Bollito Misto*, un cocido piamontés, contundente y sabroso, que nos sentó de maravilla, lo que nos permitió alargar la sobremesa hasta muy tarde.

La tormenta se había situado sobre nuestras cabezas y comenzó a descargar un fuerte aguacero que hizo parpadear las luces a cada relámpago que se anunciaba con su potente tronar. El profesor Renzo fue el primero en abandonarnos, con la excusa de descansar en su habitación. Estaba claro que no regresaríamos a la iglesia con aquel diluvio y nos dispusimos a tomar el primer día con calma.

Al cabo de un momento, aprovechando que se había marchado la luz y antes

de que oscureciera más, todos hicimos el mismo camino, en busca de la habitación que nos había tocado en suerte. Supuestamente, nuestros equipajes estarían sobre las camas y yo me volví loca buscando el mío. De repente, cuando vi mi maleta junto a la suya, me di cuenta de que daban por seguro que Francesco y yo tendríamos que compartir habitación.

—¿Esto ha sido idea tuya? —le pregunté.

—Te juro, Simona, que no he tenido nada que ver en el reparto de las habitaciones. Andrea debió pensar que todavía éramos un matrimonio.

—¿Pero no le explicaste lo que pasaba?

—No del todo... Solo le dije que atravesábamos por un momento difícil. Seguramente creyó que así podríamos superar las dificultades por el bien de la expedición.

—¡Ni hablar! —dije cabreada—. Ahora mismo llamo a los dueños para que me busquen otra habitación.

—Por favor, recapacita. Si lo haces, serás la comidilla de los demás. ¿Qué necesidad tienes de que hablen de nosotros? Solo serán unos días y te prometo que me comportaré como un caballero.

Aquello me olía a encerrona, pero tenía razón. No me interesaba destacarme por algo que no fuera la investigación que llevábamos a cabo.

—Está bien. No me importa compartir una cama tan amplia contigo, pero eso no cambia nada de lo nuestro. Si descubro que esto ha sido una jugarreta tuya, abandono inmediatamente el pueblo, aunque tenga que regresar andando a Turín.

Francesco no añadió nada más y nos dedicamos a colgar nuestra ropa en el armario. En principio íbamos a estar una semana, tal vez solo unos días, dependiendo de cómo fueran las cosas. La luz no volvía y pensé en bajar a la cocina para buscar unas velas para pasar la noche. Por suerte, encontré todo un surtido de ellas, capaz de improvisar un ambiente íntimo y agradable.

Después de cenar, nos marchamos a dormir, excepto Rackoczy, que se disculpó con la excusa de meditar. La verdad es que estaba cansada, pero quizá la tormenta me inquietó lo suficiente para impedir que conciliara el sueño. Francesco se durmió enseguida; nunca había tenido problemas para hacerlo y muchas veces me quedaba mirándole, indolente y confiado, tendida a su lado. Pasaba horas así, pero ahora me parecía un despropósito, no podía

permitirme caer tan bajo. Tenía que salir de aquella habitación para relajarme, quizá todavía quedaran rescoldos en la chimenea. Bajé a oscuras, los rayos iluminaban la escalera a ráfagas, lo suficiente para no tropezar. Cuando entré en el salón, confiada en estar sola, me acerqué al hogar, el fuego todavía estaba vivo. Iba a sentarme en el sillón, cuando un relámpago hizo evidente la figura de Rackoczy y mi grito coincidió con el estallido del trueno.

—Disculpe si la he asustado, doctora. Soy persona de poco dormir y prefería estar junto al fuego, me resulta más agradable.

—Lo siento... Yo tampoco podía dormir y tuve la misma idea. No esperaba que hubiera nadie.

—Por favor, siéntese conmigo —me pidió amablemente.

Me puse a su lado mientras intentaba calmarme. De haberlo sabido, no hubiera bajado, pero ahora no podía permitirme ser grosera. Los dos nos quedamos mirando al fuego, sin hablar, hasta que aquel ser enigmático rompió el silencio.

—No le gusto, ¿verdad? No se lo reprocho. Represento todo aquello que provoca los miedos más básicos en la gente, lo desconocido.

—No se lo tome a mal, pero tengo mis reservas acerca de su «ciencia». Normalmente, hay una explicación racional para todo.

—No intento convencer a nadie, a pesar de verlo todo con una claridad meridiana. Solo hay que mirar un poco más allá de la realidad aparente. Hay todo un mundo mucho más revelador.

—¿Sí? Ilústreme. Tiene una oportunidad para sorprenderme.

—Usted, por ejemplo... En estos momentos está en una encrucijada. Se siente sola y perdida. Acaba de sufrir un desengaño y ha aceptado este trabajo como un intento para salir del atolladero en el que se encuentra. No cree en este proyecto, aunque eso es evidente por sus constantes reparos, pero acabará por verse tan involucrada, que su vida cambiará por completo, incluso la manera de ver las cosas.

—Creo que mis intimidades no son de su incumbencia. Soy una profesional y, a pesar de no ver claramente esta investigación, no dude que llevaré a cabo mi cometido.

—Siento si la he ofendido... Jamás he querido poner en duda su competencia.

Rackoczy había dado en el clavo, aunque lo que me dijo no se le habría escapado a alguien observador. Si conocía mi matrimonio con Francesco, solo tenía que atar cabos. De todas maneras, intenté cambiar de tercio, no quería que la conversación transcurriera por los derroteros de lo personal, así que le pregunté abiertamente por el caso que nos ocupaba, Carlotta de Landerel.

—Señor Rackoczy, no deseo hacer una guerra de esto, así que voy a confiar en usted. Le prometo que tomaré en cuenta sus intuiciones. Si lo desea, me gustaría que me explicara lo que sabe de Carlotta. Me faltan datos para comprender el alcance de todo esto.

—Gracias, doctora... Todo se desencadenó por la rivalidad de dos mujeres por el amor del mismo hombre; un hombre poderoso. Es una historia de dignidades y vanidades, revestido con el negro velo de la venganza y de la magia. Vittorio Emanuele II se casó con su prima, M^a Adelaida de Habsburgo-Lorena. Casi al mismo tiempo conoce a Rosa Vercellana, la hija de un militar que dirigía el presidio del castillo de Racconigi. En ese momento la hace su amante, aunque tan solo contaba con catorce años y con quien, a la muerte de su esposa, se casaría mediante un matrimonio morganático que no la convirtió automáticamente en reina. A pesar de haber tenido ocho hijos con el rey, M^a Adelaida siempre se sintió despechada e intentó, por todos los medios, dar al traste con esa relación y es aquí cuando entra en escena Carlotta de Landerel. Alguien las puso en contacto, gracias a la fama de ocultista de la marquesa, una fama que, a mi modesto entender, le venía un poco grande. Gracias a las ausencias del monarca, Carlotta fue ganando terreno en la corte de Turín y nada se hacía sin su supervisión directa. Se dice que la misma reina era un títere en sus manos y las intrigas palaciegas se hicieron insoportables; hasta se sospechaba que trabajó como espía para potencias enemigas. Era una época convulsa, mientras se fraguaba la unificación italiana. Carlotta fue la que reunió la Gran Biblioteca Negra, como se conocía aquella colección de libros de magia y congregó en sus salones a toda clase de videntes, médiums y alquimistas de dudosa eficacia. Estuvo a punto de encontrar el hechizo que acabara definitivamente con los amoríos reales y colocar en el trono al primogénito del rey, bajo la regencia de M^a Adelaida y su consejo áulico, pero todo salió mal. La temprana muerte de la reina echó por los suelos todo aquel empeño. A pesar de ello, siguió conservando su poder en la corte, no en vano se ocupaba de la educación de los príncipes y nada se movía en el Palacio

Real sin su consentimiento. Así fue hasta que apareció muerta en vísperas del traslado de la corte a Florencia.

—¿Cree que alguien pudo asesinarla?

—Oficialmente se dijo que fue una apoplejía. Algo muy socorrido en un tiempo en el que no se practicaban autopsias habitualmente y menos entre los miembros de la aristocracia. Rosa, la mujer del rey, se quitó un problema de encima, por supuesto no iba a consentir que siguiera conspirando en su contra, ahora que el gobierno se iba a trasladar a la Toscana. Nunca más se supo. El transcurso de la guerra con el papado y el fin de la unificación del reino dejó en silencio este episodio. Pero estoy convencido de que no fue una muerte natural y sí el gran triunfo de la «puta» del Rey, como era conocida la Vercellana. Tal vez, si encontramos el cuerpo, este nos diga lo que pasó realmente.

—Es una historia apasionante pero, como mucho, serviría como argumento de una novela romántica. Sigo sin entender para qué les pueden servir los dichos libros a una corporación financiera del siglo XXI.

—Los libros... Los libros y algo más.

—No le comprendo, profesor.

—Hay una persona muy interesada en poseer la Biblioteca Negra y estaría utilizando a la TIC como intermediaria para conseguirlos.

—Algo de eso me dijo Francesco...

—Los libros, por sí mismos, no tienen gran valor, pero los conjuros que atesoran, junto a ciertas reliquias necesarias para que surtan su efecto, sí podrían ser decisivos.

—¿Decisivos para qué?

—Es evidente... El poder, doctora, el poder. La pulsión por la que todos los magnates de la Tierra han peleado siempre.

—¿De qué reliquias estaríamos hablando?

—Las que tienen que ver con la Pasión de Cristo.

—El Santo Sudario está en Turín, eso es obvio, aunque hayan ciertas dudas sobre su autenticidad. En cambio, de las otras nada se sabe.

—Existe una teoría que dice que donde esté una de estas reliquias, estarán todas las otras. Sabemos que la Sábana Santa tiene ciertos visos de ser auténtica, por tanto, el resto se encontraría también en Turín. Hay quien dice

que las figuras que aparecen en el templo de la Gran Madre de Dios indican dónde se encontrarían, solo habría que interpretarlo correctamente.

—Y, según usted, ¿quién sería esa persona que estaría tan chiflada por estos objetos? No creo que Di Pietro fuera a darnos ese nombre.

—Lo he visto un par de veces y, por el momento, no puedo revelarle su nombre. Es curioso, pero de él solo me trasciende una maldad absoluta. Algo siniestro y escalofriante mueve su deseo.

—Pero, indirectamente, le estaríamos ayudando a conseguirlo, ¿no?

—No, si puedo impedirlo, pero, para ello, necesitamos encontrar antes que él lo que busca. Es la única manera de evitar un desastre. Solo por esa razón acepté el trabajo... Como verá, todos tenemos un motivo para estar aquí.

Me quedé muy impactada con aquella conversación. Seguramente sería el ambiente que nos rodeaba, la oscuridad y la tormenta, pero empezaba a inquietarme nuestra investigación, ahora que sabía más sobre lo que buscábamos. Era muy tarde y al día siguiente tendríamos que regresar a la iglesia, así que me despedí de Rackoczy y regresé a la cama. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando subía por la escalera, menos mal que iba a dormir acompañada.

CAPÍTULO 5

A las siete en punto sonó la alarma del teléfono de Francesco y en ese momento me di cuenta de que estaba abrazada a él.

—Me alegro de que todavía me eches de menos —me dijo satisfecho cuando, avergonzada, me despegué de su pecho.

No quise darle más importancia, para que no se creciera con aquella muestra de debilidad que yo achaqué a la inquietante conversación que mantuve con Rackoczy. Francesco se comportaba como si nada hubiera cambiado, como si todavía estuviéramos casados. Salió completamente desnudo de la ducha y yo lo miré por el rabillo del ojo como si fuera la primera vez, aunque reconozco que no sentí nada. Pensé que mi libido se había muerto o al menos estaba aletargada por el empastillamiento al que me había sometido para superar el trauma. Dado que tendría que convivir con el que todavía, sobre el papel, era mi marido, decidí que no tenía sentido seguir tomándolas e intenté superar por mí misma aquella situación. ¿Qué podía perder? Seguramente alargaría innecesariamente mi recuperación, pero ahora tenía algo de qué ocuparme. Después de hablar la noche anterior con mi antagonista en el proyecto, reconozco que consiguió intrigarme lo suficiente como para que me levantara con ganas de volver a San Donato.

Después de vestirnos convenientemente para una jornada de trabajo, bajamos al salón, donde nos esperaban nuestros colegas. Estaba a punto de amanecer y el paso de la tormenta había dejado una mañana fresca, pero se intuía que aquel sería un día agradable.

Habían llegado los dueños del establecimiento y comenzaron a preparar un contundente desayuno que todos agradecemos. Me sentía reconfortada y preparada para trabajar, hacía tiempo que no me levantaba tan positiva. Mientras devoraba unas tostadas, estuve observando a Rackoczy, que saboreaba una humeante taza de té. No le vi probar bocado alguno y, a pesar de no parecer cansado, daba la impresión de que no hubiera dormido en toda la noche —llevaba la misma ropa que el día anterior—. A pesar de comprender un poco mejor su tarea, no acababa de fiarme, pues había algo misterioso en él que no comprendía y eso me hacía recelar.

Dejamos al matrimonio trabajando en la cocina, preparando la comida de todo el día y salimos rumbo a la iglesia. Tuve previsión de ponerme un calzado mucho más adecuado, pero todos acabamos con las suelas llenas de barro cuando accedimos a San Donato. Había que inspeccionar la cripta antes de pedir ayuda, pero estábamos seguros de que, entre cuatro, conseguiríamos encontrar a algún tipo de pasadizo o entrada secreta, aunque tuviéramos que remover entera la piedra del altar.

Bajamos las escaleras, encendimos el grupo electrógeno y esperamos a que el serbio diera las pautas sobre lo que había que hacer. Se tomó su tiempo, mientras nosotros departíamos con el profesor Renzo sobre lo que le parecía aquel templo, arquitectónicamente hablando.

—Tengo que estar seguro de lo que hay detrás de estos muros pero, con lo que he visto, creo que el mundo del arte no habrá perdido ninguna joya si sacamos a la luz los restos románicos, sobre todo si, como afirma Di Pietro y sostiene usted, querido Francesco, todavía lucen en sus muros unos frescos que harían palidecer al propio Ghioto. A fin de cuentas, nunca me han interesado demasiado los edificios que, por cuestión de modas, intentan camuflar su verdadero origen.

—Se lo agradezco, profesor Renzo. Siempre es una garantía si una eminencia en su campo deja vía libre para rescatar elementos del pasado que, en mi modesta opinión, pueden ser mucho más interesantes —contestó Francesco.

—De todas maneras —añadió el profesor—. Habrá que esperar a encontrar las evidencias. No nos adelantemos, no sea que, al final, nos quedemos con las ganas y prefiramos dejar las cosas como están.

En aquel momento, Rackoczy nos interrumpió y acudimos con ganas de ser sorprendidos. ¿Habría encontrado la manera de acceder al otro lado?

—Acérquense, por favor... ¿Ven que el altar está unido a la pared que hay detrás? En realidad son una única pieza, que no tiene nada que ver con el resto. Seguramente, si hacemos fuerza los cuatro a la vez, consigamos moverlo.

Siguiendo sus indicaciones, nos colocamos todos en un lado y empujamos con todas nuestras fuerzas hacia el contrario. Creí que no íbamos a conseguir nada; yo no era una mujer fuerte y me estaba empleando a fondo. Apreté tanto los dientes que pensé que iban a saltarme los empastes pero, al fin, logramos,

después de un chirrido que nos supo a gloria, mover un poco el altar que, como había predicho Rackoczy, se desplazó todo de una pieza y una leve corriente, procedente del estrecho resquicio que abrimos, se dejó sentir por toda la sala. Solo teníamos que insistir con nuestra fuerza bruta, pero ahora estábamos seguros de que nos aguardaba la recompensa al otro lado.

Después de más de un siglo sin que la piedra fuese removida, su reticencia a la inmovilidad fue vencida con tesón. Quedó expedito el camino hacia el estrecho túnel al que tuvimos que acceder, agachándonos para pasar por la oquedad que se abría ante nosotros. Francesco, el más joven de todos, tomó la iniciativa. Era curioso y arriesgado, pero todavía estaba más ansioso por encontrar algo que justificase su presencia. Yo esperé a que todos entrasen, no me gustaban los lugares estrechos y mal ventilados y la sorpresa no era lo que más me motivaba. Cuando pudimos ponernos erguidos, todo fue mucho más fácil. Un desagradable olor a humedad hizo que me tapase la nariz, aunque pronto accedimos a una especie de sala bastante amplia que me hizo más soportable estar allí. Francesco iluminó con su linterna el techo y yo respondí con un grito. Una cara diabólica nos miraba desde las alturas. Las otras linternas acudieron al unísono, mostrando la variedad de escenas que componían un magnífico fresco que decoraba la bóveda de aquella cripta oculta. Fuimos descubriendo, poco a poco, la magnitud de las pinturas y dedujimos que se trataba de alguna alegoría sobre el Juicio Final, aunque fuera muy precipitado afirmarlo por la parcialidad de la observación. Hacía falta luz, no obstante, al comprobar que había varios sepulcros de religiosos, tuvimos la certeza de que se trataba de la sepultura de los antiguos abades del monasterio.

Aquello, por sí mismo, ya significaba un hallazgo fascinante, pero todavía nos movía el interés por descubrir el lugar donde se encontraban los restos de Carlotta. Rackoczy insistió, así lo sentía y seguimos buscando. Coordinamos las linternas para seguir un orden en las paredes, intentando descubrir alguna anomalía que nos indicase que allí podía estar el cuerpo de la marquesa. Por fin, una cruz pintada toscamente sobre la pared nos dio la pista que necesitábamos. Era un muro de mampostería con aparejo de ladrillos, que evidenciaba su colocación posterior al resto de la construcción.

—Es aquí —afirmó tajante, colocando sus manos sobre la superficie.

Rackoczy las quitó de inmediato, lanzando un grito que nos dejó helados.

Fue como si se quemara al acercarlas al fuego. Empezó a soplar sus palmas y nosotros preguntamos asustados qué era lo que le había pasado.

—Fuego... —dijo sin dudar—. Me he quemado las manos al acercarlas al muro.

Inconscientemente, todos quisimos comprobarlo y también pusimos nuestras palmas sobre aquella superficie, pero no notamos nada extraño, solo una superficie fría y rugosa, como se esperaría de un lugar así.

—Quizá deberíamos traer el grupo electrógeno hasta aquí —sugirió Francesco..

Mi mente me pedía regresar al albergue y dejar aquello para otro día, pero eso nos hubiera retrasado innecesariamente y no tuve más remedio que callarme. Todos parecieron entender la petición y se sumaron a ello. Regresamos a la primera cripta y recogimos los bártulos que, gracias al largo cable, nos permitió desplazar los focos hasta este nuevo cubículo. No nos costó demasiado montarlo y, gracias a eso, pudimos admirar la sala en todo su esplendor; una joya del arte románico hecho fresco. Efectivamente, era toda una alegoría apocalíptica. Una legión de demonios en franca retirada por el empuje de seres alados, dirigidos por el príncipe de las huestes angélicas, ante la atenta mirada de un Pantocrátor envuelto en su mandorla, sentenciando sobre su trono a los condenados que eran arrebatados por los secuaces de Lucifer hasta inmensos lagos de fuego. Así, a bote pronto, definió Francesco aquel relato casi naif de los tormentos del último día.

A pesar del impacto, todo aquello pasó a un segundo plano. Salvo Francesco, que seguía cautivado por su tan anhelado descubrimiento y sobre el que se proyectaba retocando sus desperfectos, el resto buscamos la manera de echar abajo el muro. No sé de dónde salieron unos martillos pero, sin darnos tiempo a analizar lo que estábamos haciendo, nos vimos destrozando a golpes la pared. La humedad había dejado el mortero reblandecido y no nos costó trabajo que todo se viniera abajo con gran estrépito, dejando a la vista un cuchitril que servía de improvisado sarcófago a un cadáver del que tan solo quedaban los huesos y restos de lo que debió ser su mortaja. Me llamó poderosamente la atención que, a su lado, se encontrara un cirio de gran longitud que no se había consumido, como si se hubiera utilizado una sola vez. Me agaché para cogerlo, pero la voz de Rackoczy me lo impidió.

—¡No lo toque!

—¿Qué sucede? Solo se trata de un cirio —respondí.

—Está cargado de negatividad, es un cirio de excomuni3n... De la misma manera que se enciende uno cuando ingresamos en la Iglesia por el bautismo, uno se apaga cuando somos apartados de ella... No es algo que debiera tocar con sus manos.

Lo solté como si estuviera cargado de electricidad y, al volverme a agachar, pude ver lo que parecía una especie de cuaderno que asomaba entre los restos del hábito de Carlotta. No dije nada, todos estaban emocionados con las explicaciones de Rackoczy y lo metí como pude debajo de mi jersey en un acto instintivo. Estaba moralmente mal no compartir con mis colegas aquel descubrimiento, pero no pude reprimirme. Nunca había hecho algo así.

Con la excusa de un repentino mareo, abandoné la cripta, dejando a los demás hurgando entre los despojos de la marquesa. Les dije que me sentía indispuesta y que necesitaba retirarme al hotel para descansar. Todo era una burda mentira para poder ojear el libro; necesitaba conocer de primera mano lo que allí estaba escrito. A nadie pareció importarle que me fuera, a fin de cuentas eran hombres y podrían sobrevivir sin mi presencia, tenían otros entretenimientos que los mantendrían ocupados durante el resto del día y la verdad es que yo no podía aportar demasiado en aquel estado de cosas. No me acababa de fiar de nadie y recelé de todos cuando tuve el libro entre mis manos. Seguramente Rackoczy se hubiera apropiado de él o, todavía peor, habría informado a Di Pietro, obligándome a entregarlo sin poder analizarlo en profundidad. «¿Quién mejor que yo para hacerlo?», pensé, pero quería estar segura de que contenía los secretos que revelaban el verdadero propósito de Carlotta de Landere1.

Antes de subir a mi habitación para encerrarme en ella, me pasé por la cocina en busca de algo que llevarme a la boca; tenía hambre y pensé que con una manzana podría aguantar hasta la hora de comer. En vez de eso, tropecé con la dueña y se me cayó el diario al suelo. Ella se agachó amablemente para recogerlo y se quedó mirándolo de una manera extraña.

—Lo siento, he sido muy torpe —le dije, mientras le arrebatava el cuaderno.

Ella se sonrió y me preguntó si deseaba comer alguna cosa, pero no quise permanecer por más tiempo en la cocina, no fuera a ocurrírsele preguntar por el libro, que estreché contra mi pecho instintivamente. Le dije que no me

encontraba muy bien y que prefería echarme un rato en mi habitación, añadiendo que, con toda probabilidad, los necesitara para que me buscaran un transporte que me llevara a Turín. Aquello pareció convencerla y al cabo de un rato pude oír la puerta cuando los dueños abandonaron el hotel.

Me tumbé sobre la cama con el libro entre mis manos. No era la manera más ortodoxa de tratar un manuscrito de más de un siglo y temía que se fuera a deshacer nada más abrirlo, aun así me arriesgué, debía conocer su contenido.

Por su forma me pareció un diario personal, lo que aumentó mi interés. Era un cuaderno con tapas de cuero, un tanto enmohecidas por el paso del tiempo y en el que todavía se adivinaban delicados adornos hechos con pan de oro, además de una pequeña cerradura que había sido forzada. Por fortuna, había resistido el paso del tiempo y pese a las típicas manchas, todavía podía leerse sin ninguna dificultad. Estaba escrito en francés, algo natural entre la aristocracia del siglo XIX. Entonces, el diario se abrió por la mitad y me reveló el primero de sus secretos.

«Hoy lo he conocido. Él vino a mí, arrogante y seguro. Se presentó como monsieur Surmont, cautivándome desde el primer momento. A pesar de haber oído rumores en la corte sobre sus orígenes transilvanos, él aseguró pertenecer a la más rancia aristocracia francesa. Estaba convencida de que por fin resolvería todas mis dudas acerca de los misterios a los que yo no había podido acceder; no en vano le precedía un halo de prestigio entre los círculos sensitivos que comenzaban a proliferar en Francia y Alemania y cuya fama mediúmnica había llegado hasta Turín.

Lo primero que ha hecho ha sido preguntar por la Biblioteca y yo, encantada, lo he acompañado hasta ella. Hemos utilizado los pasadizos que unen el Palacio Real con el de Madama, donde ha acomodado su sede el nuevo parlamento de la nación, pero nuestra cita con lo arcano se encuentra más abajo de los pies de los notables del reino, en las catacumbas del viejo castillo, en las que todavía puede olerse el aroma de la antigua Roma.

Monsieur Surmont se ha quedado maravillado cuando ha visto la colección. Le he mostrado estas joyas, pero de algunas no ha hecho ni

caso. Se refirió a la “Pseudomomarchia Daemonum” como un divertido entretenimiento, a pesar de la devoción que yo tenía por ese libro. En cambio, cuando tuvo en sus manos la “Clavis Salomonis”, un antiguo grimorio que siempre se me resistió y cuyos secretos tal vez sea capaz de revelarme, parecía que el mundo se había parado a su alrededor. Lo ha abierto con veneración y ha pasado sus manos sobre él como si se tratara de una mujer. Mientras observaba sus grabados, me ha asegurado que era el texto original. Decía haber poseído distintas copias, pero de este manuscrito no le cabía la menor duda de su autenticidad. Luego le he mostrado el resto, entre los que se encuentran libros antiquísimos, algunos de los cuales, por desconocer su lengua, no he podido consultar: Le poulé noir, el Daemonum de praestigiis, el Grimorio de San Cipriano, el Liber Juratis Grimorium Honorii Magni, el Grimorio Secreto de Turie, el Antipalus Maleficorum Comprehensus, el Galdrabók, un libro islandés del siglo XVI. Hubo uno al que prestó mucha atención, casi tanta como a la Clave Mayor de Salomón: el Libro de la Magia Sagrada de Abramelin el Mago, escrito en el siglo XV por Abraham de Worms, el cual escribió a raíz de un viaje a Egipto, donde le fue revelada toda la magia antigua. Me habló de todos ellos con una familiaridad tal, que se diría que los hubiera escrito él.

Luego le he expuesto el motivo de hacerlo venir y me ha asegurado que es posible acabar de una vez por todas con esa puta de la Mandria, pero que costaría tiempo. Le he hecho ver que, precisamente, el tiempo es la única cosa de la que carecemos. No teníamos demasiado, ya que la delicada salud de la Reina me hace temer lo peor. Me ha hablado del conjuro de...»

En aquel momento tuve que dejar de leer, habían arrancado algunas de las hojas siguientes. Faltaba un buen trozo del manuscrito y entonces empezaron a asaltarme las dudas y los remordimientos. Había demostrado ser muy poco profesional por haber sustraído el libro, pero el mal ya estaba hecho y yo

estaba cautivada por la historia. No sabía cuánto tiempo tardarían en regresar mis compañeros y no quería que me pillaran con las manos en la masa. Solo tuve el tiempo justo de esconderlo en el bolsillo interior de mi maleta antes de que apareciera el grupo.

—¡Simona, Simona! —Me llamó un excitado Francesco desde la entrada del albergue—. ¡Ven, por favor!

Cuando bajé, estaban entretenidos con un objeto que habían depositado sobre la mesa del comedor.

—¿Qué es esto? —pregunté extrañada.

—Algunas de las cosas que hemos rescatado de la «tumba» de Carlotta... Por cierto, ¿ya te encuentras mejor?

—Sí, sí, solo fue un pequeño mareo provocado por la falta de aire... Mostradme lo que habéis encontrado.

Se trataba de la calavera de la marquesa, aunque encontré impropio de seres civilizados que anduvieran con ella como si tal cosa. La habían envuelto en un paño que, al desenvolverlo, mostró la ingrata cara de la muerte riéndose desde el más allá y que a todos nos iguala con su macabra sonrisa.

—Diga, doctora Prato... ¿Qué encuentra de raro en ella? —me preguntó Rackoczy.

Examiné la cabeza descarnada. Por fin tenía ante mí a la autora de aquel manuscrito que tan solo había empezado a leer, pero que ya sentía como parte de mi vida. Un escalofrío me recorrió la espalda. Aquella calavera me desafiaba con fuerza desde su silencio. Sus órbitas vacías me arrastraban hasta una profundidad de tinieblas y miedo, tanto, que me mareé, aun así intenté disimular y seguí observando detenidamente el cráneo. De pronto, algo cayó de su interior, era una especie de clavo.

—¿Qué es esto? —pregunté atónita.

—El motivo de la muerte de Carlotta —contestó el profesor Renzo.

—¿No había muerto de apoplejía?

—Está claro que quisieron que lo pareciera.

—Entonces, alguien le clavó esto en la cabeza... —dije asombrada.

—Es lo suficientemente fino para que pasara desapercibido. Debió de ser una muerte fulminante... Por otra parte, esta era una práctica muy extendida para acabar con los vampiros, sobre todo en Hungría y Rumanía... —apostilló

Rackoczy.

—¿Realmente creen ustedes que Carlotta fuera una vampira? Yo no aprecio unos colmillos más grandes de lo normal. Para ser una «chupasangres», tenía una dentadura bastante deteriorada para la época y su estatus social...

—Es evidente que no, doctora, pero tal vez quien la mató si lo creyera... —contestó el profesor Renzo—. De todas maneras, fuera lo que fuera, se llevó su secreto a la tumba. Tan solo hemos encontrado la bula de excomunión y poco más; nada que hable de dónde se encuentra la supuesta Biblioteca Negra, aunque los hallazgos artísticos pueden compensar más que suficientemente esta investigación, ¿no cree?

—No sé si eso le bastará a Di Pietro. Si me permiten, me acercaré hasta Turín para hablar con él y contarle el resultado de nuestro trabajo. Yo poco puedo hacer aquí. Mientras, ustedes pueden continuar, por si aquella cripta todavía puede desvelarnos alguna sorpresa.

Nadie pareció oponerse. Renzo y Francesco tenían mucho trabajo por delante y decidieron regresar a San Donato, solo Rackoczy parecía dudar de mis verdaderas intenciones. Cuando se marcharon, el serbio me asaltó en mi habitación antes de que pudiera hacer el equipaje. Su presencia me sobresaltó, parecía conocer el secreto que tan celosamente guardaba.

—Lo ha encontrado, ¿verdad?

—¿Encontrar? No sé de qué me habla —contesté haciéndome la tonta.

—Vamos, doctora, no tiene por qué disimular conmigo... No hay que ser un vidente para ver que está especialmente inquieta, sobre todo desde que hemos encontrado la tumba de Carlotta. Además, ese repentino interés por reunirse con Di Pietro...

—¿Qué insinúa? —dije ofendida.

—Ya le dije que esta historia la atraparía... Por favor, no sea inconsciente. Está jugando con algo que no conoce y que puede ser peligroso en manos inexpertas. Si ha encontrado algún tipo de manuscrito, debería entregármelo. Tiene que confiar en mí, solo yo puedo protegerla.

El tono de sus insinuaciones me resultaba amenazante, pero yo no podía revelar lo que había hecho; me hubiera desacreditado ante los demás y volví a negar la mayor. Rackoczy no insistió y me dejó marchar.

Llamé a los dueños del albergue, que no tardaron en llegar con una especie

de taxi que me llevó a Turín. Durante el trayecto me invadió una sensación de angustia, como si hubiera cometido un delito. Mi relación con Francesco había pasado a un segundo plano y ya no ocupaba más que cortos instantes de mi pensamiento, ahora llenos de Carlotta y su extraño diario, que esperaba leer nada más llegar.

Le pedí a mi improvisado chófer que me acercara al mismo hotel donde me había alojado a mi llegada. Tuve suerte, todavía quedaban habitaciones y despedí al hombre dándole una generosa propina. Al día siguiente, después de hablar con Di Pietro, alquilaría un vehículo para regresar, no me gustaba depender de nadie para desplazarme, me hacía sentir incómoda.

Subí hasta mi habitación y ni siquiera deshice el equipaje. Me quité los zapatos y me tendí sobre la cama con el libro, como hacía de pequeña cuando leía esas novelas románticas que no podía dejar hasta el final.

Esta vez intenté comenzar desde el principio; no quería perderme nada de lo que la había motivado a comenzar esa guerra que, al final, le costó la vida.

«La reina me ha mandado llamar. Estoy muy excitada, y a la vez preocupada por cómo voy a poder ayudarla. Sé que pasaré mucho tiempo en Palacio, así me lo han dicho, y que me voy a ocupar de los jóvenes príncipes, pero no es por eso por lo que me quiere a su lado. Es por culpa de la puta, esa Bela Rosin de la que todo el mundo habla y que tiene escandalizada a la Corte.

Me consta que las malas lenguas hablan de mí; menudos ignorantes. Creen que saber de cosas que desconocen es signo inequívoco de practicar la brujería. Jamás he hecho pacto alguno con Satán y la sola idea de algo así me hace estremecer. Soy depositaria de una vieja ciencia que se remonta a antiguos alquimistas y no me es desconocido el arte de contactar con los espíritus, que me han guiado en el conocimiento de lo antiguo, revelándome misterios que harían palidecer al más versado en las ciencias físicas.»

Leer aquello de su propia mano me dejaba un poco más tranquila sobre sus verdaderas intenciones. Al menos no era una bruja, ni había nada satánico en su afán, a pesar de que pudiera parecerlo. Lo que estaba claro es que iba a

poner al servicio de la reina todo su saber para perjudicar a su rival y esa parte era la que despertaba toda mi curiosidad, así que seguí leyendo.

«Hoy me ha recibido Su Majestad. Es un ser delicado y sensible. La extrema palidez de su piel la vuelve casi transparente e intuyo su delicada salud y la evidente melancolía que la invade. Me habla, pero he de leer entre líneas. Jamás me sugeriría perjudicar a nadie, pues de su boca solo brota bondad. Sé que no puedo exponerle mis pensamientos pero, a cambio, me ha prometido libertad para hacer lo que crea conveniente. A través de su edecán he sabido que se ha dispuesto en los subterráneos del Palacio Madama todo lo necesario para que desarrolle mis artes y me ha permitido reunir distintos manuscritos que se encuentran desperdigados por distintas residencias y bibliotecas, de los que tenía un somero conocimiento y que en mi vida habría podido soñar contemplar.

También hoy he conocido a los príncipes, en especial a la deliciosa princesita María Pía, una bendición de Dios, que me ha cautivado nada más verla, pues se le ve algo grande en la mirada. A pesar de ser tan pequeños, ya saben el significado de su condición y sé que me va a ser muy fácil llevar su educación, para ello cuento con las más prestigiosas institutrices del reino. Estoy convencida de que podré desempeñar fielmente mis dos cometidos.»

Me parecía increíble que Carlotta apareciera en su diario como una dama candorosa llena de virtudes. Estaba deseando avanzar en la lectura hasta descubrir cuándo se torcía todo, sobre todo, saber qué había intentado con la Vercellana, a la que tan despectivamente calificaba como «la puta». Lamentablemente, el manuscrito estaba incompleto en algunos puntos, pero esperaba que, en lo sustancial, me llegara a mostrar cómo era su verdadera personalidad.

«... y he estado informándome acerca de la Puta. Sinceramente, no sé qué ha visto Mi Señor en ella. No parece gran cosa y, por lo que me

han contado, es prácticamente analfabeta. Carece de todas las virtudes que adornan a la Reina pero, sin duda, lo satisface tanto en la cama que anula su voluntad. Incluso le ha dado dos bastardos a los que trata con más cariño que a sus propios hijos. Si Él no fuera de su condición, parecerían una familia de burgueses retirados en su villa campestre. ¡Hasta cuándo durará este tormento!

He intentado hacerme con los favores de sus criados, que no son muchos, pero se han negado a comprometer a sus dueños, alegando que ellos solo se deben a su señora y a su Majestad el Rey, y que los señores no les han dado venia para venir hasta la Corte. Me será más difícil poder acceder a sus secretos, pero creo que al final lo lograré.»

«... la Reina está nuevamente encinta y su salud ha menguado notablemente. Los médicos se lo desaconsejaron vivamente, pero su Augusto esposo necesita más príncipes para asegurar su política dinástica, aunque eso le cueste la muerte a mi adorada Señora. Hoy ha vuelto a desmayarse y ya no creo que se levante de la cama. Parece que mis remedios no surten efecto ante la debilidad de su cuerpecito y han mandado recado al Primado de Turín para que le administre los santos óleos.»

«...Milagrosamente parece haberse recuperado, sin duda los beneficios de la Santa Madre Iglesia han tenido algo que ver, pero tengo que darme prisa si quiero que mi Señora pueda ver la caída de esa mujer antes de que muera.»

«...He conseguido pelos del peine de la puta. Los he pagado a precio de oro y me he puesto enseguida a fabricar una imagen suya de cera que he hecho depositar bajo su cama, siguiendo los dictados de uno de esos libros farragosos escritos en latín. Me divertí mientras lo hacía, le puse unas grandes posaderas, pues me han asegurado que ha perdido su porte y la cintura que tanto enloquecía a Mi Señor, aun así no ha dejado de amarla. Sería mucho más fácil si tuviera acceso al castillo de la Mandria, pero espero que no me la juegue una de sus nuevas doncellas, a la que he hecho rica gracias a su traición.»

«...He sabido que la regia “concubina” ha enfermado, pero dada su incontinencia a la hora de comer, es posible que no se trate más que de un cólico causado por ello. Si no consigo acabar con la Vercellana, al menos el Rey tendrá que dormir en otra alcoba. Seguiré intentándolo.»

Estaba absorta, aunque pasé de puntillas por aquellos aspectos domésticos que menos me interesaban del relato. Su escritura era pulcra y sin borrones, en un estilo *copperlate italiano* inconfundible, la caligrafía típica de las damas de buena educación, y eso facilitaba la lectura, pero se había hecho bastante tarde y todavía no había llamado a Di Pietro, ni había probado bocado.

Dejé el libro sobre la cama y busqué mi teléfono. Por suerte, todavía estaba aquella «Barbie» en la oficina y puede concertar una cita para el día siguiente; tenían orden de priorizar mi llamada sobre todas las demás. Ahora debía bajar a cenar. Pensé en hacerlo en el mismo hotel, pero necesitaba despejarme y enseguida se me ocurrió volver al mismo restaurante que había frecuentado desde mi llegada a Turín, tal vez estuviera aquel joven que me rescató de mi lamentable estado. Me arreglé; estaba eufórica, con un objetivo por primera vez en muchos meses y eso me hacía sentir bien. Antes de salir tuve un pálpito y, en el último momento, metí instintivamente el diario dentro del bolso.

Fui dando un paseo y cuando llegaba al Chambers, recibí una llamada, era Francesco. Daba la impresión de que olía mis intenciones, pero no podía rechazarlo, a fin de cuentas era un colega y presupuse que me llamaba por algún motivo relacionado con el trabajo.

—Dime, Francesco. ¿Qué tal todo por ahí?

—Hace un rato que acabamos de llegar Renzo y yo. Ha sido un día agotador, pero ha valido la pena. La cripta es un descubrimiento fantástico, una verdadera Capilla Sixtina del románico.

—¿Habéis descubierto algo más de Carlotta? —Era lo único que me preocupaba en aquel momento.

—No. Ya viste lo que trajimos al albergue... Parece que a los únicos que os interesa es a Rackoczy y a ti... Bueno, ¿qué haces?

—Me disponía a cenar. Mañana he quedado con Di Pietro para hablar de lo que hemos descubierto.

—Me gustaría estar contigo ahora... ¿Sabes?, voy a echarte de menos esta noche.

—Seguro que no. Te conozco y ahora, con los frescos, vas a sentirte plenamente realizado. Menos mal que amas las pinturas más que a mí.

—Sabes que en mi corazón hay hueco para más de un amor...

—No me cabe la menor duda, ya me has dado bastantes muestras de tu capacidad amorosa... Bien, tengo que colgarte. Ya os llamaré mañana.

¡Qué presuntuoso! Se sentía tan seguro de sí mismo que estaba convencida de que habría pensado que salí de Val di Verna por no pasar una noche a su lado. La verdad es que todo este asunto me había venido bien para distanciarme mentalmente de aquel tormento que me crispaba los nervios. Carlotta iba ocupando el lugar que hasta ahora era exclusivo de Francesco, pero no sabía si aquello sería la solución. Ya me había advertido suficientemente el endemoniado serbio de que esto también acabaría pasándome factura.

Entré en el restaurante y ocupé la mesa que últimamente se había convertido en mi sitio fijo, aunque esta vez esperaba poder gozar de una cena más tranquila. El dueño me reconoció enseguida y vino a saludarme. Fue encantador. Me preguntó qué tal me encontraba y si esa noche no estaba acompañada. Menos mal que no insistió demasiado con sus preguntas y se tomó nota de los platos. No tenía demasiadas ganas de dar explicaciones y, por supuesto, me apetecía regresar cuanto antes al hotel para proseguir con la lectura.

Estaba dando fin a un exquisito plato de caracoles cuando alguien se me acercó por detrás, poniéndome la mano sobre el hombro.

—Discúlpeme... —me dijo para que me girase.

No lo reconocí, aunque su cara me resultaba familiar y ante mi extrañeza se presentó.

—Soy la persona que la acompañó hasta el hotel la otra noche, ¿recuerda?

Me pareció increíble tanta casualidad. Por fin mi deseo se veía cumplido y además con creces. Me miró desde sus ojos verdes y, al sonreírme, pensé que me iba a marear de nuevo. ¡Qué guapo! No quise que se me notara lo que pensaba y le invité a sentarse conmigo, se lo debía. La verdad es que no estaba segura de lo que hacía y, además, no tenía ni idea de qué podríamos hablar

pero, ante todo, me resultaba muy embarazoso tener que recordar lo del otro día.

—Me gustaría invitarle a cenar y así agradecerle lo que hizo por mí —le dije.

—No hace falta, pero la verdad es que he venido solo y siempre es agradable poder conversar mientras se cena.

—Verá, señor...

—Discúlpeme, no me he presentado. Mi nombre es Giuseppe... Giuseppe Verdi y no, no tengo nada que ver con el compositor. ¡Qué más quisiera!

Aquello me hizo mucha gracia y enseguida comprendí la reticencia a dar su nombre. Imaginaba la cantidad de equívocos y risas maliciosas que ello le podía ocasionar.

—Fue una ocurrencia de mi padre —prosiguió un tanto avergonzado—. Aproveché nuestro apellido para hacer de mí alguien singular, pero me temo que le he defraudado. Nunca antes se atrevieron a poner ese nombre en la familia para evitar la confusión y, como era de esperar, la música no se encuentra entre mis fuertes, al menos la composición.

—Muy bien, señor Verdi, aclarado este punto, creo que le debo una explicación sobre lo que me sucedió el otro día... Resulta que había tomado unas pastillas para dormir, pero no hicieron su efecto hasta que, cenando, tomé un poco de vino... Por lo visto fue una mala elección.

—Pero, ahora se encuentra bien, ¿no?

—Por favor, puedes tutearme... Sí, hoy no he tomado ninguna píldora. Espero no volver a hacer el ridículo.

—¿Te parece pues que pidamos un buen vino para celebrarlo? Es posible que el de la otra noche resultara un tanto «cabezón».

Giuseppe me recomendó una botella de *Barbaresco* y, a pesar de intentar beber con moderación, no pude evitar que se desatara mi lengua más de lo que debiera, contando cosas sobre mi vida.

—Entonces, ¿eres un alto cargo de la Superintendencia de Bienes Culturales? ¿Y antes de eso? ¿A qué te dedicabas?

—Era restauradora de libros.

—¡Qué interesante! ¿Sabías que yo también me dedico al mundo de los libros? Regento una modesta librería de viejo.

—Sí, me lo dijo el dueño del restaurante cuando pregunté por ti al día siguiente... Me gustaría visitarla, me encantan los libros antiguos. He pasado muchas horas en ese tipo de librerías.

—¿Por qué no vamos ahora? No está muy lejos... Es posible que encuentres algo que te interese.

Después de tomar café decidimos acercarnos dando un pequeño paseo. Me sentía tan a gusto que no me importó alargar la velada. Lo miré por el rabillo del ojo y me pareció tan apuesto, que casi me da un patatús. Tenía una nariz un poco grande pero, lejos de afearle, le daba mucha personalidad. Llevaba una barba perfectamente recortada, pero su pelo lucía largo con cierto aire bohemio. En cierta manera me recordaba algo a Francesco, pero con un toque mucho más cálido.

Francesco, siempre Francesco. No había nada de lo que hiciese que no me recordara a él, me había acostumbrado tanto, que me resultaba imposible no hacerlo. Intenté apartarlo de mis pensamientos, esperando que Giuseppe fuera lo suficientemente discreto para no preguntarme por mi estado civil.

Por fin llegamos a la puerta de su librería. No parecía gran cosa, más bien pequeña, pero me equivocaba. Después de entrar, un largo corredor, repleto de estanterías con libros asomados a ellas, llevaba a una zona más amplia, una especie de trastienda, que permitía perderse entre pasillos delimitados por viejas mesas de madera con cientos de ejemplares apilados sobre su superficie y aspiré con profundidad el aroma a papel viejo que me traía recuerdos olvidados. El áspero tacto de los libros, con polvo acumulado entre las hojas, evocó los primeros impulsos que me llevaron a introducirme en este mundo.

Giuseppe estaba observándome desde el mostrador, detrás de una torre de libros encuadernados en piel y sonreía complacido. Seguramente le parecí una niña rebuscando, y entonces me acerqué a él.

—Te gustan, ¿verdad? —me preguntó.

—Mucho. Hacía tiempo que no tenía un contacto tan íntimo con estas pequeñas joyas... Bueno, no tanto. Ahora estoy leyendo un manuscrito de algo más de un siglo que me ha devuelto la pasión por los libros.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—No sé si debería contarte nada, pero solo te diré que es un diario escrito por la dama de la última reina de Cerdeña.

—¿M^a Adelaida de Habsburgo?...

—¿Conoces su vida?

—No mucho... Le tocó vivir una época convulsa, sobre todo en lo personal, teniendo como rival a la *Bela Rosin*, cuya fama llegó a eclipsarla. En fin, sé lo que recogen los libros de historia y ciertas leyendas que corren por algunos círculos.

—¿Qué clase de historias?

—Bobadas, cosas que nunca se han verificado... Se habló de cierta colección de libros «raros» que, supuestamente, se han perdido. También he oído que los nazis estuvieron buscándolos.

—Y si te dijera que es posible que existiera dicha biblioteca...

—¿No estarás hablando en serio?

—No debería decirlo, pero ahora estoy trabajando en un proyecto para intentar localizarla.

Giuseppe se quedó sin habla, impactado por mi revelación. Supuse que, para un librero, hablar de viejos manuscritos, era como mentarle el santo grial de la bibliografía y por fin se atrevió a decirme algo.

—Me gustaría ayudarte a encontrarla.

—Me temo que no es posible, ya tenemos un equipo que se encarga de todo. De todas formas, ¿qué sabes de ese tipo de «literatura»?; si es que podemos llamarla así.

—De vez en cuando se descuelga alguien preguntando por este tipo de libros. Ya sabes la fama que tiene Turín: magia, ocultismo, reliquias... De hecho he tenido algún ejemplar, burdas copias sin ningún valor, pero que han durado poco tiempo en mis estanterías. Hay un cierto imán que los hace muy deseados por gente que se dedica a este tipo de negocios. Supongo que esperan encontrar algún hechizo que remedie sus males, cosa que raramente ocurre, ¿no te parece?

En aquel momento me di cuenta de que sus ojos habían cambiado de expresión y me miraban de una manera muy distinta a como lo hacían antes. Yo era «perra vieja» en estas cosas y no era la primera vez que había visto este tipo de miradas en un interlocutor masculino, justo cuando la conversación dejaba de interesarles y pretendían continuar por otros derroteros, así que intenté cortar por lo sano.

—Creo que se está haciendo tarde... Debería marcharme al hotel —
insinué.

—¿Te alojas en el mismo sitio?

—Sí, pero mañana tengo una reunión muy importante y después debo regresar a Val di Verna, donde me esperan mis colegas.

—Lástima. Iba a invitarte a tomar una copa... Quizá en otro momento.

—Me encantaría. Ahora, si me disculpas, debo marcharme.

—Te acompañaré si no te importa. No me gustaría que te sucediera nada de camino al hotel.

Giuseppe me acompañó hasta la misma puerta y, a pesar de ser yo misma quien había dado fin a una velada estupenda, más por miedo que por ganas, estaba encantada de tenerlo a mi lado. Era tan galante, que por un momento me olvidé de todo lo demás, pero no era una ingenua y sabía que aquello eran «habas contadas». La vida real me esperaba al día siguiente y tenía que resolver con Di Pietro por dónde deberíamos llevar las investigaciones.

No pude evitar que, antes de despedirnos, me diera su teléfono, quizá con la esperanza de reanudar, más pronto que tarde, aquella incipiente relación. No quise ser descortés y guardé su teléfono, por supuesto no le di el mío, no era tan infeliz. Lo dejé delante de la puerta y me dirigí hacia los ascensores sin mirar atrás.

Abrí la puerta de mi habitación y enseguida noté un olor peculiar que no me era del todo desconocido. Era ese aroma suave y avainillado que al momento asocié con Rackoczy. Al encender la luz no podía creer lo que estaba viendo: la habitación revuelta, mi ropa por el suelo y enseguida supe lo que había pasado.

CAPÍTULO 6

Llamé a recepción y al minuto acudieron para ver lo que había ocurrido. En mitad de un mar de disculpas, alguien avisó a la policía. La cosa era lo suficientemente grave como para preocupar a un hotel tan serio como aquel. Después de tomarme declaración y realizar unas cuantas preguntas al personal de servicio, la dirección se ofreció a cambiarme de habitación para que me sintiera más segura, pero yo, por primera vez, me sentí aterrorizada y no dudé en llamar a Giuseppe. Podría parecer estúpida, pero era la única persona que conocía en Turín y, sobre todo, no estaba dispuesta a llamar a Di Pietro o a mis compañeros de Val di Verna. ¿Cómo justificar lo que me había pasado?

Callé ante la policía el verdadero motivo de aquello. Estaba convencida de que todo giraba en torno al diario de Carlotta y la única persona que sabía que lo tenía era Rackoczy, además, estaba aquel olor inconfundible de las tiras de Papel de Armenia que le había visto utilizar en el albergue. No podía ser otro más que él; alguien que no dormía por las noches y que no le hubiera costado demasiado burlar a sus compañeros, apareciendo de improviso e intentando llevarse lo que él sabía que tenía.

Mi cabeza estaba hecha un lío. Me había encendido un cigarrillo para mitigar los nervios cuando apareció Giuseppe a los pocos minutos y su sola presencia me tranquilizó. Me puse a llorar como una tonta y me prestó lo que más necesitaba en ese momento, un hombro. Estaba a falta de aquel afecto, de la cercanía con alguien sobre la que no mediara un contrato de trabajo y él me supo comprender.

Cuando me calmé, tuve que explicarle lo que había sucedido, pero mis escuetas contestaciones no le satisficieron; era obvio que no se trataba de rateros aficionados en un hotel de lujo, así que tuve que contarle prácticamente todo. En aquel momento no me importó revelarle el secreto, no pensaba que pudiera tener mayor trascendencia, pero me equivocaba. Me sorprendí al ver que Giuseppe empezaba a mostrar más interés por aquel diario y por la siniestra biblioteca de lo que había dejado entrever en la conversación que tuvimos en su librería. Por un momento, al verlo entusiasmado, me pareció estar delante de Francesco.

—No sabes cuánto me gustaría ayudarte. Ya sé que tenéis vuestro grupo formado pero, si te parece, podría echarte una mano. Tengo experiencia en este tipo de cosas y sé dónde buscar en Turín.

—Te lo agradezco, pero creo que podré arreglármelas sola. Lo único que me da miedo es que, el que ha venido a buscar el diario, vuelva a por él.

—¿Pero no se lo ha llevado? Yo pensé que...

—No. Afortunadamente lo tenía a buen recaudo. Todo este tiempo ha estado aquí dentro —le dije señalando mi bolso.

—¿Me dejas verlo?

No me pude negar y, a regañadientes, se lo mostré. Lo tomó entre sus manos como si tratara de un bebé. Lo acarició y lo olió como solía hacerlo yo, para luego ojear por encima, dándose cuenta de que aquello iba más allá del diario de una dama de mantilla.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —me preguntó.

—Gracias, pero no será necesario, ya estoy mejor. Mañana me espera un día muy ajetreado y necesito descansar un poco.

—¿Me llamarás?

—Será lo primero que haga, pero ahora debes irte si no quieres que mi reputación caiga por los suelos después de lo que ha pasado esta noche.

Se sonrió y, al despedirlo en la puerta, me robó un beso. No niego que me gustó, aunque no pude dejar de sentirme culpable. Todavía pensaba que aquel coqueteo era impropio de una mujer casada, como si le debiera fidelidad a Francesco.

Me desnudé y me metí en la cama con el libro entre mis manos. No me atrevía a dejarlo a la vista, así que lo puse debajo de la almohada para evitar que volvieran a intentar robármelo. Ahora ya había alguien más en el secreto y ya no me fiaba ni de mi sombra.

No fue una noche fácil y cuando sonó el despertador, me dio la impresión de que acababa de acostarme, pero mi cita no admitía demora y, por supuesto, no iba a comentarle a Di Pietro nada de lo que me había sucedido la noche anterior.

Me vestí con lo mejor que tenía, quería estar despampanante y quizá un pelín agresiva. No pretendía dejarme intimidar por llevar aquellos aparentemente pobres resultados y, sobre todo, necesitaba saber de su boca si

tendrían algún plan B en el caso de que hubiéramos llegado a un callejón sin salida. No había leído del todo el diario de Carlotta, pero no creo que allí hubiera ni rastro de dónde se encontraba la colección, no en balde habían sido arrancadas cuidadosamente aquellas hojas que contenían alguna posible referencia que nos permitiera acercarnos a su escondite. Quien lo hizo se cubrió perfectamente las espaldas.

Entré decidida en la sede de la TIC. La «Barbie» me recibió y me hizo pasar sin mayor preámbulo al suntuoso despacho de Di Pietro, que me esperaba en compañía de un hombre bien vestido que estaba tomando un café en uno de los sillones Luis XVI. Me quedé desconcertada mientras le veía dar vueltas al azúcar con una pequeña cucharita de plata.

—Buenos días, doctora Prato... Permítame que le presente al señor Fedor Freiherr.

Me acerqué sigilosa y le estreché la mano. Él no hizo ademán de levantarse y me miró como si fuera una escultura, sin pestañear. Pude observar que lucía un aparatoso anillo con un extraño símbolo en su mano derecha y yo siempre había odiado a los hombres con esos extravagantes sellos.

—El señor Freiherr acaba de llegar de Viena. Es uno de nuestros principales inversores... —continuó diciendo Di Pietro.

—Y, quizá, la persona que está interesada en nuestros «descubrimientos», ¿no es cierto? —le interrumpí, echándole una mirada inquisitiva.

—Es usted muy sagaz, doctora Prato —dijo Freiherr—. El señor Di Pietro me ha hablado muy bien de usted.

—Es muy amable... Precisamente he venido para hablar del tema que nos ocupa.

En ese momento, aquel personaje se levantó, dejando su taza sobre la mesa, sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta dándonos la espalda y, al cabo de un momento, un hilillo de humo empezó a perfumar el despacho. No había ninguna duda, era el reconocible aroma del Papel de Armenia. Por lo visto, Rackoczy no era el único aficionado a aquel singular modo de ambientar los interiores, quizá lo había aprendido de él. Entonces se hizo la luz en lo más profundo de mi cabeza, tal vez no fuera el serbio el autor del desastre en mi habitación. Tenía que averiguar todo lo concerniente a Freiherr y el porqué de su presencia allí, justo en el momento en que tenía que consultar con Di Pietro los próximos pasos a seguir.

—Bien, doctora Prato, cuéntenos los avances de su grupo —dijo el austríaco, interrumpiendo mis pensamientos.

—La verdad es que hemos hecho magníficos descubrimientos, aunque creo que les parecerán bastante pobres si atendemos a los resultados... Hemos dado con una antigua cripta que, por lo que han podido valorar mis colegas, es una maravilla del arte románico, por lo que se refiere a los frescos que la adornan. En efecto, allí estaba el cuerpo de Carlotta de Landereel, la cual no tuvo una muerte apacible, precisamente.

—¡Qué interesante! Prosiga doctora.

—Como suponíamos, Carlotta fue asesinada, haciendo parecer su muerte como un simple ataque cerebral pero, en realidad, pereció a causa de un clavo incrustado en su cabeza. No debía gozar de buena fama en vida pues, a la hora de enterrarla, se le practicó un exorcismo y se la anatemizó mediante un elaborado ritual que incluía el emparedamiento de su cadáver.

—¿Y qué encontraron en la tumba?

—Si se refiere a la famosa Biblioteca Negra, le diré que no hemos hallado nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera un manuscrito? Es muy extraño —preguntó el señor Freiherr.

—Para ser honesta le diré que, junto a su cuerpo, encontramos la bula de excomunión.

—¿Solo eso? —preguntó Di Pietro.

—No tiene por qué dudar de la palabra de la doctora, querido amigo —le recriminó el vienés—. La honestidad es la mejor vestidura de una profesional, ¿no es así, doctora? —añadió con sarcasmo.

Me sentía descubierta, pero me mantuve firme, intentando disimular el rubor que ya corría por mis mejillas. Sin duda, allí todo el mundo estaba en el secreto del manuscrito, pero hicimos lo posible para disimularlo en un extraño juego que se parecía a «¿Quién es el asesino?», esperando que apareciera la siguiente carta que nos llevara a la resolución del misterio.

—El descubrimiento ya es de por sí importante y sugiero que se inicien las actuaciones pertinentes para sacar a la luz este hallazgo —añadí—. En lo que respecta a los libros, espero que tengan alguna idea para proseguir con las investigaciones, si no, poco más puedo hacer... Tendremos que ponerlo en

conocimiento de las autoridades pertinentes para que se empiece cuanto antes.

—Está bien, doctora —habló Di Pietro—. Por el momento eso es todo. Le sugiero que regrese a Val di Verna y se reúna con el grupo, tal vez hallen alguna pista que se les haya pasado por alto. En lo referente a la recuperación de los restos de la abadía, tiene carta blanca. Proceda como estime conveniente ya que tiene más experiencia en estas cosas. Nos mantendremos en contacto.

—Muy bien, señor Di Pietro, le llamaré si hay novedades... Señor Freiherr, encantada de conocerle.

Me despedí con un escueto saludo, estrechándoles las manos de una manera particularmente fría. Cuando salí de allí, el corazón me latía acelerado. No sabía mentir, no estaba acostumbrada y aquello me provocaba una tensión que me aflojaba las piernas. ¿Por qué me había metido en aquel berenjenal sin necesidad? Hubiera sido más fácil para mí haberles entregado el manuscrito de Carlotta, desentendiéndome del asunto pero, ahora que se había «descubierto» el principal interesado en poseer aquellos libros, todavía me picaba más la curiosidad y quería saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

Me sentía verdaderamente perdida sin saber en quién confiar. Por mí misma no me veía capaz de resolver aquel misterio y en aquel momento pensé en Verdi; era el único ajeno a todo esto. Lo llamé desde una cafetería cercana, no me atrevía a aparecer por la tienda sin más. Cuando respondió, me pidió que me acercara y fue lo que hice.

Estaba solo. El público fiel a las antiguallas de papel no solía aparecer por la tienda hasta más tarde, cuando podían disponer de más tiempo para rebuscar entre los estantes y encontrar aquel libro que despertara la ilusión por la letra impresa. No se giró cuando sonó la campanilla de la puerta y siguió colocando en su sitio una pila de volúmenes que estaba esparcida por su mesa de trabajo.

—Buenos días, Giuseppe —dije sin alzar demasiado la voz.

—Hola Simona, me alegro de verte. ¿Qué tal ha ido la reunión?

—Bien, supongo...

—Me da a mí que no tan bien como dices.

—He conocido a la persona que está buscando la famosa biblioteca

mágica. Es un austríaco estirado y...

—Y no te ha gustado nada.

—¿Tanto se me nota?

—Tu cara lo dice todo.

Giuseppe tenía razón. No podía reprimir mi expresión cuando alguien simplemente me repelía. Estaba acostumbrada, desde mi sillón de mando, a repartir desprecios y pocas veces me hacía falta pronunciar una palabra, con un gesto solía ser bastante para dejar las cosas claras. Sin duda era un defecto que me granjeó no pocos enemigos, pero difícilmente cambiaba de opinión cuando me creía en posesión de la verdad.

Obvié aquel pequeño repaso mental de mi carácter y le describí con todo lujo de detalles lo que me había parecido aquel personaje: elegante, de finos modales, ligeramente envarado y bastante dado a la ironía. No pasé por alto el extraño sello que lucía en su mano, que detallé con precisión.

—¿Estás segura del dibujo del anillo?

—Difícilmente se le escaparía algo así a una mujer. Por cierto, me pareció ostentoso y de mal gusto...

—Si es como me lo has descrito, un disco negro con una especie de rayos partidos que parecen girar, eso solo puede significar una cosa... Aguarda un momento, tal vez tenga un dibujo por ahí.

Giuseppe se adentró por uno de los pasillos y lo oí rebuscar entre las estanterías. Al momento regresó con un libro que me mostró abierto.

—¿Era como esto?

Parecía brujería, allí estaba el mismo dibujo que lucía Freiherr en su anillo. Debajo de la ilustración solo un nombre: Sol Negro.

—¿Sol Negro? ¿Qué significa?

—Se trata de un antiguo símbolo de los pueblos nórdicos, que representaba el día del fin del mundo. Posteriormente, los nazis se apropiaron de este emblema esotérico, el llamado *Schwarze Sonne*, que se ligó al misticismo de las SS y a su sociedad secreta ubicada en el castillo de Wewelsburg. Este mismo símbolo aparece incorporado en un mosaico de mármol verde en el suelo de la antigua «Obergruppenführersaal», la sala de los generales destinada a los líderes de las SS en la torre norte. Heinrich Himmler pretendió hacer de aquel sitio el centro del mundo, dando cobijo a toda una serie de

movimientos destinados a reconstruir la cultura indoeuropea. Se dice que pretendía reunir allí símbolos y reliquias de especial significado para ellos.

Me quedé estupefacta, no podía apartar la vista del dibujo. No quería creer que, hoy en día, todavía hubiera gente con esos fines espurios, interesada en revivir pasajes oscuros de nuestra historia, pero por fin iban encajando las piezas en este intrincado rompecabezas.

—¿Estás bien? —me preguntó Giuseppe—. Parece que te has quedado sin palabras. ¿No te habrá impresionado la historia, verdad?, ¿o es que piensas que ese tipo pueda pertenecer a esa sociedad?

—Ya no sé qué pensar, creo que todo esto me está desbordando...

—¡Vamos, ánimo! Sin duda solo se trata de una coincidencia. Seguro que todo tiene una explicación más sencilla.

En aquel momento sonó mi teléfono. No tenía registrado el número y dudé si tenía que cogerlo. Al final me decidí, era el profesor Renzo.

—Doctora Prato... Tiene que venir enseguida —me dijo con voz entrecortada.

—¿Qué sucede?

—Verá, no sé cómo decírselo... Se trata de su marido.

—¿Francesco? ¿Qué le ha pasado?

—El profesor Prato ha desaparecido esta mañana.

—¿Qué?

Me puse nerviosa y empecé a gritar preguntando el dónde, el cómo y el por qué. Renzo, desde el otro lado del teléfono, intentó tranquilizarme para, acto seguido, explicarme lo que había sucedido.

—Esta mañana salimos temprano hacia San Donato. Bajamos a la cripta y nos dispusimos a realizar algunas catas en las pinturas. Cogimos varias muestras de pigmentos para hacer una espectrometría y mientras yo permanecía tomando algunos datos, Francesco subió a la iglesia para recoger algunos útiles que nos hacían falta. Estaba bastante enfrascado en mi trabajo y no me di cuenta hasta muy tarde de que no estaba. No oí nada extraño, pero cuando subí, al echarlo de menos, me percaté de que no había ni rastro de él. Regresé al albergue, donde aguardaba Rackoczy, pero aseguró que no había vuelto por allí... Hemos llamado a los dueños de *Il Cervo*, incluso hemos hecho una pequeña batida por la zona, pero ni rastro. Es muy extraño.

—¿Han llamado a la policía?

—Dimos parte al destacamento de los Carabinieri, pero no parecen haberle dado excesiva importancia. Nos han comentado que han pasado pocas horas desde su desaparición y dado que es un hombre joven, no hay motivo para alarmarse. Confían en que aparezca pronto, pero yo no lo creo.

—¿Sabe usted algo?

—No, pero antes de «evaporarse» recibió una llamada.

—¿Cree que tiene algo que ver?

—Sinceramente, no lo sé, pero tengo un mal pálpito. No concibo que se fuera sin más, sin decirnos nada.

—Voy inmediatamente...

Colgué preocupada. Todo parecía complicarse, pero ahora había algo más importante que todas esas extrañas sociedades secretas y un puñado de libros esotéricos.

—¿Qué sucede? —preguntó Giuseppe.

—Es mi marido... Ha desaparecido.

—¿Estás casada?

—En realidad es mi ex marido... Nos hemos divorciado hace poco, aunque por extrañas circunstancias, estamos juntos en este proyecto.

—¿Puedo ayudarte?

—Tengo que volver enseguida a Val di Verna, pero no me ha dado tiempo a alquilar un vehículo.

—¿Quieres que te lleve?

—No, es igual, tomaré un taxi. Además, tú tienes que atender tu negocio.

—Te puedo dejar mi coche.

Estaba tan desesperada que no podía pensar. La situación me desbordaba por completo y tuve que hacer esfuerzos para no echarme a llorar delante de él.

—Insisto, llévatelo. Yo casi no lo uso y, además, así me aseguro de volver a verte cuando me lo devuelvas... ¿Trato hecho?

—Te lo agradezco. Prometo cuidarlo. Te lo traeré sano y salvo cuando pueda.

—No te preocupes y ahora vete... Averigua lo que ha pasado y, cuando

sepas algo, llámame.

No tuve tiempo para despedidas. Cogí el coche, pasé por el hotel para recoger mi equipaje y tomé la carretera con el único pensamiento puesto en Francesco. En tan solo unos días había pasado de la desesperación por el fin de nuestro matrimonio a la preocupación por su extraña desaparición. No se podía pedir mayor intensidad en una relación tan tóxica como aquella.

CAPÍTULO 7

No tardé en llegar a Val di Verna, pisé el acelerador como si me persiguiera el mismo demonio. Cuando entré en *Il Cervo* comenzó a llover como si fuera la premonición de que algo malo iba a ocurrir. Todo esto había sido una mala idea desde el principio y ahora empezábamos a recoger los frutos de nuestro desatino.

Al oírme llegar, salió a mi encuentro el profesor Renzo para protegerme con su paraguas. Iba a ser una noche tormentosa, como el primer día que llegamos a este maldito pueblo.

—Pase, doctora Prato. Dentro está el fuego encendido.

El profesor tomó mi equipaje y me acompañó hasta el salón donde aguardaba Rackoczy frente a la chimenea.

—Buenas tardes. ¿Se sabe algo de Francesco? —pregunté a bocajarro.

—Lo siento, doctora, todavía no hemos tenido noticias de él. Hace unos minutos han llamado los Carabinieri, por si había vuelto, pero me temo que con este tiempo todo se va a complicar. Les he insistido para que hagan un rastreo antes de que anochezca.

—¿Y si salimos nosotros a buscarlo? Quizá se haya perdido. Podría haber tenido un accidente y...

—Cálmese, doctora. Nosotros no conocemos la zona y solo empeoraríamos la situación. Dejemos que la policía haga su trabajo.

Renzo me trajo una taza de té que casi no pude sostener con las manos. Estaba tan nerviosa que tuvieron que acompañarme hasta el sillón frente al fuego. Allí me desmoroné y me puse a llorar sin consuelo. Estaba acostumbrada a resolver problemas, pero aquella situación de impotencia me superaba, no sabía quedarme sentada esperando acontecimientos.

—Vamos, doctora... seguro que Francesco se encuentra bien. Es posible que mañana lo traigan de vuelta los Carabinieri —dijo el profesor Renzo, intentando tranquilizarme.

—Lo siento, me he comportado como una boba. Creo que tomaré ese té... Y, por favor, llámame Simona.

—Como quieras... La verdad es que no tiene mucho sentido seguir tratándonos de usted mientras compartimos el mismo techo, ¿no te parece?

—Veo que tendré que sumarme a la «fiesta» —dijo Rackoczy—. Estaba un poco harto de esta especie de reunión académica. Prefiero tener un trato más personal con vosotros... Por cierto, ¿qué te ha dicho Di Pietro?

—No os lo vais a creer, pero he tenido la oportunidad de conocer a la persona que está detrás de todo este tinglado.

—Entonces, ¿has visto a Freiherr?

—Sí y no me causó una buena sensación. Solo le interesa esa dichosa biblioteca y no pareció impresionarle demasiado los descubrimientos que hemos hecho.

—Ya te dije en una ocasión que acepté este trabajo cuando supe la procedencia de la idea... —dijo Rackoczy.

—Un momento, un momento, creo que me estoy perdiendo algo —interrumpió Renzo—. ¿Este proyecto no era para rescatar piezas artísticas de San Donato? ¿Qué hay en esos libros que parece que nos están volviendo locos?

Rackoczy y yo nos miramos. A estas alturas, todavía nos sorprendía que el entrañable profesor no estuviera al cabo del intríngulis del caso y sospechamos que tanto él como Francesco hubieran sido reclutados como «relleno» para el grupo. Efectivamente, al margen del valor del descubrimiento de las pinturas que, por sí solo, sería suficiente para convocar un simposio internacional, lo que de verdad interesaba a la corporación era algo que se nos escapaba y del que, los libros, solo eran la punta del iceberg.

Intentamos hacer una síntesis al profesor Renzo de lo que en realidad sabíamos, que era algo más de lo que figuraba en los dosieres de Di Pietro. Llegados a ese punto, tuve que sincerarme y, entonando el *mea culpa*, revelé, no sin cierta vergüenza, el desliz que había cometido sustrayendo el diario de Carlotta. No podía permitirme callarlo por más tiempo si aquello, al sacarlo a la luz, podía ayudar a descubrir lo que le había pasado a Francesco. Estaba realmente convencida de que todo esto no era ajeno a su desaparición.

—Debo revelaros algo, algo que viene atormentándome y que quizá esté detrás de lo que ha pasado... Yo encontré el diario de Carlotta.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó Renzo, desconcertado—. Debes ser una gran

prestidigitadora, porque no nos dimos ni cuenta.

—Sí, fui rápida de reflejos... Tenías razón, Borislav, yo me lo llevé y también acertaste en que la historia me iba a atrapar, pero hay algo más... La otra noche intentaron robármelo en el mismo hotel donde me alojaba. Sospeché de ti, pues el que lo hizo dejó mi habitación impregnada de ese olor tan característico a Papel de Armenia que te vi utilizar aquí mismo. Además, eras el único que sabía que me lo había llevado.

—No, no fui yo y creo que tú también lo sabes ahora, pero sospecho que, quien lo hizo, no se salió con la suya, ¿verdad? Si no, estarías mucho más nerviosa.

—Tienes razón. Por precaución no lo dejé en el hotel. Lo he llevado conmigo todo este tiempo, aquí en mi bolso —dije mientras lo sacaba para mostrárselo.

Rackoczy lo tomó entre sus manos y, sin abrirlo, vi cómo se impregnaba de toda una serie de sensaciones que lo dejó absorto durante unos minutos. Yo aproveché para terminar mi taza de té, cuando ya la noche había caído sobre *Il Cervo* y la lluvia no cesaba. En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta del hostal.

—Voy a ver —dijo Renzo.

Era la pareja de Carabinieri, a los que hizo pasar hasta donde nos encontrábamos.

—Buenas noches... —dijeron al unísono—. Sentimos no traerles noticias. Hemos estado preguntando por la zona, incluso hemos dado otra vuelta hasta que ha oscurecido, pero nadie parece haber visto al profesor Prato... Mañana reanudaremos su búsqueda por los alrededores, pero les advierto que es una persona adulta y no tenemos indicios suficientes para creer que sea víctima de ningún secuestro o algo por el estilo. Por el momento habrá que esperar para ver si da señales de vida. Quizá se haya acercado hasta Turín para pasar una noche divertida.

—Lo dudo —contesté enfadada—. Disculpen, soy la mujer de Francesco Prato... Simona Prato.

—Ya nos comentaron que usted se encontraba en Turín. ¿Acaba de llegar?

—Sí, pero mi marido no es de los que suelen desaparecer sin más. Estoy convencida de que no se ha marchado de modo voluntario.

—Si no recuerdo mal —dijo el capitán de los Carabinieri—, sus colegas comentaron que ustedes estaban en proceso de divorcio, si no lo estaban ya de hecho... Tal vez la situación desbordó a su ex marido y haya preferido poner tierra de por medio.

Me sentía incómoda por tener que airear ante desconocidos mi situación conyugal y no quise abundar en una conversación del todo estéril. Estaba claro que habían llegado a sus propias conclusiones y preferían aguardar. Harían las meras comprobaciones rutinarias por la zona, pero poco más podíamos esperar de ellos. Tomaron nota de mis datos y mi teléfono, despidiéndose de forma inmediata.

—Veo que tendremos que averiguar lo que pasa por nuestros propios medios —dijo atinadamente el profesor Renzo—. Y vamos a empezar ahora mismo.

—¿Qué propone, Vittorio? —pregunté.

—Es sencillo, lo que suele hacerse en estos casos cuando buscas pistas: anotar en un diagrama los datos que tenemos y empezar a despejar incógnitas. Un momento.

La verdad es que Renzo resultaba sorprendente. Al poco tiempo regresó con una pizarra blanca y unos rotuladores, comenzando a garabatear en ella. Escribió en el encabezamiento la frase *Biblioteca Negra* y me pasó el rotulador que tenía en la mano.

—Le he puesto este título porque parece ser lo que en realidad andamos buscando. Ahora tienes que proseguir tú. Posees todas las claves de la historia, quizá así lleguemos a una conclusión.

No me pareció mala idea. A fin de cuentas, era preferible hacer aquello a esperar sentados los acontecimientos. Escribí el nombre de Carlotta en el centro y, sucesivamente, mediante flechas, fui uniendo los nombres de todos los que estábamos implicados en la búsqueda. Por otro lado, coloqué a todos los personajes que habían tenido algo que ver con Carlotta, desde el Rey hasta Rosa Vercellana y, finalmente, una serie de preguntas que esperaba ir respondiendo. Entre ellas, ¿dónde estaba Francesco? Rackoczy no parecía demasiado interesado en mis diagramas enrevesados y se dedicó a repasar fragmentos del diario.

—Borislav, ¿qué te dice tu intuición? ¿Has encontrado algo en el libro que nos pueda ayudar? —le pregunté.

—En realidad, lo que hay aquí no son sino interpretaciones muy subjetivas de lo que pensaba Carlotta, además, ya habrás comprobado que faltan muchas partes del mismo. Supongo que la última persona que lo tuvo entre sus manos se empleó a fondo para destruir las partes más jugosas.

—¿Sabes quién fue?

—No tengo la menor duda, fue Rosa Vercellana. Era la única que podía beneficiarse con la muerte de Carlotta y la única con motivos suficientes para deshacerse de todo su legado.

—Entonces... —interrumpió el profesor Renzo—, la cosa está bastante clara. Si existió realmente esa biblioteca y Carlotta era su custodia, la única que pudo hacerse con ella fue la Bela Rosin. Y me pregunto yo, ¿para qué querría esos libros? Solo veo lógico que quisiera deshacerse de ella para que la dejara tranquila.

—Eso no es del todo cierto —repuso Rackoczy.

—¿Qué sabes? ¿Podrías compartirlo con nosotros?

—La Vercellana era nizarda, como la estirpe de la propia Carlotta.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté yo.

—La verdad es que, aparentemente, no mucho, pero en toda la región del sureste francés hay una notable tradición de cultos vinculados al paganismo y más en concreto a los ritos druídicos. De ahí le venía a Carlotta la fama de maga, pero no es menos cierto que la propia Rosa Vercellana tenía innegable querencia hacia dichos ritos. Se cuenta que, en el propio castillo de la Mandria, el coto de caza donde tenía su hogar, existían determinados árboles, alrededor de los cuales se realizaban fiestas y cultos en los que se dice que también participó el mismo rey, o al menos los toleró. Después de la muerte del monarca y con la pérdida de la propiedad, esos ritos se cortaron de raíz, al igual que los árboles «sagrados» y desaparecieron los grupos druídicos vinculados al sitio.

—¿Me quiere decir usted que la mujer del Rey también tenía intereses, digamos esotéricos y que solo se trataría de un duelo entre «brujas»? —preguntó Renzo.

—No quiero decir tanto pero, en aquel tiempo, en el que proliferaban por toda Europa las sociedades espiritistas y la reivindicación de mitos ancestrales, era terreno abonado para este tipo de cosas. Además, hay que

tener en cuenta que la esposa morganática de Vittorio Emanuele II tenía a toda la corte y al gobierno en contra. El mismo Cavour sentía una aversión por ella jamás disimulada. Su presencia era realmente incómoda para todos y solo el empecinamiento del rey la mantuvo a salvo. Las presiones eran muchas para que el monarca se casara con alguna princesa, dando legitimidad al recién creado trono italiano.

—¿Qué sabemos realmente de la Bela Rosin?

—Hay varias versiones de cómo llegaron a conocerse. Algunos sostienen que fue durante un encuentro fortuito en el coto de caza de Racconigi. Vittorio Emanuele, entonces todavía príncipe heredero, quedó tan prendado por la joven Rosa, que a la sazón contaba con 14 años que, en una de sus visitas, la raptó. Luego pretendió pagar a su padre una compensación, a lo que este respondió desdeñosamente diciendo: «Si se ha llevado a mi hija, ¡que la mantenga!». Aunque esta no deja de ser la más romántica de las versiones. Lo lógico es que la conociera en el mismo sitio donde trabajaba su padre. El amor fue recíproco y se mantuvo después de que el Vittorio Emanuele se casara con M^a Adelaida de Habsburgo. Tuvieron dos hijos: Vittoria y Emanuele; todo un escándalo para la época. Eso minó la salud y el entendimiento de la reina, que comenzó a dar extrañas muestras de locura. Por ejemplo, se encerraba en un pequeño oratorio para recitar sus plegarias vespertinas con la orden de no abrirlo fuera lo que fuera que se oyera o sucediera. Después comenzaba a gritar pidiendo que la abriesen, pero las camareras, si querían conservar el puesto, debían abstenerse de hacerlo y el rey aprovechaba para escapar por los túneles secretos del palacio para encontrarse con su amada.

—Es una historia interesante para un folletín pero, lamentablemente, no resulta demasiado útil para nosotros.

—Tiene razón... La historia comienza a ponerse interesante a partir de la muerte de la reina en el año 1855. Después de superar las presiones del gobierno, el rey siguió con su relación con Rosa y solo después de una extraña enfermedad, que hizo temer por su vida, decidió casarse con ella.

—¿Cree que tuvo que ver algo Carlotta?

—Probablemente. Lo estuvo intentando por todos los medios a su alcance. Tenía comprado a medio servicio de la Vercellana, que le facilitó la labor o quizá tuvo alguna ayuda extra.

—Algo de eso he leído en el diario.

—Lo cierto es que nadie osó oponerse a la ceremonia, aunque esta solo fue por el rito religioso, cosa que no confirió a Rosa la dignidad de reina. No obstante, la nombró condesa de Mirafiori y Fontanafredda, le otorgó un lema familiar muy revelador: «Dios, Patria, Familia» y el apellido Guerreri para sus hijos. Dos meses antes de morir el rey, ratifico su matrimonio civil en Roma. Su Majestad se encargó de que nada le faltase hasta su muerte, acaecida en 1885 en Pisa, en el palacete de su hija.

—¿Dónde fue enterrada?

—Lo más curioso es que el nuevo monarca le negó su último deseo, reposar con su marido. La última venganza de la familia real fue impedir su entierro en el Panteón de Roma, junto al rey, pero los hijos, en su afán de reivindicar la figura de su madre, adquirieron unos terrenos, cerca de 30.000 metros cuadrados, en Turín, donde mandaron construir una réplica del mismísimo Panteón, que los turineses bautizaron como el Mausoleo della Bela Rosin. En 1943 el sepulcro fue profanado por ladrones en busca de algo de valor y a partir de entonces su deterioro fue en aumento, trasladando los restos de Rosa Vercellana al Cementerio Monumental de Turín. A finales de los años 70, el Ayuntamiento, su actual propietario, se propuso la restauración, sugiriéndose distintos propósitos: desde una mezquita a un planetario. Afortunadamente se destinó a fines culturales después de finalizar las obras de rehabilitación en 2005.

—Así que, si alguna vez pudo esconderse allí la dichosa Biblioteca, ahora volvemos a estar como al principio —terminó diciendo el profesor Renzo, como colofón de la exhaustiva explicación de Rackoczy.

—Así parece, Vittorio. No obstante, no estaría de más hacerle una visita. Quizá hayan respetado algo del original que nos pueda ofrecer una pista —contesté—. Pero no sé por dónde seguir con el tema de Francesco...

—Eso quizá nos resulte un poco más fácil —dijo Rackoczy.

—¿Fácil? No estoy tan segura... ¿Es posible que sepas algo que se nos escape?

—No fue casual que yo utilizara el Papel de Armenia.

—¿Qué insinúas?

—Creo que ya sabes la respuesta... Quise ponerte sobre la pista cuando

encendí esa tira de papel perfumado. No lo hubieras reconocido cuando asaltaron tu habitación de no conocerlo por mí. Ahora ya sabes quién está detrás de todo, incluso de la desaparición de Francesco.

—Freiherr... —dije susurrando.

—Algún día tienes que explicarnos cómo consigues enterarte de todo, mi querido Borislav —añadió Renzo.

—Cuando quieras, Vittorio. Tengo todo el tiempo del mundo para instruirte en ciertas «disciplinas» muy poco académicas.

En aquel momento, el profesor nos sugirió que nos dispusiéramos a cenar, dando por concluidas nuestras elucubraciones, a lo que todos asentimos. Había sido un día demasiado intenso para proseguir devanándonos los sesos.

Después de cenar, no hizo falta que nadie nos indicara el camino hacia las habitaciones. Yo estaba tan cansada, que a punto estuve de dormirme sobre el plato. Rackoczy se quedó, como solía, frente al fuego, con el diario de Carlotta por única compañía, pero a mí todavía me corroía una duda de la que le hice partícipe antes de subir a mi alcoba.

—Borislav... Ahora que por fin he confesado lo del diario, me gustaría preguntarte algo.

—Dime, ¿qué te preocupa?

—En el manuscrito, Carlota hace referencia a un tal *monsieur* Surmont que, al parecer, tuvo acceso a los libros que estamos buscando... ¿Qué sabes de ese personaje?

Rackoczy se quedó un rato pensativo sin saber qué decir. Normalmente, siempre tenía la respuesta a punto, por eso aquel silencio me extrañó tanto. Finalmente, se atrevió de decirme algo.

—Querida Simona, algún día quizá pueda revelarte la verdadera identidad de *monsieur* Surmont pero, créeme, él tampoco es la clave del misterio. Estoy convencido de que nada tuvo que ver con la posterior desaparición de la Biblioteca Negra.

—Me gustaría seguir hablando, pero tendrás que disculparme. Estoy muy cansada y dudo que pudiera seguir el hilo de tu argumentación... Tal vez mañana, cuando hayas estudiado más detenidamente el diario.

—Que descanses, Simona.

Seguía lloviendo y el viento golpeaba sobre las ventanas haciéndolas

vibrar. Por fortuna no se fue la luz, lo cual me tranquilizó. Estaba ya metida en la cama cuando me acordé de Giuseppe. ¡Qué descuidada! No lo había llamado. Esperaba no parecer una ingrata y marqué su número como si me fuera la vida en ello.

—Giuseppe... Siento no haberte llamado antes. ¿No estarías durmiendo?

—No te preocupes, suelo acostarme tarde. Estaba leyendo. Dime, ¿qué has sabido de tu marido?, bueno, de tu ex.

—Todavía nada. La policía ha intentado buscarle por la zona, pero sin éxito. Dicen que es demasiado pronto para hacer conjeturas.

—No te preocupes, tal vez se haya dado una vuelta por Turín.

—Eso piensan ellos, pero yo no lo creo.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Desconcertada. Hay un millón de ideas que rondan en mi cabeza, pero me siento impotente. Ahora mismo me gustaría estar en Turín...

—¿Tal vez para verme?

Me quedé estupefacta. La verdad es que no estaba pensando en él precisamente. Mis pensamientos iban más en la idea de conocer lo que pudiera de la Vercellana o de cómo abordar al austríaco para sonsacarle lo que supiese de Francesco, pero reconozco que aquello me halagó.

Era una estúpida. Tenía al otro lado a un tío estupendo que me «echaba los tejos» descaradamente y yo no sabía qué decir. No sé si fue por gratitud o porque de verdad me gustaba, pero contesté de manera afirmativa. Tenía ganas de verle, aunque estaba tan cansada y confusa que le hubiera dicho lo mismo a Freiherr si lo hubiera tenido al teléfono.

—Si no pasa nada, mañana estaré de vuelta. Si quieres, podemos salir a cenar —añadí.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—La verdad es que quiero que me ayudes, aunque no me desagrada la idea... —. Por Dios, cómo podía ser tan frívola, egoísta y, sobre todo, tan poco diplomática.

—Está bien... Llámame cuando llegues. Seguramente estaré en la librería. Si quieres, nos vemos allí.

—Buenas noches, Giuseppe...

—Buenas noches, Simona.

Me costó dormirme a pesar de estar tan agotada. Mi conciencia no paraba de llamarme necia al darme cuenta de cómo había reaccionado. A pesar de lo preocupada que estaba por Francesco, sabía a ciencia cierta que lo nuestro había terminado y ahora, sin pretenderlo, se abría una incierta relación que había despertado algo en mi interior, para qué negarlo. Todavía latía el corazón de una mujer debajo del título de doctora y de una enrevesada historia de crímenes, magia y nazis anacrónicos.

CAPÍTULO 8

Con la primera claridad del día me desperté. Había dormido tan profundamente que me sentía como nueva, pero cuando puse los pies en el suelo, volvieron a mi cabeza los problemas que había dejado aparcados la noche anterior. Bajé con una bata para desayunar y ya se oían ruidos en la cocina. Los dueños estaban preparándolo todo y el olor a café recién hecho inundaba la casa. Por la claridad, se adivinaba que iba a ser un día tranquilo, sin el menor atisbo de tormentas. Al entrar en el salón, Rackoczy seguía frente a la chimenea, en la misma posición que lo había dejado cuando me fui a dormir. Comenzaba a sospechar que algo extraño le sucedía: o padecía de un cruel insomnio o era la persona más madrugadora que conocía pero, de momento, era una cosa que no me incumbía.

Me senté a su lado, en el mismo momento que los dueños entraban con las bandejas del desayuno y le acerqué la taza de té que solía tomar por las mañanas.

—¿Qué tal has dormido, Borislav?

No me contestó y mientras tomaba a sorbos mi café caliente, volví a preguntarle, esta vez por el diario.

—¿Ha conseguido averiguar algo?

—Sí, que Carlotta era mucho más ignorante de lo que suponía... Creo que se tomaron demasiadas molestias con ella.

—¿Qué intenta decirme?

—Pues que la gente la temió sin necesidad. No fue más que un reflejo de lo que opinaba todo el mundo de la relación del Rey pero, en sus anotaciones o lo que han dejado de ellas, se observa claramente la mano de una ingenua romántica con demasiados pájaros en la cabeza.

—O sea, que de «bruja malvada», nada de nada...

—Una simple aficionada, eso sí, con mucha voluntad. Aplicaba machaconamente sus escasos conocimientos sin aparente éxito. Para poder manejarse con ciertos libros, hay que tener estudios muy profundos para poder interpretarlos de forma correcta. Lo único en lo que de verdad destacó fue en

la defensa de los intereses de los jóvenes príncipes. Luchó como una leona, supliendo con su tesón la salud y la voluntad que le faltaba a la reina y mucho más después de su muerte.

—¿Y qué hay de *monsieur* Surmont?

—Él sí tenía los conocimientos suficientes para aprovechar lo que se ocultaba en la magnífica Biblioteca Negra.

—Hábleme más de él.

—¿Conoces la historia del conde de Saint Germain?

En aquel momento hizo acto de presencia el profesor Renzo, envuelto en una bata y rascándose la cabeza.

—¿Hablando de la Vercellana? Veo que sois inagotables —dijo mientras rebuscaba entre las viandas algo que llevarse a la boca.

—Llegas a tiempo Vittorio —le dije—. Borislav iba a ilustrarnos con una clase magistral, que esta mañana versará sobre el conde de Saint Germain.

—Prefiero uno de esos bollos recién hechos, aunque yo les escucho con atención.

—Está bien, seguramente no esté familiarizada con ese aristócrata —prosiguió Rackoczy—. Se trata de un personaje recurrente cuando se habla de ocultismo. Fue un ilustre cortesano, aventurero, inventor, alquimista y compositor aficionado del siglo XVIII. Se dice que era hijo del último rey de Transilvania, aunque su fama se forjó en Francia, donde era conocido por su pertenencia a la francmasonería. Su historia está descrita en el único libro conocido escrito por él, *La Santísima Trinosofía*. Recorrió las distintas cortes europeas, donde se granjeó no pocas enemistades por su oscura fama de alquimista y, sobre todo, por las envidias que despertaba por la influencia que ejerció, entre otros, con Catalina la Grande o Luis XV y su amante Madame Pompadour. Las disputas con ciertos caballeros, entre los que se encontraba Casanova, hicieron que tuviera que cambiar constantemente de ciudad y de apodos. Fue conocido como marqués de Montferrat, marqués de Aymar, conde de Soltykov o conde de Monte Cristo, incluso también usó el apodo de *monsieur* Surmont. Lo verdaderamente importante es que su figura inspiró a Adam Weishaupt en la creación de los *Iluminati* de Baviera, el precedente del grupo que parece dirigir el deplorable señor Freiherr.

—Todo parece tener un sentido en esta historia... Pero, dígame, ¿cuándo

desaparece *monsieur* Surmont, o cómo diablos se llame, de esta historia? ¿Ha encontrado algo de eso en el diario? Yo me quedé a medias...

—Por lo visto, permaneció en Turín hasta la desafortunada muerte de Carlotta. Luego tuvo que huir para no verse implicado en la caza de brujas que desató la Vercellana.

—Siento interrumpiros —dijo Renzo—, pero me ha sido inevitable seguir tan entretenida historia, a pesar del estupendo desayuno que os estáis perdiendo. Hay algo en todo esto que carece de consistencia y creo que se os ha pasado por alto, algo extraño entre «eminencias» como vosotros.

—¿Qué es ello, Vittorio? —pregunté extrañada.

—Muy sencillo, entre la descripción del personaje del conde de Saint Germain y los hechos que nos ocupan, medió más de un siglo. Algo inaudito si tenemos en cuenta la esperanza de vida de la época. O ese tal Surmont es otra persona que usó la identidad de ese aventurero ilustrado o estamos hablando de alguien que ha conseguido superar el principal de los males de la humanidad: la muerte.

—Tienes razón, Vittorio. Por un momento confundí a los dos. ¡Qué tonta soy! —dije sorprendida—. ¿Qué opinas de eso, Borislav?

Rackoczy se levantó sin inmutarse y se dirigió al exterior del hostel, dejando la pregunta en el aire. Nunca me pareció tan enigmático como en aquel momento. Renzo y yo nos miramos atónitos, pero no osamos insistir cuando vimos que hacía unas extrañas reverencias: un saludo al sol cuando se asomaron los primeros rayos detrás de las montañas. El profesor no dudó ni un solo instante de que le faltaban unos cuantos tornillos, pero a mí me incomodaban las preguntas sin respuestas; las sutiles ironías dejadas al viento para ser captadas al vuelo. Yo era una mujer eminentemente práctica.

En aquel momento se oyó cómo se acercaba un coche y entonces me dio un vuelco el corazón. La pareja de Carabinieri entró en el albergue, dirigiéndose a mí.

—Buenos días, señora Prato.

—¿Han averiguado algo?

—Me temo que no. Desde luego no se encuentra por los alrededores. Desde que amaneció hemos recorrido los lugares donde posiblemente se hubiera podido refugiar de la tormenta y hemos inspeccionado tanto arroyos como

barrancos, por si hubiera tenido algún accidente.

—Entonces...

—No se preocupe, seguiremos buscando, pero nos tememos que el señor Prato no se encuentre en Val di Verna. Nadie parece haberlo visto y no hay indicios que nos indiquen lo contrario.

—Gracias por su ayuda —contesté—. Les rogaría que no abandonasen su búsqueda, por si acaso.

—Tranquilícese. Si está en la región daremos con él, aunque no estaría de más que llamase a conocidos y amigos por si supieran de su paradero. Estaremos en contacto.

Aquello acabó por fastidiarme la mañana. No podía seguir allí, por muy interesante que fuera la tertulia con mis colegas. Debía hacer algo y estaba resuelta a volver a Turín. Quizá allí encontrara más respuestas que en Val di Verna.

Subí a mi habitación para recoger todo lo que tenía. Cuando bajé de nuevo, Renzo y Rackoczy me aguardaban para despedirse, sabían que tenía que irme y no dijeron nada para hacerme cambiar de idea. Dejé encargado al profesor para que se ocupara de todo lo referente a San Donato, él sabía lo que había que hacer en estos casos.

Rackoczy, antes de despedirse, me entregó el diario de Carlotta, no sin antes hacerme una extraña advertencia.

—Simona, te devuelvo el diario, yo no lo necesito. Tal vez te sea útil si tienes que negociar para encontrar a Francesco. Te aseguro que no hay nada revelador en él y estoy convencido de que encontrarás las pistas por otro lugar. Sigue tus instintos, ellos te llevarán a la verdad y, si me necesitas, solo tienes que llamarme. Yo siempre estaré a tu lado, aunque no puedas verme.

No dije nada, no hacía falta. Cargué la maleta y me subí al coche. Nada más dejar atrás Val di Verna, comenzaron a fluir toda una maraña de sentimientos que prometían ahogarme. Tras mi aparente inquietud, en el fondo de mi ser no sentía nada por Francesco. Todo era una pose que estaba segura que debía adoptar para no parecer una desalmada y creía, en el fondo de mi ser, como los Carabinieri, que se había marchado de farra para pasar una noche loca en Turín en busca del «complemento» que le faltaba. Algo me seguía uniendo a él, me sentía más madre que esposa y me preocupaba que su irresponsabilidad nos salpicara a todos. Es cierto, lo necesitaba, pero me estaba dando cuenta de

que yo al él no y eso me fue quitando la venda de los ojos. Si no hubiera aceptado este trabajo, me hubiera costado mucho más darme cuenta de todo, complaciéndome en casa con mis amarguras, pero no era menos cierto que, conocer a Giuseppe, me había ofrecido otra perspectiva. Me sentía adulada por haber despertado su interés, aunque no me acababa de fiar. Había aparecido en el momento justo en el que me hacía falta, tanto, que parecía algo premeditado. No obstante, era tan atractivo, se le veía tan seguro de sí mismo, que cambiar de macho alfa no me estaba resultando tan traumático. ¡Qué demonios! Era una mujer libre, pero ante todo una mujer y algo entre las piernas me decía que necesitaba sentirme realizada.

Menos mal que aquellos pensamientos quedaban entre mi conciencia y yo misma, lo hubiera pasado fatal de tener que explicárselo a alguien, incluso a mi psiquiatra. Desconocía lo que sentiría un hombre en unas circunstancias como las mías pero, por lo que sabía, no distaba mucho de lo que dicen que sienten en sus «bajos», cuando el sexo se apodera de sus pensamientos. Resulta que, después de todo, no somos tan diferentes cuando la necesidad de ser amados y entregarse por completo llama a nuestra puerta.

Afortunadamente, llegué a Turín sin darme apenas cuenta. Era temprano y no tenía nada previsto. Lo primero que hice fue alojarme en el mismo hotel. La verdad es que, después de lo que había pasado, tenía que haberme planteado cambiar, pero ni me molesté en buscar algo diferente. Parecía un *dejà viù*, pero esa era la menor de mis preocupaciones.

Nada más dejar las maletas en la habitación, llamé rápidamente a Giuseppe, como si fuera algo instintivo.

—¡Simona! ¿Ya estás en Turín? —me preguntó—. No te esperaba hasta la noche.

—Ya ves... He decidido adelantar mi vuelta. No quería que te quedases sin coche.

—Ya te dije que podías usarlo el tiempo que te hiciera falta, no obstante, me alegro. ¿Por qué no te pasas por la librería?

—¿Ahora? La verdad es que no tengo nada mejor que hacer. Además, me apetece comentarte ciertas cosas.

Dicho y hecho, me lancé a la calle y al entrar en su tienda me sentí como en casa. Solo había un par de «buscadores» revolviendo entre las estanterías y Giuseppe, desde su pequeño rincón, me regaló una sonrisa que me devolvió la

tranquilidad.

—Hola, Simona —me dijo mientras tomaba con delicadeza mis manos.

A pesar de todo, intenté guardar las distancias y no le di un beso, aunque me lo pidiera el cuerpo, y esperé a que me hiciera la siguiente pregunta para decir algo.

—¿Has sabido algo de tu... de Francesco?

—Todo sigue igual. Esta mañana han venido los Carabinieri y solo han podido certificar que todavía no han dado con él, por eso he venido a Turín. Supongo que tendré que indagar por mi cuenta.

—Ya sabes que puedes contar conmigo aunque... Aunque, si te soy sincero, no desearía que lo encontrases.

Yo sonreí. Sabía perfectamente lo que había querido decir y no lo tomé por la grosería que parecía. Sus ojos hablaban por sí solos y me sentí confortada, aun así me vi en la obligación de tener que matizar.

—Es una cosa que hubiera hecho por cualquiera de mi equipo. Cuando una es responsable, lo es hasta el final. Quizá sea un defecto, pero no puedo evitarlo. Deformación profesional.

—Me gusta que seas así. No te preocupes, daremos con el escurridizo de tu ex. Por cierto, ¿has averiguado algo de tu otra búsqueda? ¿De esa tal... Carlotta de Landarel?

—En realidad sí. Ahora sé más cosas de las que sabía cuando nos vimos la última vez, pero me temo que hemos llegado a un callejón sin salida. Es posible que tú puedas ofrecerme otra perspectiva.

—Claro... Por cierto, ¿ya has buscado alojamiento?

—Sí. Me quedo en el mismo hotel de siempre.

—¡Lástima! Te iba a proponer que te quedases en mi casa... Vamos, si no te importa.

—Claro que me importa. ¿No vas demasiado rápido?

—Disculpa, no quería ofenderte. Pensé que te resultaría más cómodo y, sobre todo, más barato, pero si lo prefieres así...

No le contesté, preferí cambiar de asunto para que aquella conversación no se convirtiera en una situación embarazosa para los dos.

—¿Quieres que vayamos a comer? —le pregunté, para intentar suavizar mi respuesta tajante.

—Perfecto, te voy a llevar a un sitio nuevo. El Chambers está bien, pero no conviene repetir. Hay muchos restaurantes bonitos en Turín. Esperaremos a que se vayan estos clientes, no creo que esta mañana vengan muchos más. Ya te dije que suelen hacerlo por la tarde.

Esperé paciente mientras me di una vuelta por las estanterías repletas de ejemplares desclasificados: primeras ediciones que Giuseppe vigilaba bien de cerca desde su modesto mostrador. Podría haber esperado hasta más tarde, rodeada de magníficos libros, pero los parroquianos abandonaron pronto el establecimiento sin haber adquirido nada. No era un negocio para hacerse rico y una compra era precedida de muchos momentos rebuscando y comprobando la idoneidad de la adquisición.

Giuseppe se colocó su abrigo y, descaradamente, me tomó por la cintura para acompañarme hasta la puerta. No dije nada, a pesar de sus familiaridades; ya había sido demasiado cortante y no quería estropear aquella incipiente relación. Al salir a la calle, preferí colgarme de su brazo, me hacía sentir mucho más cómoda y así, de paso, evitaba las tentaciones de unas manos largas y «pulposas».

—Aquí es —dijo mientras me abría la puerta de un pequeño restaurante que estaba a un par de manzanas de la librería.

Todo su mundo parecía quedar circunscrito a un par de manzanas, pero el sitio me gustó. Era una especie de taberna no demasiado distinguida, pero que invitaba a acomodarse en ella. Sus paredes y techos abovedados de ladrillos, le conferían un aspecto acogedor de *osteria* de pueblo, que el dueño se encargó de confirmar cuando nos trajo, sin pedirlo, una botella de un excelente vino blanco. Giuseppe me sirvió la primera copa y, antes de pedir, me bombardeó con la primera pregunta a bocajarro.

—Simona, si he de ayudarte a encontrar a Francesco, dime, ¿por qué rompisteis?

No esperaba aquello y me quedé sin respuesta. Sentía vergüenza por tener que explicarle las causas de nuestra ruptura, pero no tenía más remedio que sincerarme y liberarme de aquel peso que, por otra parte, no era mío. No tenía por qué cargar con algo que yo no había provocado.

—La verdad es que nos sucedió lo que a casi todas las parejas...

—Te fue infiel.

—Sí, pero con otro hombre...

Aquello le dejó sin habla, como había sospechado que sucedería. No solía ser lo habitual, aunque, después de rumiarlo con un sorbo de vino, no pareció sorprenderle y me regaló una sonrisa y una frase escueta que le dejó satisfecho.

—Él se lo pierde.

—Me imagino que es lo que se suele decir en estos casos, aunque yo también siento que he perdido algo.

Otro insoportable silencio por su parte, lo que me obligó a continuar.

—Cuando te casas con alguien, inicias un proyecto con vocación de perdurar. Piensas que vas a envejecer con la persona que has elegido para ese viaje, a pesar de los problemas que, inevitablemente van apareciendo, pero nunca imaginas que te vayan a salir con algo así... Es algo con lo que no podría competir. Me falta, ya sabes... algo entre las piernas.

—Creo que me doy cuenta de ese matiz, pero... ¿realmente lo querías?

Me quedé dudando. ¿Alguna vez había llegado a hacerme esa pregunta? No podía contestarle que, por encima de todo, lo necesitaba, o así lo creía hasta entonces. Hubiera quedado como una estúpida y habría tenido que dar más explicaciones de las que podía permitirme. Cómo hablar de mis propias contradicciones; mi falta de verdaderos amigos; mis ambiciones y miserias, con las que todos tenemos que convivir. No, no podía contestar a esto, pero improvisé algo que supiera a respuesta.

—Hubo amor, al menos cuando nos conocimos. Me hacía reír, me sentía viva y satisfecha. Luego, teníamos algo más, un valor añadido: amistad, compañerismo, cariño, mucho cariño.

—Todo eso es muy bonito, pero no has contestado a mi pregunta. Aunque no quiero hacerte sentir incómoda. Supongo que no es agradable tener que confesar todo eso a un extraño.

—Gracias por no intentar someterme a un tercer grado, no lo hubiera soportado. Todavía estoy intentado asimilar lo que ha pasado.

—Está bien... Cuéntame algo de la investigación que te traes entre manos.

—De acuerdo. ¿Qué sabes del mausoleo de la *Bela Rosin*?

—¿Me vas a contestar con otra pregunta? Bueno, sé lo que todo el mundo... No hace mucho que, por fin, el Ayuntamiento se decidió a restaurar ese monumento. ¿Crees que pueda estar allí tu famosa Biblioteca Negra?

—No lo sé, no lo creo probable. Si hubiera estado, a estas horas sería un descubrimiento famoso, pero necesito respuestas, algo que me indique la pista a seguir.

En aquel momento sonó mi teléfono. Pensé que serían mis compañeros desde Val di Verna, pero me alertó descubrir un número desconocido. Descolgué asustada, algo me decía en mi interior que no iba a recibir buenas noticias.

—¿Doctora Prato?

—Sí... Dígame —inquirí al oír la voz grave y misteriosa de un hombre que me hizo estremecer.

—Escúcheme con atención... Si quiere volver a ver a su marido, tiene que entregarnos algo que nos pertenece...

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Francesco?

—Siga las instrucciones y todo saldrá bien.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté intentando guardar la calma.

—Esta noche, en la escalinata de la Gran Madre de Dios. Debe venir sola y traer consigo el diario.

—¿Qué diario?

—No se haga la tonta, doctora. Sabe muy bien a qué me refiero.

—¿Liberarán a Francesco?

—Todo depende de usted. Sea puntual. La espero al filo de la medianoche, ah, y no se le ocurra llamar a la policía, no serviría de nada...

Quise seguir preguntando, pero mi interlocutor cortó la comunicación y yo me quedé pegada al aparato mientras oía los pitidos del teléfono hasta que Giuseppe me sacó de mi estupefacción.

—¿Qué sucede, Simona? ¿Quién era?

—No lo sé, pero tienen a Francesco...

—¿Qué? No entiendo nada. Quizá deberíamos acudir a la policía.

—No. Ha sido muy claro. Si quiero volver a ver a Francesco he de acudir sola a la cita.

—¿Cita? ¿Qué pretenden de ti?

—Quieren el diario de Carlotta, solo así lo liberarán.

—Pero si tú misma dijiste que no te había aportado respuestas.

—Sí, pero ellos no lo saben. Lo hemos leído, pero no hallamos nada, aparte de la constatación de las intrigas llevadas a cabo por la marquesa, una principiante en el juego de la magia y a la que le venía un poco grande la famosa biblioteca.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Te lo agradezco, pero esto tengo que hacerlo sola.

—¿Sospechas de alguien?

—Creo que los que nos contrataron para esta investigación no son ajenos a la desaparición de Francesco, pero no tengo pruebas para acusarles.

Las fuerzas me habían abandonado, aunque se había resuelto la incógnita que más me importaba. Estaba a pocas horas de reencontrarme con mi exmarido y a pesar de que ya no me movía el amor, sentía que se lo debía. Jamás dudé de que él hubiera hecho lo mismo por mí. No sentía miedo, ni tenía la sensación de que algo malo fuera a ocurrirme, pero agradecía mucho que Giuseppe estuviera a mi lado. Al ver mi abatimiento, me sugirió que lo acompañara a su casa. Acepté sin dudarle; no hubiera soportado pasar sola aquel trago.

Subimos hasta su apartamento, un pequeño ático situado en las inmediaciones de Piazza Vittorio Veneto. De decoración sencilla y funcional, curiosamente carecía de libros en las escasas estanterías y así se lo hice notar.

—Es sorprendente que, siendo librero, no tengas apenas libros en tu casa.

—Hubiera sido lo más normal, pero paso tanto tiempo en la tienda, que ha pasado a ser una extensión de mi hogar. Allí tengo lo que necesito y aquí me relajo con entretenimientos más banales.

—¿Cómo qué?

—Bueno, veo la televisión, oigo música y duermo.

—¿Y también chicas? —le pregunté en un arrebato, aunque luego me arrepentí por ser tan cotilla.

—A las chicas no les interesan las ratas de biblioteca como yo. No tengo tanto gancho.

—No es eso lo que me ha parecido...

—Eso, dime ¿qué opinas de mí?

—No te lo tomes a mal, pero me pareciste un poco donjuán, muy seguro de ti mismo y eso intimida a ciertas mujeres.

—¿Y a ti? ¿Conseguí intimidarme?

—No, solo me resultó chocante, no estoy acostumbrada. He estado fuera del mercado durante mucho tiempo. En realidad, nunca estuve en el mercado.

—La verdad es que es una suerte. Quizá el destino nos tenía reservados para este momento.

Me gustaban sus palabras. Me había acomodado a ser yo la que tomara la iniciativa en todo y jamás había saboreado el placer de ser cortejada por un hombre. Me sentía como una chiquilla sucumbiendo a sus requiebros cuando me tomó entre sus brazos y me besó como nadie lo había hecho. Sentí la calidez de su lengua explorando mi boca y la suavidad de sus manos acariciando mis senos que se erguían turgentes. Noté la humedad entre mis piernas y ya no fui capaz de parar mis instintos desbocados: solo deseaba que me poseyera. Quería sentirme llena y cerré los ojos hasta que Giuseppe me desnudó por completo y noté como me penetraba. Mis jadeos iban parejos a mi excitación. Una explosión de placer estalló en mi cerebro y en mi entrepierna, haciendo que mi pelvis comenzara a moverse rítmicamente a cada embestida suya. Me abracé a su cuello para seguir besándole, mientras su barba lijaba mis labios que ardían de calor. Fue algo sin preámbulos, sin caricias ni fondo musical, algo a lo bestia pero, aunque jamás lo confesara, me sentía como una perra en celo, dispuesta a dejarme poseer por un hombre que exhalaba testosterona por todos sus poros.

Giuseppe me cogió con sus potentes brazos y me llevó a la cama, que deshizo torpemente para depositarme en ella con suavidad. Entonces empezó a acariciarme mientras besaba cada rincón de mi cuerpo. Me relajé y le dejé hacer. Si aquello no era amor, se le parecía bastante. Aquella delicadeza me hizo sentir maravillosamente vulnerable. Luego tiró con suavidad de mí, llevándome al baño para tomar una ducha. Me tomó por detrás para enjabonar mi cuerpo, que vibró mientras pasaba con delicadeza una esponja por cada rincón de mi piel. Luego me secó con una toalla esponjosa, mientras yo lo miraba a través del espejo. Su aspecto rotundamente masculino, contrastaba con la sensibilidad con que me trataba y eso me gustaba.

Cuando regresamos al salón, volví a mi realidad. En breves horas tenía que acudir a una cita de incierto resultado. Hubiera deseado que Giuseppe me acompañara, pero era algo que estaba obligada a hacer sola.

Pero ¿y si mandaba todo a la mierda y abandonaba a Francesco a su suerte?

Ahora sentía que había dejado de necesitarlo y que su vuelta provocaría en mí interferencias que me anularían como mujer, pero no podía hacerle esa jugarreta, así que aparté de mí esos pensamientos egoístas y dejé que Giuseppe siguiera amándome. Me recosté sobre su regazo y él me ofreció una copa de vino, al mismo tiempo que acariciaba mi cabello.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En estos momentos, nada —mentí—. No quiero pensar. Dentro de un rato todo puede cambiar y ahora necesito estar así.

—Simona, yo...

—Shhh —le hice callar—. No digas nada.

Sabía que iba a decirme que me quería, lo intuía. Es lo que suele decirse en esos momentos, cuando dos personas se sienten felices después de hacer el amor, pero yo no era dueña de mi destino inmediato. Yo también hubiera podido pronunciar esas palabras, pero quizá mi prudencia me aconsejaba esperar. Solo estaba segura de que me hubiera gustado prolongar ese momento hasta el infinito y que no quería hacerle daño a Giuseppe, ni tampoco a mí misma.

Hubo una segunda y hasta una tercera copa de vino, algo de música y un beso robado de vez en cuando hasta que los efectos del alcohol casi nos dejan aturdidos en la penumbra de la habitación. Así se hicieron las once de la noche y, en ese momento, me levanté a mirar por la ventana, hacía un tiempo horrible. Tan solo era una lluvia tenue, un calabobos que temí que amenazara la cita, pero pronto, al ver los primeros copos arrastrados por el viento, me di cuenta de que había comenzado a nevar tímidamente.

—Está nevando... —dije sorprendida.

—Es la primera de la temporada. ¿Estás segura de que quieres ir?

—No me perdonaría que le pasara algo pudiendo evitarle este sufrimiento.

—¿Por qué no me dejas un momento el diario?

—¿Para qué?

—No sé. Tengo curiosidad por saber si eso puede valer una vida humana.

Me acerqué a mi bolso y le entregué el diario. Noté cómo ejercía en él la misma fascinación que había causado en mí y cómo recorría sus hojas, saltando entre los huecos arrancados, como si buscara alguna respuesta que yo no había conseguido encontrar. Mientras, me dediqué a observar cómo la

nieve comenzaba a depositarse en el alféizar de la ventana. Siempre me había gustado la nieve. Desde pequeña, cuando mi madre me llevaba al parque Sempione para jugar con ella y hacer muñecos, siempre la había asociado a momentos felices. Eran días en que la vida me parecía fascinante y me sentía segura. De pronto, Giuseppe me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Has visto esto, Simona?

—¿El qué?

—Aquí, cuando dice que Carlotta y su amigo *monsieur* Surmont visitaron la casa de Nostradamus en Turín.

—¿Y?

—Pues, ¿para qué querrían visitar esa casa si no hubiera habido algo en ella que les interesara?

—¿Todavía existe esa casa?

—No, la *Domus Morozzo* fue demolida en los años 70 para hacer viviendas, era una pura ruina sin interés, aunque todavía sigue puesta la lápida que encontraron en un pasadizo oculto y que conmemoraba su estancia allí.

—Sigo sin comprender...

—Toda Turín, al menos la antigua ciudad, está surcada de un laberinto de túneles, algunos de los cuales forman parte del alcantarillado de la ciudad y otros de antiguas catacumbas romanas. Hay muchas historias siniestras relacionadas con esto, la mayoría, vinculadas con extraños rituales de magia. ¿Quién sabe si puede tener relación con esta historia que te traes entre manos?

—Es interesante, aunque ahora tengo problemas más acuciantes. Tengo que marcharme, no quisiera llegar tarde.

—¿Dónde has quedado?

—En la escalinata de la Gran Madre de Dios.

—Espera un poco más, estamos muy cerca. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

No, le contesté. Me abrigué convenientemente, cogí el diario y me lo metí en el bolso. Le di un beso y salí como alma que lleva el diablo. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche y la nieve iba depositándose con suavidad, copo a copo, por las vacías calles de Turín.

CAPÍTULO 9

A pesar del frío que atenazaba mis piernas, fui dando pasos firmes que dejaron una huella indeleble sobre el manto blanco que se había formado sobre la acera. Cuando salí a Piazza Vittorio Veneto, me sentí minúscula, vulnerable a los elementos y a mi propio destino. Al fondo se veía la Gran Madre de Dios, impertérrita y desafiante. Me provocaba el mismo temor que el primer día que llegué a Turín para comenzar esta aventura, sin embargo no podía parar; nada me hubiera echado atrás.

Las doce menos cinco y no se veía un alma por los alrededores. Crucé el puente hasta llegar a los pies de la escalinata. Miré a uno y otro lado, esperando la llegada de una figura embozada que reclamara el precio del rescate. Tiritaba de frío, quizá también de miedo. Era una inconsciente, pero no sentía un peligro real. Mi inquietud se ceñía a Francesco y a poder volver a verlo sano y salvo. Cuando sonaron las doce, continuaba sola bajo una sutil cortina de nieve que se iba depositando en mi pelo. Volví a mirar nerviosa y por fin hallé la respuesta que esperaba.

—Doctora Prato... —Oí una voz grave que me llamaba desde mi espalda.

Me giré y vi a alguien envuelto en un abrigo de paño oscuro que descendía por la escalinata. No pude reconocerle hasta que no estuvo frente a mí. Era un hombre de unos sesenta años con cara de pocos amigos, adusta y surcada por una marcada cicatriz. Parecía corpulento y sus cabellos canosos se levantaron con la primera ráfaga de aire que se cruzó entre nosotros, helándome la sangre.

—¿Ha traído el diario? —preguntó sin preámbulos.

—Sí. ¿Dónde está Francesco?

—No se preocupe. En el momento que nos entregue el diario se lo devolveremos.

—¡Quiero verlo! —repliqué—. ¿Cómo sé que esto no es un engaño?

—No creo que esté en condiciones de exigir nada.

—Si no veo a mi marido, arrojo el diario al río —dije sin pensar en las consecuencias que ello podría traer.

—Está bien, doctora.

A una indicación suya, salió de las sombras un compinche sujetando a mi exmarido. No pude verlo con claridad, pero su silueta inconfundible me tranquilizó.

—De acuerdo, aquí está el diario. Ahora suéltelo —le dije mientras lo sacaba del bolso y alargando la mano, lo depositaba en la suya.

—No tan deprisa, doctora... Primero tengo que ver si se trata del manuscrito original o de una falsificación. Retírese hasta el otro lado del puente y espere.

No podía hacer otra cosa. Le había entregado lo único que tenía para negociar y me giré pausadamente para encaminarme hacia la otra margen del río.

—Una cosa más... —me dijo—. No se moleste en acudir a la policía, nadie iba a creerla. Ya nos hemos encargado de que no queden flecos sueltos.

Continué andando hasta llegar al otro lado. Desde allí observé cómo la silueta de aquel mafioso se confundía con las sombras hasta desaparecer. Había parado de nevar y el silencio se había adueñado de la zona. Nada, ni un coche, ni un transeúnte despistado. Parecía como si la ciudad entera se hubiera puesto de acuerdo con aquellos tipos para ofrecerles impunidad. Sentí frío, mucho frío. Ya estaba hecho y solo me quedaba esperar a que, por el puente, apareciera Francesco. Entonces sentí miedo. Los segundos se eternizaron y estuve tentada de volver a los pies del templo, pero aguardé allí sin moverme.

Por fin, después de una angustiada espera, vi aparecer, desde el otro lado, a Francesco. A pesar de no ver con claridad, sabía que era él. Lo hubiera reconocido entre un millón, o así me lo decía el corazón. Corrí a su encuentro sin dudar. Solo esperaba poder abrazarlo, saber que se encontraba bien, que había valido la pena todo aquello.

Cuando por fin pude verle la cara, un disparo se multiplicó con su eco rebotando en los edificios cercanos. Ambos nos paramos a escasos metros el uno del otro, yo no sabía qué hacer. De pronto, Francesco cayó sobre sus rodillas, mientras un hilo de sangre asomaba por su boca.

—¡Francesco! —grité con todas mis fuerzas, como si mi voz pudiera revertir la situación.

Me abalancé sobre él, justo para tomarlo entre mis brazos, evitando que cayera sobre el manto blanco de la nieve, que comenzó a teñirse de rojo a su alrededor. Lo tendí sobre el suelo y al descubrir la terrible herida por la cual

se le escapaba la vida, intenté taponarla poniendo mi mano sobre ella, pero todo fue en vano. Francesco balbuceó unas palabras que no entendí.

—Cálmate, mi amor... —le dije nerviosa—. No hagas esfuerzos. Pronto vendrá la ayuda... —Entonces empecé a gritar.

—Es inútil, Simona... Me muero.

—No digas eso, te pondrás bien.

—Escucha, Simona... Yo, yo... —prosiguió sin fuerzas—. Te he traicionado... Ellos querían el diario...

—¿Quién?

—Vuelve a Milán... Vete de aquí, es muy peligroso...

Francesco cerró los ojos y comenzó a respirar con dificultad. Sabía que con cada palabra se iba consumiendo y no intenté forzarle más. Miré a mi alrededor y grité con más fuerza; alguien tenía que oírme. ¡Dios! Estaba sola y Francesco se moría entre mis brazos. Volví a gritar, hasta que noté su vano intento por llenar los pulmones. Dos respiraciones más y por fin exhaló por última vez ante mi mirada atónita. Se había muerto y no pude hacer nada por evitarlo.

Me eché sobre él para llorar. Lo mecí y estreché entre mis brazos como una autómatas. No sé cuánto rato estuve así hasta que apareció alguien a mí alrededor, aunque ya no necesitaba a nadie. Poco a poco me vi rodeada de piernas que intentaban decirme algo que no oía. Alguien debió llamar a la Policía, cuando sus inconfundibles luces intermitentes llenaron el puente.

—Señora... Señora... —me llamó un agente, intentando que me levantara del suelo.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó.

Yo no podía articular palabra, estaba aturdida. El policía, al verme tiritando, intentó arrojarme con una manta. Me abracé a ella para sentir el calor que me faltaba, tenía congelada hasta el alma. Cuando volví en mí, me percaté del revuelo que había a mí alrededor y solo pude pronunciar el nombre de Francesco mientras veía cómo se lo llevaban en una especie de camilla y lo introducían en una ambulancia.

—¿Cómo se llama? —volvió a preguntar el policía.

—Simona... Simona Prato.

—Por favor, acompáñenos... —Me sugirió, mientras me tomaba del brazo

para dirigirme hasta el coche.

No sé a qué comisaría me llevaron, pero fueron muy amables conmigo. Me introdujeron en un despacho y me ofrecieron una taza de café para reanimarme. Un agente permaneció todo el rato conmigo. Era joven y esperó lo suficiente para que me recuperara, no quisieron atosigarme para hacerme las inevitables preguntas. En aquel momento, recordé las palabras de aquel canalla que había asesinado a Francesco: «No intente contar lo sucedido a la policía, no la creerían». Sabía que estaba sola en esto y que cualquier referencia a la historia del diario solo hubiera añadido un problema más para mí.

—¿Está mejor? —me preguntó.

—Sí, sí, gracias.

—Sé que es un momento muy duro, pero necesitamos saber qué ha sucedido.

—Lo comprendo... Se trata de mi marido. Él... él... —estallé en un llanto.

El policía me acercó un pañuelo que pronto humedecí con mis lágrimas; no podía hablar de él en pasado. Cuando conseguí calmarme, intenté proseguir.

—Alguien nos disparó cuando estábamos en el puente Vittorio Emanuele... Intenté pedir auxilio, pero nadie nos oyó y... y murió entre mis brazos.

—¿Qué hacían a esas horas por la calle?

No tenía respuestas para aquella pregunta. Qué demonios haría una pareja paseando por aquella zona con la nieve cayendo intempestivamente sobre Turín, pero tuve que improvisar algo rápido.

—Habíamos ido a cenar a casa de un amigo... Cuando regresábamos al hotel, Francesco se empeñó en dar una vuelta por los alrededores, le encantaba ver nevar. Yo le insistí en que volviéramos, pero él quiso llegar hasta la Gran Madre de Dios. Cuando estábamos llegando, vimos acercarse a unos tipos con un aspecto extraño. Temimos que fueran ladrones e intentamos volver por nuestros pasos, pero fue inútil. Nos alcanzaron y nos pidieron que les diéramos todo lo que llevábamos. Francesco se revolvió contra ellos y forcejearon. Intentamos escapar corriendo, pero antes de llegar a la otra orilla nos dispararon, alcanzando a mi marido por la espalda.

—¿Pudo verles la cara?

—Fue todo muy rápido... No, no recuerdo cómo eran.

—Está bien, señora Prato... No quiero cansarla más esta noche.

Volveremos a hablar. ¿Puede darnos su dirección?

—No soy de aquí. Estoy alojada en el hotel *Principi di Piemonte*, pero ahora no sería capaz de volver allí sola.

—¿Quiere que avisemos a alguien?

—No hace falta, llamaré a un amigo...

—¿Con el que estuvieron cenando?

—Sí.

Intenté apartarme para marcar el número de Giuseppe. Empezaba a sentirme agobiada por la presencia del policía, sobre todo después de haber tenido que mentirle.

—Simona... —contestó preocupado Giuseppe.

—Francesco ha muerto... —le espeté entre sollozos.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—Estoy en la... —tuve que mirar al policía para que me ayudara—. En la *Questura*, en Via Vinzagli. —dije mientras me apuntaba la dirección en voz baja.

—Voy para allá. No te muevas.

—Giuseppe... —le susurré mientras volvía a apartarme—. Les he dicho que estuvimos cenando contigo.

—Comprendo... No te preocupes, ahora mismo te recojo.

No tardó en aparecer por la puerta de la *Questura*, fundiéndonos en un abrazo mientras intentaba consolarme en vano. Llené su abrigo de lágrimas, pero no se atrevió a pronunciar palabra alguna hasta que me tranquilicé. Entonces, él retiró suavemente el pelo de mi cara y me acarició enjugándome los ojos con la yema de los dedos.

—Tranquila, Simona... Ya ha pasado todo. Ven, te llevaré a casa.

Me puso el abrigo encima y me abrazó fuerte para sacarme de allí, pero el policía que me había atendido se interpuso entre nosotros y la puerta.

—Discúlpeme, soy el teniente Rossini. Usted debe ser el amigo del matrimonio Prato, ¿no?

—Sí. Me llamo Verdi... Giuseppe Verdi.

—Vaya, como el famoso Verdi... ¿No será usted...?

—No, no tengo nada que ver con el compositor. Simple azar y... una broma

de mis padres. Por cierto, su apellido también está relacionado con la lírica. ¿No le parece curioso?

—Cierto. ¿Se va a hacer cargo de la señora Prato?

—Sí. No creo que esté en condiciones de pasar la noche sola.

—¿Sería tan amable de facilitarnos su dirección y teléfono? Tal vez tengamos que ponernos en contacto con usted. Es un puro trámite.

—Comprendo. No hay ningún problema. Estoy a su disposición.

Giuseppe les dio los datos que le pidieron y luego me volvió a coger por los hombros hasta llevarme fuera. Dimos un paseo hasta llegar a casa a pesar del frío; pensó que el aire cortante de la noche me devolvería a la realidad.

—¿Qué ha sucedido, Simona?

—Todo fue muy confuso. Todavía estoy preguntándome por qué han tenido que matarlo... Les había entregado el libro y... y solo tenía que esperar al otro lado del puente a que lo dejaran libre.

—¿Quién fue?

—No lo sé, no lo vi bien. Estaba oscuro y nevaba. Todo iba bien hasta que, a mitad del puente, cuando estaba a punto de recuperarlo, alguien le disparó por la espalda... Fue horrible.

—¿Pudo decirte algo antes de morir? No sé, algún detalle de sus captores...

—No mucho, solo entendí algunas palabras. Dijo que me había traicionado y que regresara a Milán, que esto era muy peligroso.

—Tal vez tuviera razón... Esta gente, a pesar de haber conseguido lo que quería, no dudó en apretar el gatillo.

—No sé qué pensar, pero lo que más me intriga es que dijera que me había traicionado. ¿Tú qué opinas?

—Realmente no lo sé. Quizá se refiriera al engaño de tu matrimonio.

—No, no. Él no lo veía así. Estuvimos hablando de esto hace unos días y no vi un amago de arrepentimiento en sus palabras. Es otra cosa.

—Quizá no era tan ajeno al tema del diario de Carlotta.

—¿Qué insinúas?

—Que tal vez estuviera en la trama y algo salió mal.

—¿Por qué iba a hacer de cebo para luego dejarse matar tan vilmente? No,

no... Me niego a creerlo. Es absurdo.

—Solo es una conjetura pero, ¿y si el tiro iba dirigido a ti? ¿Y si se interpuso para que nada malo te sucediera? Tal vez había llegado demasiado lejos y se arrepintió en el último momento.

De todos los rocambolescos porqués que rondaban en mi cabeza, aquel se abrió paso en mi mente con una fuerza inusitada. Por fin cobraba sentido aquel sinsentido, pero estaba tan agotada que no quería seguir pensando. De pronto me callé y Giuseppe lo entendió. Ya habíamos llegado a su casa y nada más entrar, hurgué en mi bolso hasta encontrar las famosas pastillas que utilicé la primera vez que me encontré con él. Fue tomarlas y caer rendida. Acabé, también como el día en que lo conocí, metida entre las sábanas de la cama sin ser consciente, pero esta vez me encontraba al amparo de alguien que velaría por mí durante toda la noche.

CAPÍTULO 10

No sabía dónde estaba cuando me desperté sobresaltada con un grito. Todo estaba oscuro y el estruendo del disparo que mató a Francesco todavía retronaba en mi cabeza. Afortunadamente, reconocí a Giuseppe en la penumbra de mi habitación cuando entró para ver qué sucedía.

—¿Dónde estoy? —pregunté desorientada.

—En mi casa, ¿recuerdas?

—Sí, sí... —dije mientras intentaba volver a la realidad—. Creo que he tenido una pesadilla.

Giuseppe abrió las persianas, dejando que la claridad inundara la estancia. Era una luz tenue y gris, la de un día plomizo que no dejaba escapar los tímidos rayos del sol de la densa capa de nubes.

—¿Cómo te encuentras?

—Hubiera preferido no despertar... No creo que tenga fuerzas para enfrentarme a lo que me espera.

—¿Quieres un café? —me preguntó Giuseppe para intentar que olvidara, aunque fuera por un instante, la angustia que no me dejaba vivir.

—Está bien... Ahora voy a tomar una ducha.

Estuve largo rato bajo el agua, intentando que se llevara mis pensamientos, pero se resistían a abandonarme. ¿Qué le diría a la policía después de mis explicaciones tan inconsistentes? Tenía que hablar con Giuseppe para dar una versión creíble. Averiguarían también que no me alojaba con Francesco en el hotel. Tendría que decirles en qué situación se encontraba mi matrimonio y qué pintaba Giuseppe en mitad de mi fracasada relación. ¿Cómo iba a explicar nuestra presencia en Turín? La TIC, di Pietro, Rackoczy, San Donato... Estaba hecha un lío, menos mal que, al salir, me esperaba una humeante taza de café que me congració con el mundo.

No tuve que pronunciar ni una sola palabra, Giuseppe se me había adelantado, exponiéndome la versión que deberíamos contar a la policía sin tener que complicarnos demasiado.

—Me imagino que habrás estado dándole vueltas a la cabeza sobre lo que

hemos de decirle al teniente Rossini. Ahora también estoy metido en el ajo y te aseguro que no tengo ganas de tener problemas. Declaraste que estuvisteis cenando aquí, ¿no? Pues eso será lo que sucedió. No hace falta que des excesivos detalles de tu relación frustrada con Francesco. Bastará con que digamos que estabais pasando un bache en vuestro matrimonio, que llegasteis a pedir el divorcio, pero que vuestro último trabajo conjunto en San Donato os había reconciliado y habíais retomado la relación.

—¿Y tú que pintas en todo esto?

—Les diremos que ya nos conocíamos y que decidisteis venir por mi negocio de libros, tratando de documentaros sobre vuestro trabajo.

—¿Realmente crees que se tragarán eso? El argumento es más bien pobre.

—No creas. Será fácil... Y, si bien lo miras, ¿no es eso lo que realmente sucedió?

—Te olvidas de que denunciarnos su desaparición en Val di Verna.

—Diremos que vino a verme para... para pedirme consejo sobre su matrimonio. Tuvo dudas, desapareció... Vino a Turín y luego yo propicié el encuentro con una cena en mi casa. La cosa fue bien y cuando os disponíais a dar un paseo para hablar de vuestras cosas, alguien os asaltó con el final trágico que todos sabemos... ¿A que soy brillante?

Brillante no era la palabra que yo hubiera utilizado. No se trataba de ninguna novela de misterio, pero había conseguido resolver el puzle de la historia, al menos la que debía conocer la policía. De pronto, me acordé de la otra parte que había dejado de lado: mis compañeros de Val di Verna. Debía llamarles para contarles lo sucedido. Seguramente se quedarían impactados, aunque no tanto como yo lo estaba, así que me armé de valor y descolgué el teléfono.

—Renzo... —Había marcado su número porque, en aquel momento, era al que sentía más cercano.

—¿Simona...? Nos pillas en el coche. Estamos de camino a Turín... Rackoczy me ha despertado esta mañana con gran estrépito y ni me ha dejado desayunar. Creo que es una de sus famosas intuiciones, pero no me ha dicho más.

—En este caso Rackoczy está en lo cierto. Ha sucedido algo... Francesco ha muerto.

—¿Muerto? No puedo creerlo.

—Anoche, en el puente, frente a la Gran Madre de Dios... —ahí me rompí y no pude continuar.

—Tranquilízate, Simona... En un momento estaremos allí. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—Os espero en el Principi di Piemonte, en la cafetería.

—Muy bien, no tardaremos.

Me vestí rápidamente e intenté disimular con maquillaje el sufrimiento que se había apoderado de mi rostro. Tuve que insistir para que Giuseppe no me acompañara, bastante había hecho ya por mí y no quería involucrarlo más de lo necesario pero, en aquel preciso instante, sonó su teléfono. Era el teniente Rossini, dispuesto a rematar su ronda de interrogatorios para esclarecer la muerte de mi ex marido.

—Debo acudir a la Policía —me dijo—. Creo que esta mañana habrá un duelo de «tenores». No te preocupes, tengo claro todo lo que tengo que decir.

—Siento haberte involucrado en esto.

—Siempre me gustaron los líos, aunque esta vez me gustan más porque estás tú.

Aquello me arrancó una sonrisa, haciéndome sentir querida y acompañada. No sé lo que hubiera hecho de no estar él a mi lado. Su colaboración me permitiría averiguar, junto a mis amigos, el porqué de la muerte de Francesco y, de paso, la raíz de todo el asunto que nos había traído hasta aquí.

Salí sin pensarlo más. Una mezcla de rabia y pena me encaminaron hasta el vestíbulo del hotel. No tuve que esperar demasiado cuando aparecieron Renzo y Rackoczy por la puerta de la cafetería. No dejaron ni que me levantara del sillón, me abrazaron fuerte haciendo patente su profunda amistad. Se sentaron dejándome en medio y Borislav me tomó de la mano. Sentí como si una corriente nos atravesara y, en aquel momento, intuí que él lo sabía todo; que era capaz de escudriñar hasta el último de mis pensamientos, pero no me sentí intimidada al verme desnuda ante su mente. Solo hallé comprensión en su mirada.

—Cuéntenos, Simona. ¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Renzo.

Con paciencia y alguna que otra pausa provocada por la emoción, fui relatándoles lo sucedido, hasta que apareció en la conversación Giuseppe.

—¿Y quién es ese tal Giuseppe? —volvió a preguntar Renzo, que se perdía en el recoveco de la explicación.

—Un buen amigo. Lo conocí mientras intentaba documentarme sobre Carlotta. Regenta una librería de viejo, muy cerca de aquí.

—¿Estás segura de él?

—Si no es por Giuseppe, no hubiera podido soportarlo. Precisamente ahora está declarando ante la Policía.

—¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Tuve que mentir para no descubrir el secuestro de Francesco, no hubiera servido de nada... Los tipos que lo retenían fueron muy claros sobre no acudir a la Policía.

Durante el tiempo que estuve hablando, Rackoczy permaneció sin articular palabra. Como ya había podido comprobar, no le hacía falta toda aquella cháchara, por eso no me extrañó cuando interrumpió su silencio para soltar aquella frase con toda su crudeza.

—Querida, creo que estás en un grave peligro...

—Eso mismo me dijo Francesco antes de morir. Giuseppe cree que la bala iba destinada a mí y que Francesco, consciente o no, se interpuso entre ella y yo.

—No lo sé, pero tu exmarido estaba implicado hasta el cuello con los que, al final, acabaron con su vida. El fingido secuestro no fue sino una añagaza para hacerse con el diario de Carlotta. Afortunadamente, ambos sabemos que no ofrecía información suficiente para poder localizar «nuestra» biblioteca.

—Dime una cosa, Borislav —interrumpió Renzo—, ¿cómo es que pareces adivinarlo todo y no eres capaz de «ver» donde se encuentra ese montón de libros viejos que ya se han llevado por delante a uno de los nuestros?

—Tienes razón, querido amigo, soy incapaz. Es difícil hasta para un vidente tan reputado como yo. Se trata de un simple tema de energía, más o menos como funcionaría un imán. Dijéramos que soy como una especie de polo negativo. A través de mí pueden pasar todo tipo de energías limpias, positivas. En cambio, todo aquello que podríamos darle el nombre de energías negativas, me repelen; huyen de mí... Podría distinguir una horquilla del pelo de Simona entre miles de ellas, pero no puedo intuir, ni por asomo, dónde se pueda encontrar el objeto de nuestra búsqueda. Para ello, necesitaríamos de

alguien que funcionara como un polo positivo, capacitado para intuir todo lo que viene del otro plano.

—Giuseppe... —dije yo, como si se hubiera encendido una luz en mi mente.

—¿Giuseppe? —preguntó Rackoczy.

—Sí. Parece estar dotado de una gran perspicacia y de una agudeza de pensamiento fuera de lo normal. Si no hubiera sido por él, creo que a estas horas me encontraría en los calabozos de la Policía.

—¿Cuándo podremos conocerlo? —preguntó Renzo—. Si es verdad lo que dices, un portento como él nos ayudaría a dar carpetazo al tema. Así podríamos regresar a nuestros quehaceres cuanto antes.

—Quiero insistiros en algo —añadió Rackoczy—. Esto no se trata de ninguna broma. Simona está en serio peligro y tal vez nosotros también. Quien mató a Francesco, no dudará en eliminarnos si nos entrometemos demasiado o ve peligrar la operación.

—¿Y quién es esa gente? ¿A quién nos enfrentamos? —preguntó Renzo.

—Di Pietro y Freiherr —espeté sus nombres sin dudarlo.

—¿Los mismos que nos han contratado? Menuda tontería. Para qué querrían eliminarnos si nos necesitan.

—Relativamente —interrumpió Rackoczy—. Solo hasta que encontremos lo que ellos quieren.

—Pues abandonemos. Dejemos que sean ellos los que lo busquen y todo solucionado. ¿Para qué queremos complicarnos la vida?

—No, querido Renzo. La Biblioteca Negra es algo más que un simple puñado de libros. Su poseedor, con los conocimientos suficientes, podría desencadenar un espanto que cambiaría la faz de la Tierra.

—No me seas exagerado, Borislav. No creo yo que...

—Pues aún hay más. Junto a los libros, podrían encontrarse objetos que, por si solos, harían temblar al más curtido arqueólogo.

—No lo veo, querido amigo, no lo veo... ¿De qué objetos estamos hablando?

—De las verdaderas reliquias de la Pasión.

—¿La Pasión de Cristo? No me lo puedo creer... He escuchado de todo en mi profesión pero, y no quisiera ofenderte, esto no son más que majaderías. La

Pasión... —dijo con sarcasmo—. Uno de esos objetos lo tienen expuesto aquí mismo, en la Catedral y no está claro que sea la auténtica reliquia, por no hablar de la cantidad de giales que se reparten por toda Europa, así como los restos de la Cruz o los clavos de Cristo... Lo siento, creo que he tenido bastante por ahora. Si me disculpan, voy a subir el equipaje a mi habitación. Os veo para la cena.

Renzo se marchó moviendo la cabeza y mascullando palabras sueltas. Era un científico, acostumbrado a las evidencias y poco dado a las fantasías. Yo misma me hubiera contado entre sus filas pocos días atrás y, en cambio, ahora estaba dando pábulo sin pestañear a aquel sinsentido.

Una vez solos, me armé de valor para hacer una pregunta a Borislav que hacía tiempo iba rondándome la cabeza. Jamás me hubiera atrevido a hacerla aunque, no sé por qué, intuía la respuesta.

—Bien, Borislav, ¿cómo estás tan seguro de todo lo que acabas de decir? Quiero que seas sincero.

—¿Qué quieres saber exactamente, querida?

—No lo sé. Hay veces que parece saber a la perfección lo que sucedió hace más de un siglo. Acabas de decir que los libros están junto a las Santas Reliquias. ¿Cómo sabes eso?

—Porque Carlotta y yo las pusimos ahí.

—¿Tú?

Me quedé atónita, a pesar de esperar algo así. No tenía sentido, nada lo tenía. ¿Cómo era posible que hace cien años hubiera hablado con Carlotta y ahora estuviera conmigo como si tal cosa?

—Sí. Yo soy *monsieur* Surmont... El conde de Saint Germain... Durante siglos, he tenido que cambiar de identidad, adaptándome a los tiempos y, a pesar de ello, ha habido algo que ha permanecido inmutable: la ambición humana y la búsqueda egoísta de la solución fácil para terminar con los problemas.

No me atreví a preguntar por no hacer más patente mi incredulidad. Lo que Rackoczy me estaba proponiendo, simplemente no podía ser: alguien que tendría aproximadamente 300 años, si no eran más. Una especie de zombi, un no muerto vagando por el tiempo como una especie de maldición. No, no me lo creí, pero estaba intrigada por saber hasta dónde podía llegar con ese

desvarío y me propuse darle el beneficio de la duda para que, de una vez por todas, me dijera lo que sabía: real, intuitivo o inventado. La historia había llegado a tal punto, que mi vida pendía de un hilo y no perdía nada escuchando aquellas insensateces. Quizá, entre tanta locura, podría entrever alguna especie de luz al final del túnel.

—¿Y dónde se supone que se custodiaban las reliquias y la Biblioteca Negra?

—Durante un tiempo, estuvieron en los sótanos del Palacio Madama, donde se acumulaban sin orden, miles de objetos atesorados por los Saboya, así como los grimorios que reunió Carlotta. No era un sitio seguro porque, justo arriba de nuestras cabezas, se reunía el recién convocado Parlamento Transalpino y había mucho trasiego. Yo le sugerí trasladar los objetos más importantes a otro lugar, lejos de posibles intrusos. Elegí los sótanos del Palazzo Civico, el actual Ayuntamiento, en la Piazza delle Erbe, pensando que allí permanecerían ocultos para siempre. No conté con la manía de Carlotta por anotar todo en su dichoso diario.

—Pero allí no figuraba nada de eso...

—Efectivamente. Carlotta debió llevárselos a Val di Verna temiéndose lo peor. Después, la *Bela Rosin* se encargaría de buscarles un nuevo escondite, tras arrancar las hojas más «jugosas» del diario, perdiéndose así toda pista. Solo ella conocería la nueva ubicación, quizá también sus descendientes, pero fueron mucho más discretos que Carlotta.

—De todos modos, hay algo que no comprendo... Dices que pusiste junto a la Biblioteca las reliquias de la Pasión. La sábana santa está expuesta en la Catedral...

—Oh, querida, eso no es más que una vulgar copia, muy buena, por cierto. Los Saboya han custodiado las reliquias originales desde el origen de la dinastía. Nadie sabe cómo llegaron a sus manos, pero existen documentos que atestiguan su autenticidad. El fundador de la casa Saboya, un tal Umberto Biancamano, era de origen provenzal.

—¿Y eso qué tiene que ver con las reliquias?

—Simona, veo que no estás muy puesta en hagiografía. Me sorprende, viniendo de ti. Supongo que te sonarán los nombres de María de Magdala, Lázaro y José de Arimatea...

—Claro, tuvieron una relación muy estrecha con Cristo.

—¡Y tanto! En contra de lo que se cree, María de Magdala, o como se la conoce comúnmente, *la Magdalena*, no fue la prostituta redimida en que la convirtió el cristianismo. Fue la esposa de Jesús de Nazaret y Lázaro, su hermano, el cuñado de Cristo. Después de su muerte, huyeron de Palestina en compañía de José de Arimatea, portando consigo las famosas reliquias. Se instalaron en la actual Provenza francesa, tal vez en las inmediaciones de Marsella. Algunas investigaciones apuntan a que entroncaron con los Merovingios y, por azares de la providencia y de la política, este tesoro acabó en una ciudad tan mágica como Turín.

—Está bien, reconozco que me ha impresionado la historia pero, ¿qué importancia tiene que estos supuestos nazis se hagan con todo? ¿Realmente piensa que con ello puedan revivir al mismísimo Hitler?

—Tal vez eso no, pero son capaces de cosas espeluznantes, como ya lo hicieron durante la II Guerra Mundial. Si no lo creyera así, no me hubiera involucrado en esta historia. Mientras estos objetos permanecieron en el olvido, no había de qué preocuparse pero, hace un par de años, se volvió a oír el runrún de que alguien estaba tras la pista. Hice mis indagaciones y no paré hasta que Freiherr confió en mí para esta misión. Tuve que asesorarle hasta el punto de poner el cebo que pudiera interesarle; le conté ciertas cosas que solo yo podía saber...

—Pero tú mismo le pusiste sobre la pista...

—Tuve que hacerlo, si no se hubiera deshecho de mí. Ahora confía plenamente, pero la cosa ya no tiene vuelta atrás. Con él o por nuestra cuenta, tenemos que hallar la biblioteca y las reliquias, evitando que caigan en malas manos.

—Tienes que explicarme qué es lo que quieren hacer exactamente con estas cosas.

—Es muy sencillo...

En aquel momento, el sonido de mi teléfono interrumpió la conversación que estaba llegando a su punto culminante. Era Giuseppe y, francamente, su llamada me interesaba mucho más que todas las sociedades secretas y sus chifladuras.

—Giuseppe, por fin... ¿Qué ha sucedido? Cuéntame.

—Nada. Ha ido todo fenomenal, tal como lo había planeado. El teniente Rossini se ha tragado toda la versión y yo he ejecutado un «aria» digna del

auténtico Verdi.

—Me alegro tanto de que todo haya ido bien pero, ¿y yo? ¿Cuándo mandará llamarme? ¿Te lo ha dicho?

—Ten calma. Es extraño, pero se ha dado por satisfecho con mi explicación. Me ha confesado que piensan dar carpetazo a la historia una vez tengan los resultados de la autopsia. Quizá tenías razón y los tentáculos de esos tipos lleguen hasta la misma policía.

—Es mejor que sea así. No tenía ganas de volver a dar más explicaciones.

—Por cierto, ¿todavía estás con tus amigos? ¿Voy a buscarte?

—No, no. Nos vemos en tu casa, si te parece...

—Claro, estoy deseándolo.

Al colgar, Rackoczy me miró inquisitivamente. Debió pensar que, en un momento tan importante como aquel, yo me dejaba llevar por devaneos más propios de una colegiala, pero a mí no me importaba, estaba enamorándome sin remedio de Giuseppe. No sé si también acabaría por depender de él como lo hice de Francesco o era fruto de la gratitud por haber estado ahí cuando más lo necesitaba pero, por encima de todo, me hacía sentir como una mujer y eso era importante para mí, teniendo en cuenta que unas semanas atrás había tenido que someterme a tratamiento por mi baja autoestima.

Sentí tener que dejar a mis compañeros para atender la llamada ciega del amor, pero no podía refrenar aquel sentimiento. Al final, Rackoczy pareció entenderlo.

—Te marchas, ¿verdad? —me preguntó.

—Es Giuseppe... No voy a alojarme aquí, con vosotros.

—Lo comprendo, querida. *C'est l'amour*... No te preocupes, me despediré por ti de Renzo. Tendremos ocasión de seguir hablando.

—Gracias, Borislav... Te prometo que no te abandonaré en la búsqueda que nos traemos entre manos.

Salí sin mirar atrás, como siempre. No quería que nada me obligara a volver, era una máxima en mi vida que siempre me había funcionado. ¡Qué ilusa! Me había funcionado menos con Francesco, con él nada funcionó, ni siquiera para poder rescatarlo con vida. Quizá estaba siendo demasiado dura con el que, hasta ayer, todavía seguía siendo mi marido y que, a estas horas, estaría siendo diseccionado para averiguar las causas de su muerte. Me sentía

frívola, pero no podía dejar de pensar que, gracias a Francesco, había conocido a Giuseppe, haciendo su última contribución para rescatarme de tanta tristeza.

No tardé en llegar a casa. ¡Qué contrasentido! Estaba llamando «casa» al hogar de mi amante, pero así lo sentía en aquel momento. Giuseppe me esperaba, recibéndome en la misma puerta. Vernos y fundirnos en un abrazo, todo fue uno. Lo besé tan apasionadamente, que temí desmayarme por falta de aire. Él me llevó de nuevo en volandas hasta la habitación, dejándome caer con suavidad sobre la cama. Me fue quitando la ropa mientras yo solo veía sus ojos y sentía sus labios corriendo sobre mi piel en busca de mis pechos. Me ardía el cuerpo, temblando con cada una de sus caricias. Permanecimos juntos, pegados sin decir nada, con los ojos cerrados, sintiéndonos amados y amantes, perteneciéndonos el uno al otro.

CAPITULO 11

Aunque en realidad no fumaba, en aquel momento me hubiera encendido un cigarrillo. Después de hacer el amor, comprendí que aquello no era sino un punto y seguido en mi vida, que seguía pendiente de un hilo. Sentí envidia de Giuseppe, al verle descansar, panza arriba, sin temer lo que le ocurriría ahora que había decidido unir su destino al mío. No podía remediarlo pero, inevitablemente, tenía tendencia a planificar cada momento de mi vida, sin dejar espacio a la improvisación, lo cual me hacía sentir débil y vulnerable. Ahora dependía de aquel hombre que yacía a mi lado para enfrentarme a los asesinos de mi ex marido y de unos compañeros que, a pesar de todo, seguían pareciéndome unos chiflados. ¿Qué podíamos hacer para luchar contra aquellos gánsteres? Estaba claro que se habían determinado para conseguir la Biblioteca y las Reliquias a cualquier precio.

Pero ¿en qué clase de mujer me había convertido? Había aparcado lo fundamental, a Francesco. En breves horas me entregarían su cuerpo. Tendría que llamar a su exigua familia para comunicarles lo sucedido, organizar su funeral y lo único que había hecho hasta ahora era enredarme en una trama delirante y fornicar con un perfecto desconocido. Por un momento, me sentí sucia y desalmada, justo hasta que Giuseppe despertó de su breve siesta.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—Estaba dándole vueltas a lo de Francesco... No tardarán en avisarme y...

—Tienes remordimientos. ¿Es eso?

No sé cómo, pero parecía leer mis pensamientos, igual que lo hacía Rackoczy. Era exactamente como me sentía: una bruja lujuriosa a la que no le importaba nada la persona que había compartido mi vida durante los últimos años, por más que me hubiera hecho un daño irreparable y se hubiera cargado nuestro futuro. Ojalá, esto mismo me hubiera sucedido en otras circunstancias, sin tener que pagar un precio tan alto por encontrar de nuevo la felicidad, pero la vida es así de cabrona y estaba convencida de que, en la intimidad, todos somos víctimas de esa misma dualidad de sentimientos: el deber y el placer.

—No, no es eso... —le mentí para no descubrirle lo que pensaba—. Hay tantas cosas que organizar...

—Tranquilízate, no te dejaré sola.

—Gracias, pero tampoco puedes ayudarme en esto. Podría parecer que...

—¿Qué eres? ¿Una especie de «viuda negra»? Menuda tontería... Mira Simona, tu matrimonio había fracasado. Os habíais divorciado, aunque os faltara una simple ratificación. Te hizo daño y no le debías nada. Hubieras hecho lo mismo por cualquier otro y creo que, al final, Francesco lo comprendió, salvándote la vida.

—Tal vez tengas razón pero, por más que lo intento, no me siento bien. Además, también está lo otro...

—¿Lo otro?

—Borislav piensa que, si no actuamos pronto, los asesinos de Francesco puedan hacerse con los libros y las reliquias, desencadenando no sé qué tipo de catástrofes.

—Un momento, un momento... Además de esa fantástica biblioteca, ¿me estás diciendo que hay unas reliquias? ¿Qué clase de reliquias?

—No sé, quizá no sean más que tonterías... Rackoczy me habló de que, junto a los grimorios, estarían las reliquias de la Pasión.

—¿La Pasión de Cristo?

—Sí. Te hará gracia, pero ese tipo asegura haberlos guardado él mismo en compañía de Carlotta y también dice ser el mismísimo *monsieur* Surmont que aparece en el diario. Me habló de los diferentes nombres que utilizó según le convino, como el de Conde Saint Germain. Sin duda, no es más que un charlatán, o peor aún, un chiflado de tomo y lomo... No obstante, parece tan persuasivo que, si hablaras con él, acabaría por convencerte de que está diciendo la verdad.

—¡Sorprendente!

—¿Solo se te ocurre decir eso? Pensaba que tú me devolverías a la realidad y me dirías que son solo patrañas.

—Quizá no sea tan descabellado...

—¿Estás hablando en serio?

—Será mejor que me acompañes —me dijo tan rotundo, que no pude por más que vestirme cuando le vi hacer lo mismo.

Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos en la calle. Todavía quedaban restos de nieve helada acumulados sobre las aceras, haciendo del caminar un

suplicio. Aunque no hubiera querido hacerlo, tuve que engancharme de su brazo para no caer desde mis tacones.

Entramos a su librería y mientras intentaba quitarme el frío, al mismo tiempo que el abrigo, él se abalanzó sobre una estantería desordenada que ocupaba el fondo del negocio. Le oí pronunciar distintos juramentos mientras revolvía en busca de algo.

—¡Aquí está! —dijo rotundo, mientras me acercaba un empolvado libro que parecía no haber salido del lugar en mucho tiempo—. Por favor, lee, lee...

Abrí el pequeño volumen que parecía ser una biografía del famoso Conde Saint Germain. En realidad, si no mentía, era la historia del que yo consideraba mi compañero Borislav y me sumí en su lectura, ávida de comprensión.

«La historia y escritos hallados sobre el Conde Saint Germain no logran desvelar la vida de un personaje misterioso. Nació el 26 de mayo de 1696, hijo del Rey de Transilvania Francisco II Rackoczy y la Princesa Carlota, en un castillo de los Montes Cárpatos. El Rey fue perseguido por el emperador Carlos VI, que lo consiguió destronar. Mientras tanto, para proteger a su hijo, el pequeño Príncipe, lo envió a Florencia, donde fue cuidado y educado por el último de los Médicis.

A los 14 años se destacó en un movimiento francmasón mientras estudiaba en la Universidad de Siena. Solo a la muerte de su padre en Turquía, donde permanecía en el exilio, comenzó a mostrar sus poderes, pues estando junto a su padre en el lecho de muerte en 1735, fue visto junto a un famoso rosacruz en Holanda.

El príncipe «muere» un año después de hacerlo su padre, cuando los acontecimientos lo habrían atado a una vida oficial en Hungría. Apenas muerto, aparece en Escocia donde vive hasta 1745, después se traslada a Alemania y a Austria, y de ahí se irá a la India a estudiar Alquimia. En todos estos años llevará diferentes nombres: Marques de Montferrat, Conde Bellamare, Caballero Schoening...

Es en 1758 cuando comienza su vida en París con el nombre de Conde

de Saint Germain. Es presentado a Madame Pompadour, quien a su vez lo presenta al Rey de Francia. Cuentan que, para justificar su nobleza ante el Rey, le contó en secreto su procedencia, lo cual fue aceptado por su Majestad.

En París, el Conde contaba con 62 años, pero representaba 30, el mundo veía en él un noble joven de gran dignidad y de impecable cortesía. Su porte era militar, delgado, de mediana estatura, bien proporcionado, de bellos ojos pardos y cabello oscuro. Vestía con gran elegancia, con las mejores telas, medias de seda, innumerables joyas e iba siempre acompañado de lacayos uniformados con botones de oro. Nadie conocía su casa, frecuentaba las fiestas de la alta sociedad, pero nadie lo vio comer o beber.

Era un gran diplomático, un genio artístico, un excelente músico y compositor, que ejecutaba el piano con gran maestría y en el violín rivalizaba con Paganini, cantaba con una lindísima voz de barítono, pintaba y esculpía como los muy grandes, y que vivía eternamente, gracias a que se administraba un líquido de su invención que lo había mantenido vivo durante 2000 años.

Los Maestros no tienen necesidad de reencarnar para circular entre los hombres. Si deben hacerlo, hacen denso el cuerpo etérico para que sea visible, y si tienen que cumplir una misión de larga duración, ocupan un cuerpo prestado, trasplantan el espíritu al cuerpo de un iniciado que esté dispuesto a ceder el cuerpo durante ese tiempo o en el momento de su muerte. El Conde no tenía necesidad de comer o beber ya que disponía de la Sustancia Universal que obedece a las órdenes del Maestro.

La muerte del Conde en el castillo del Duque Carlos, en Suecia, en 1784, es tan falsa como su nacimiento. Voltaire, dijo en una carta a Federico el Grande: «El Conde Saint Germain es el hombre que nunca muere y que todo lo sabe». Se vio al Conde en 1785 en una conferencia muy importante junto a la Reina Catalina de Rusia. En 1793 se apareció ante la amante del rey, Jeanne Dubarry. En 1920 el Obispo

Leadbeater habla con el Conde en Roma. Hace algún tiempo que no se le ha vuelto a ver, pues se le ofreció la ascensión a un plano superior donde goza de más libertad para sus funciones de Avatar de la nueva era, sin embargo el señor Maha Chohán dijo que había tenido una comunicación reciente con él y que el maestro necesitaba de un nuevo contacto con la parte física que antes tenía.»

—Según esto... —dijo Giuseppe—, no sería tan descabellada la historia que cuentas de tu amigo Borislav.

—¿Cómo has encontrado este libro?

—Estuve buscando el otro día bibliografía sobre el tema que nos ocupa... bueno, sobre el que te ocupa.

—Leyendo esto da la impresión de que está hablando de una especie de «Conde Drácula». La verdad es que da un poco de repelús.

—No te lo vas a creer pero, según cuentan algunos, Bram Stoker no solo tomó como referencia al famoso Vlad Tepes. Por lo visto, la historia del Conde de Saint Germain influyó notablemente a la hora de elaborar la personalidad del famoso vampiro transilvano, muy alejado de la tosquedad de un rudo noble medieval.

—Quizá, a partir de ahora, vea con otros ojos a mi colega Rackoczy, aunque, de momento, solo consigo ver el parecido en el apellido.

—¡Vamos, Simona! Permítete, una vez al menos, abandonar esa mente racionalista. Tal vez así consigas romper el nudo gordiano en el que has convertido tu vida.

Aquello me dejó descolocada. Quizá me conociese mejor que yo misma, pero me molestaba su manera de decirlo, así a bocajarro. Era como enfrentarme de sopetón a mi propia imagen en el espejo. Seguía resistiéndome a dejarme llevar por la corriente. Quería mantener el timón de un barco que iba a la deriva, engullido por los acontecimientos.

Una llamada de teléfono, por otra parte esperada, vino a sacarme de aquel atolladero. Una vez más podía posponer el enfrentamiento a mi propia verdad. Era del Instituto Forense, el cadáver de Francesco estaba listo para ser recogido. De camino a allí, improvisé lo que haría y unas cuantas llamadas más tarde, me ayudaron a escoger realizar sus funerales en Milán. Nunca

hablamos de lo que nos sucedería, teníamos tanto futuro por delante, que ni se nos pasó por la cabeza. De todas maneras, no necesité mucho tiempo para decidirme.

Cuando llegué ya estaba todo preparado. Me dejaron unos minutos a solas para estar con él. Tenía una expresión serena, como cuando me esperaba tumbado en el sofá de casa. Me pregunté por qué. ¿Por qué tuvo que meterse en aquel «negocio»? ¿Por qué tuvo que sucumbir a sus pasiones? Ahora estaríamos tranquilamente en Milán, viviendo nuestra vida con la misma pasión que poníamos en el trabajo. Todo carecía ya de sentido. Le despedí con un beso en los labios, un beso de cariño, de respeto quizá, por el tiempo que habíamos sido felices.

Abandoné la sala y dejé atrás los últimos años de mi vida. Me sentí en paz y, en aquel momento, se volatilizaron mis dudas, mis remordimientos y mis penas. Hice un pequeño balance del tiempo que pasé con él y pesaban más los buenos recuerdos. Suspiré y me encaminé hacia el mostrador de la entrada, donde me esperaba un funcionario para que firmara una montaña de papeles.

—Un momento, señora Prato —me dijo antes de que estampara mi rúbrica en el primer documento—. Tengo que darle las pertenencias de su esposo.

Me entregó un sobre de papel del que fui sacando diferentes objetos: su anillo de casado, que jamás se quitó; el reloj que le regalé en su último cumpleaños; un manojo de llaves; una llave suelta y un pequeño papel que dejé fuera mientras guardaba el resto. Lo miré, lo leí, pero no le encontré ningún sentido; aquello parecía un galimatías:

1556

QVI MHONORE AVRALA GLOIRE

¿Qué significaba aquello? ¿Quizá una cita anotada rápidamente en la cripta de San Donato? ¿Qué sé yo! Guardé aquel papel y seguí firmando permisos para poder llevarme el cuerpo de Francesco. Cuando finalicé, el funcionario me preguntó dónde debían llevarlo para que pudiera realizar su funeral. Podía haberlo hecho en Turín pero, por deferencia hacia su hermana y su anciana madre, me encargué de que fuera trasladado a Milán. Llamé a Giuseppe y

también a mis compañeros, que estaban esperando noticias en el Principi di Piemonte, pero me faltaba una pieza en el rompecabezas... Di Pietro y su maligna corporación, que nos habían arrastrado hasta esta situación. ¿Qué debía hacer? Lo más fácil hubiera sido ignorarlos, pero tenía ganas de verlos cara a cara; ver si tendrían la suficiente sangre fría para aguantarle la mirada y los llamé.

—Doctora Prato... Ya nos hemos enterado de lo sucedido —dijo Di Pietro nada más le pasó la llamada su secretaria—. Siento mucho lo ocurrido... Quiero expresarle las condolencias en mi nombre y en el de la corporación que represento.

—¿También en nombre de Freiherr? —pregunté en tono irónico.

—La verdad es que ha sido una desgracia morir de esa manera tan absurda, a manos de unos atacadores... —dijo Di Pietro, eludiendo la pregunta.

—Sí, supongo que ha sido un golpe de mala suerte... Le llamaba para comunicarle que el funeral se hará en Milán, mañana a las diez de la mañana, en la iglesia de San Ambrosio. Supongo que deseará asistir, ¿no?

—Se lo agradezco. Estaré allí, es lo menos que podemos hacer por el profesor Prato.

—Entonces, hasta mañana.

Hubiera querido decirle algo más, pero no era el momento. Giuseppe me estaba esperando en la librería y le pedí que me llevara a por mis cosas que todavía estaban en la habitación que nunca ocupé, en el mismo hotel donde estaban mis compañeros. No quería que viniera conmigo a Milán, me parecía escandaloso pero, insistió tanto, que hubiera sido una verdadera grosería no permitirselo.

Subimos todos en su coche rumbo a mi ciudad, que ni siquiera nos esperaba, ajena a todo drama, imperturbable a todo dolor. Insistí para que me acompañaran a mi casa, pero tanto Renzo como Rackoczy decidieron buscar un hotel cercano a mi domicilio. Giuseppe ni se lo pensó. Le agradecí que me hiciera compañía.

Cuando llegamos, estuve esperando inquieta su primer comentario, que temía por encima de cualquier cosa.

—Así que esta es tu casa... Vaya, vaya. —dijo Giuseppe, mientras observaba con detenimiento todos los elementos decorativos que habíamos ido

atesorando a lo largo de una vida en común—. ¿Son auténticos? —me preguntó por un par de lienzos de la escuela veneciana que adornaban el salón.

—Sí, son de Francesco Guardi, un discípulo de Canaletto. Los encontramos en un ropavejero, sin marco, debajo de una pila de trastos. Mi marido se encargó de devolverlos a su estado natural. Tenías que haberlos visto cuando los compramos, no se veía nada debajo de tantas capas de suciedad. Escucha, Giuseppe...

—¿Por qué no me llamas Gepe? Es más cariñoso...

—¿Es así como te llamaban en casa?

—No, en realidad mis padres me llamaban Pinin, pero suena bastante ridículo.

—Tienes razón, jamás me acostumbraría a llamarte así, sería como tener un caniche en casa.

Nos echamos a reír. Debería de estar compungida y circunspecta, pero Giuseppe me hacía sentir bien con su sentido del humor. Tenía el palpito de que era la persona que necesitaba para rehacer mi vida, aunque en realidad no tenía que reconstruirla, me bastaba con compartirla. No necesitaba fingir algo que ya no sentía, pero estaba acostumbrada a dar la imagen que siempre se esperaba de mí: correcta en cada momento, así que le pedí amablemente que se marchara.

—Giuseppe, antes de que me interrumpieras, quería decirte algo.

—¿Qué es?

—Verás, me encantaría que te quedaras conmigo esta noche, pero...

—Pero no te encuentras cómoda conmigo en tu casa, ¿no es así?

—Sí, lo siento.

—No te disculpes, lo comprendo. Todavía hay algo aquí de Francesco que flota en el ambiente... Será mejor que me vaya si quiero encontrar una habitación en el mismo hotel en el que están ese par de carcamales.

—Gracias. Yo...

—Simona, te quiero. Tal vez me estoy precipitando al decirte esto, pero jamás te haría sentir incómoda. Me imagino por lo que estarás pasando y creo que tienes razón, pero te prometo que, a partir de mañana, nunca más te dejaré sola.

Giuseppe me dio un beso apasionado y cogió su equipaje, desapareciendo

escalera abajo. Volvía a estar como al principio de la historia, pero en aquel momento necesitaba estar así. Quería respirar, por última vez, el aroma de Francesco que todavía revoloteaba por la casa, como había indicado Giuseppe muy acertadamente; era como un último homenaje a nuestra vida en común. Recorrí todas las habitaciones y pasé mi mano por todos los objetos que habíamos colocado en ellas con tanto cariño pero, en lo único en que podía pensar era en Giuseppe y lo decepcionante que había sido que le invitara a irse. Lo llamé al cabo de unas horas y me contestó desde su habitación.

—¿Ya te has instalado? —le pregunté.

—Sí. No es el Principi di Piemonte, donde te alojabas en Turín, pero no está nada mal, es confortable. ¿Qué sucede? ¿Otra vez te remuerde la conciencia? —me dijo bromeando.

—No seas tan presuntuoso, solo quería saber si estabas bien... y desearte buenas noches.

—Buenas noches, Simona.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 12

Fui la primera en llegar. El atrio de San Ambrosio se encontraba vacío y yo estaba sola con el frío que se había instalado en el patio. Poco a poco, fue entrando la gente hasta convertirse en una legión de trajes negros y gafas de sol. Isabella, la hermana de Francesco, entró empujando la silla de ruedas de su pobre madre, que ya no era consciente de lo que le había sucedido a su hijo. Nos saludamos sin demasiada efusividad; intuía que ella me hacía culpable de lo que le había sucedido a su hermano. Nunca les gusté, consideraban que una mujer más mayor que él y tan ambiciosa, eclipsaría la buena estrella de un prometedor artista como Francesco y tal vez no les faltaba razón. No era momento para confesiones, ni para justificar las razones de nuestro divorcio, simplemente me aseguré de que no sufrieran sin necesidad averiguando qué clase de persona era.

Nos colocamos justo a la entrada de la iglesia, hasta que apareció el coche con el féretro. Aguanté estoicamente las miradas de la gente, escrutando, desde el parapeto de sus lentes oscuras, el más mínimo gesto por mi parte. Reconocí a casi todos: compañeros de trabajo de Francesco y míos también —hay que ver cómo corren las noticias—, a Renzo, Rackoczy y Di Pietro hablando amigablemente y, en una esquina, casi escondiéndose, a Giuseppe. Sabía que no podía darle el lugar que sin duda merecía, pero me conformaba con saber que estaba allí, dándome fuerza para soportar aquello.

Por fin hizo acto de presencia el sacerdote con todo el colegio de monaguillos y diáconos, dando realce al último acto de Francesco. No en balde era un viejo conocido de la parroquia, para la que hizo diferentes trabajos de restauración. No me había parado a pensarlo pero, aquel lugar era un marco incomparable para despedirlo, bajo el exquisito mosaico de teselas doradas con el imponente Pantocrátor flanqueado por los santos Gervasio y Protasio. ¡Dios! Le hubiera gustado tanto ver aquello: su iglesia favorita repleta de amigos, de la gente que él más quería.

Estaba distraída sin prestar demasiada atención a las palabras de consuelo del sacerdote. Mis pensamientos se dedicaron a viajar por las distintas etapas de mi vida. De cuando en cuando, me giraba para observar a la gente,

intentando distinguir a Giuseppe entre la multitud, pero era imposible, seguramente se habría refugiado en el último banco o estaría de pie en alguna capilla.

No era religiosa, pero me pareció que debía acercarme al altar para comulgar. Lo hice instintivamente y para no desentonar. Acompañé a Isabella y, al regresar, por poco me da un síncope, quedándome parada en la fila. Allí estaba, entre dos columnas, la figura de Freiherr, observándome impasible y se me heló la sangre. Mi cuñada tuvo que tirar de mí para no interrumpir la comunión y, cogiéndome del brazo, me llevó hasta nuestro banco. Debí pensar que estaba tremendamente afectada y había perdido la orientación. Incluso me dedicó una caricia en la espalda y una leve sonrisa. Aquel austríaco hijo de puta, al que, en mi interior, culpabilizaba de la muerte de Francesco, me estaba causado una terrible desazón. ¡Qué desfachatez! ¿Cómo se había atrevido a venir? Hubiera querido marcharme, acaso gritar y mostrar a todos con mi dedo acusador aquella alimaña para la que valía más un estúpido libro que una vida humana. Respiré hondo, intenté calmarme y deseé que todo terminara, como así fue. Un poco de agua bendita y la terrible despedida del duelo en el mismo atrio de viejos ladrillos de San Ambrosio. Luego, el viaje hasta el cementerio, al que solo acudieron escasos allegados y amigos, entre los que, afortunadamente, se contaban mis compañeros Renzo y Rackoczy y, con discreción, también Giuseppe. No quise que viniera mi familia, estaba fuera de lugar, habida cuenta de que ya habíamos roto nuestro matrimonio. No deseaba sentirme incómoda por partida doble, ni tener que responder comprometedoras preguntas sobre quién era ese o aquel.

Esperé el tiempo suficiente para que todo el mundo se fuera, excepto mis nuevos amigos. Me despedí de Isabella y de su madre y me libré de los últimos compañeros de trabajo que se empeñaban en recordarme lo genial que era y los buenos momentos pasados con él. ¡Por fin había terminado todo! Tomé del brazo a Renzo y a Giuseppe, aunque me faltaban manos para hacerlo también con Rackoczy pero, en la misma puerta del cementerio, nos aguardaba una nueva sorpresa.

—Quiero darle mi más sentido pésame, doctora Prato... —nos asaltó Freiherr con su inconfundible acento alemán.

—Gracias —le contesté escuetamente, mientras le tendí la mano para marcar distancias.

—Sé que no es un buen momento pero... me gustaría que nos reuniéramos todos en el despacho de Di Pietro, ya sabe, por lo del proyecto.

—¿Sabe, Freiherr? Tiene razón, este no es un buen momento para sus negocios... No obstante, acudiremos a esa cita. No es usted el único interesado en esta cuestión. Yo también quiero llegar hasta el final para averiguar si valía tanto el diario de una dama de la corte para acabar con la vida de Francesco. ¿O tal vez era a mí a quién querían ver fuera de juego? ¿Qué opina de eso, Freiherr?

—Veo que está muy alterada y lo comprendo. Quizá no debí decirle nada, discúlpeme... Buenas tardes.

Freiherr se subió a un coche, donde le aguardaba Di Pietro y se marcharon rápidamente. Nadie se atrevió a decir nada, todos se sentían demasiado violentos por lo ocurrido, hasta que Giuseppe abrió la boca para romper el hielo.

—¿Vamos a tomar una copa? Invito yo.

Regresamos al centro de Milán y nos sentamos en una cafetería en la misma Piazza del Duomo. Pedimos una botella de vino blanco y Rackoczy se llevó la copa a los labios para luego tomar la iniciativa en la conversación. Fue la única vez que le vi beber.

—Ya os habéis dado cuenta de cómo es ese tal Freiherr y no parará hasta conseguir lo que busca. Necesitamos actuar rápido si queremos tener éxito.

—Un momento —interrumpió Giuseppe—. ¿Todavía pensáis en seguir los desvaríos de ese tipo?

—¿Qué es lo que sabe usted de todo esto? —preguntó Renzo.

—Oh, tan solo lo que me ha contado Simona y algunas averiguaciones que he hecho por mi cuenta. ¿Les ha dicho Simona que regento una librería?

—Por supuesto, Giuseppe —dijo Rackoczy—. Es más, creo que usted es una pieza clave para resolver este embrollo.

—¿Yo? Ya me gustaría, pero no creo que sea la persona que necesitan.

—Créame, lo haré, estoy seguro. Bien, ¿alguien tiene una idea de por dónde empezar?

—Me gustaría enseñaros algo —intervine yo—. No sé si tendrá importancia, pero ayer, cuando fui al Instituto Forense, me entregaron las pertenencias de Francesco. Entre ellas se encontraba este papel y una pequeña

llave suelta, pero no he conseguido descifrar la frase que figura escrita.

Les entregué el pedazo de papel, que fue pasando de mano en mano hasta que Giuseppe exclamó:

—Esto es parte de una frase escrita por Nostradamus... Figura en una lápida situada en lo que fue su antigua residencia en Turín, la *Domus Morozzo* —dijo Giuseppe.

—¿Qué dice la frase completa? —preguntó Renzo.

—Está escrita en francés antiguo, quizá en occitano, no sé, pero viene a decir esto:

*Nostradamus se aloja aquí,
donde está el paraíso, el purgatorio, el infierno.
Yo me llamo victoria,
quien me honra tendrá la gloria,
quien me desprecia tendrá la completa ruina.*

—¿Qué significado le atribuye al texto? —siguió inquiriendo Renzo.

—No lo sé. Aparentemente parece un simple panfleto publicitario a mayor gloria del más famoso vidente de todos los tiempos, pero no creo que le hiciera excesiva falta, ¿no creen?

—¿Y usted? ¿Qué cree realmente? —le preguntó Rackoczy.

—No cuento entre mis cualidades el don de la profecía. ¡Dios me libre! Quizá esté usted más ducho en esto por su «dilatada» experiencia.

Borislav se sonrió, sabía perfectamente que yo le había contado todo a Giuseppe, no obstante, nadie se atrevió a dar por sentado lo que era un secreto a voces, que nuestro vidente particular no era otro que el redivivo conde de Saint Germain o cómo diablos se llamase de verdad.

—Está bien, en realidad ya conocía la existencia de este texto, aunque el lenguaje críptico de Nostradamus se presta a múltiples interpretaciones. Existe una «descodificación» basada en la aplicación de la Cábala por un tal Cesare Ramotti en 1992. En ella se estaría hablando de una posible advertencia sobre el advenimiento del Fascismo en Italia, pero no creo que esto sea relevante para lo que nos ocupa.

—¿Y qué me dicen de los números que figuran en el papel que les he dado?
1556 —pregunté.

—Es la fecha que figura en la inscripción —contestó Giuseppe.

—¿Y qué sentido tendría anotar la fecha y una frase sola del texto? No tiene lógica.

—Querida, se olvida del llavín. ¿Su marido tenía algún tipo de cuenta bancaria? ¿Quizá alguna caja de seguridad? —preguntó Rackoczy.

—Realmente no lo sé, todavía no me he ocupado de ese tema. Mientras estuvimos casados tuvimos una cuenta conjunta y Francesco no era de tener cajas ocultas, era bastante desastre para las finanzas.

—Quizá se abrió una cuenta en Turín una vez separados —sugirió Renzo—. Aunque estas suelen tener más dígitos... Pero, dime, Borislav, ¿por qué presupones que se trata de algo referente a un banco? ¿No será una de tus sorprendentes videncias?

—Podríamos llamarlo así, pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es de que, si damos con esa caja, cuenta o apartado de correos, encontraremos una de las claves que nos ayudarán a localizar lo que buscamos.

—De todas maneras —dije yo—, no tenemos más remedio que reunirnos con Di Pietro y Freiherr. No podemos descubrirnos tan fácilmente, es más, me gustaría saber en qué lugar de la investigación se encuentran, solo así sabremos si les llevamos ventaja.

—Esto no es más que un galimatías —apuntó Renzo—. Por lo que deduzco, si los gerifaltes de la TIC descubren nuestro doble juego, estamos acabados. Tal vez necesitaríamos alguna ayuda extra...

—Podéis contar conmigo —exclamó Giuseppe—. Yo podría encargarme sin problemas de averiguar si las intuiciones del «profesor» Rackoczy son ciertas.

—Puede ser peligroso, no me gustaría que... —interrumpí.

—Tonterías, que yo sepa, esos tipos todavía no me tienen fichado. Podría trabajar con total impunidad mientras vosotros les seguís el juego y averiguáis lo que saben. ¿Qué os parece?

—No se hable más, mañana podríamos partir hacia Turín. Veremos qué tienen que decirnos esos tipos —dije sin pensar.

Una vez terminamos la copa, quedamos de acuerdo para vernos al día siguiente. Invité a Giuseppe a venir a mi casa, una vez que di por finiquitado el corto duelo que me había autoimpuesto, no estaba dispuesta a alargar por más

tiempo esa farsa de viuda desconsolada. Ni que decir tiene que aceptó sin rechistar. Solo tardó lo justo para recoger el poco equipaje que había traído consigo y que todavía se hallaba en el mismo hotel de nuestros amigos.

—Por fin solos —suspiró cuando llegamos a casa—. Tenía tantas ganas de abrazarte...

No lo rechacé cuando me estrechó entre sus brazos, pero no pude disimular mi frialdad.

—¿Qué te pasa Simona?

—No sé, no he conseguido desconectar del todo. Todavía veo a toda esa gente vestida de negro, como si fueran un mal presagio.

—Yo te haré olvidar esos pájaros de mal agüero —me dijo mientras me rodeaba con sus potentes brazos, estrechándome por la cintura y empezando a besarme el cuello.

No pude más que sucumbir a su pasión. Estaba hambrienta de caricias y Giuseppe era un excelente amante, incólume a cualquier contratiempo y siempre estupendamente incorrecto. Jamás se me habría ocurrido que, en mis peores momentos, hubiera podido hacer el amor sin tener en cuenta más que mis deseos, que él era capaz de sacar a la luz. En poco tiempo había cambiado mis esquemas, mi vida en general, haciendo que perdiera el norte.

Después de dar rienda suelta a nuestros instintos, permanecimos en la cama abrazados, pero yo no podía estar ni un segundo callada, el silencio me ahogaba. En realidad sabía muy pocas cosas de Giuseppe que, hasta el momento, no había sentido necesidad de conocer. ¿Tendría familia? ¿Cómo eran sus padres? ¿Había tenido novia? ¿Estaba casado?, aunque solo el pensarlo me daba escalofríos.

—Giuseppe, ¿por qué no me cuentas algo de ti?

—¿A qué viene eso?

—No sé, simple curiosidad...

—Está bien, ¿qué quieres saber? No, no me lo digas, deja que adivine qué es lo que te preocupa... Quieres saber si he tenido otras relaciones, ¿no?

—Sí, es una de las cosas que más me intrigan de ti —le dije.

—Ya te comenté que tuve muchas pretendientes, pero nunca sentí la necesidad de formalizar mi relación con ninguna.

—No seas tan presumido.

—Es cierto, aunque, para tu tranquilidad, te diré que siempre acababan por dejarme. Les resultaba un tanto aburrido.

—No me lo puedo creer... No eres un inexperto en la cama.

—Gracias, pero esto no debía ser suficiente para ellas. Estaban más interesadas en salir a sitios bonitos, a bailar y todo eso.

—Entonces, no te gusta bailar...

—Yo no he dicho eso. Digamos que mis aficiones iban por otros derroteros. Ya has visto cómo transcurre mi tiempo entre libros.

—¿Solo libros?

—Fundamentalmente, aunque también me gusta salir a cenar en buena compañía y me apasionan los temas de misterio. Creo que por eso he acabado por unirme a vosotros. Es como poner en práctica todas las cosas que he ido aprendiendo con las lecturas.

—¿Entonces es eso?

—No, tú también has influido y mucho. Es como si me hubiera tocado la lotería cuando te desmayaste en aquel restaurante. Eres una mujer bellísima, excitante y...

—Sigue, no te cortes.

—Y misteriosa.

—Por un momento temí que dijeras que excesivamente mayor para ti.

—¿Tienes algún problema con la edad?

—Yo no, ¿y tú?

Me contestó con un apasionado beso, para que me quedara claro la absoluta tontería que acababa de preguntar.

CAPÍTULO 13

A primera hora salimos hacia Turín, nos esperaba la apasionante resolución del misterio que había estado rodeando nuestras vidas en las últimas semanas. Quizá estábamos acercándonos al borde de un precipicio demasiado insondable pero, de alguna manera, a todos nos parecía excitante. Sin duda, jamás olvidaríamos este episodio.

El viaje nos dio el tiempo suficiente para organizarnos. Era preciso no dar un paso en falso y quedamos de acuerdo para repartirnos los papeles: Rackoczy nos convenció para que Renzo y yo fuéramos a la reunión con Freiherr, mientras él y Giuseppe acudían al banco.

—Por cierto, querida, ¿no tendrás una idea de por qué entidad podríamos comenzar? —me preguntó Rackoczy.

—No sé, tal vez por la misma donde tuvimos nuestra cuenta, quizá seguía confiando en el Sanpaolo. De todas maneras, ¿cómo conseguiréis burlar la seguridad si os piden cualquier tipo de documentación?

—No te preocupes por los detalles, creo que sabremos arreglárnoslas solos. Tienes que confiar en mis «poderes», a pesar de que no me tomes demasiado en serio.

Me sentí nuevamente descubierta. Estaba claro que mi mente resultaba un libro abierto tanto para Borislav como para Giuseppe y eso me hacía sentir casi desnuda. Solo esperaba que esa extraña capacidad que compartían, no fuera también una de las escasas cualidades que adornaban a Freiherr.

Nada más alcanzar el centro de la ciudad, dejamos a nuestros videntes particulares para que comenzaran sus pesquisas, mientras, Renzo y yo nos dirigimos a la sede de la TIC.

Aquella corporación parecía un negocio de *atrezzo*, nunca había gente haciendo pasillo y siempre parecían estar esperándonos, incluso si llegábamos sin avisar como aquella vez. Una vez más, la «Barbie», muy amablemente, nos hizo pasar al despacho del director. Esperábamos encontrarnos con Di Pietro pero, sorprendentemente, no había nadie. Nos invitó a tomar asiento mientras nos servía una taza de café en aquellas tazas tan finas. Renzo y yo nos miramos

confundidos, esperando alguna entrada triunfal, pero quien hizo las veces de anfitrión fue el execrable Freiherr, que nos recibió con su detestable sonrisa.

—Bienvenidos. No esperaba que acudieran tan precipitadamente, rompiendo el duelo tan pronto, pero ya que están aquí... —Se paró y haciendo un teatral barrido con la vista a nuestro alrededor, continuó—. Aunque veo que no han venido todos.

—El profesor Rackoczy ha tenido que ausentarse por motivos personales —contestó Renzo.

—Ese testarudo serbio... Nunca está cuando más se le necesita —masculló en voz alta para que le oyéramos.

—Está bien, señor Freiherr, no hemos venido aquí para tomar el té —dije harta de aquel juego florentino de dimes y diretes—. ¿Qué espera de nosotros? Le ruego que sea claro.

—Querida doctora, cuando se les convocó, se les pidió, aparte de sus valoraciones sobre la importancia artística de San Donato, que buscaran indicios que nos pusieran sobre la pista de la desaparecida Biblioteca Negra. Específicamente, fue a usted a quien se le hizo tal encargo.

—No hallamos nada en aquella iglesia... —respondí.

—Es usted la que no está siendo sincera conmigo. Se lo preguntaré de otro modo, ¿ocultó conscientemente a sus compañeros algún detalle encontrado en la cripta de San Donato que hubiera podido cambiar el curso de las investigaciones?

Era evidente que conocía la historia y hubiera sido un error ocultarlo, es más, estaba harta y le provoqué deliberadamente para poner las cartas boca arriba.

—No nos andemos con rodeos... Ya tienen el diario de Carlotta, yo mismo se lo entregué a alguno de sus esbirros. Fue un precio muy alto el que tuvo que pagar Francesco por mi terrible error.

—¡Por Dios, Simona! —Renzo me pidió que me callara para evitar que la conversación fuera a mayores, pero yo ya estaba desbocada.

—Déjela que diga lo que quiera, profesor. Tal vez va siendo hora de poner fin a esta historia.

Renzo y yo nos volvimos a mirar, esta vez asustados. Aquellas palabras sonaban a amenaza y estaba claro que teníamos las de perder.

—Está en lo cierto, doctora —prosiguió Freiherr—. Tenemos el diario pero, como usted sabrá muy bien, en él no hay ninguna pista que nos conduzca a los libros, las páginas interesantes fueron convenientemente arrancadas. En lo único que se equivoca es en lo referente a Francesco. Él siempre estuvo de nuestro lado.

—¡Miente! —dije enfadada.

—Comprendo su sorpresa, pero los hechos son irrefutables. Fue él quien insistió para que usted se uniera a nosotros, nos convenció de que era la persona idónea, incluso concibió la historia del secuestro para recuperar el diario cuando supimos que estaba en su poder... ¿Sorprendida?, pues no es todo. Gracias a la «debilidad» de Francesco, que usted sabrá muy bien, pues le costó su matrimonio, pudimos hacernos con sus servicios. Fue difícil convencerlo, pero el magnetismo personal de Di Pietro hizo el resto.

—Entonces, ¿él no es el director de este «chiringuito»? ¡Menuda sorpresa! Imagino que la estupenda «Barbie» que tienen en la puerta tampoco será secretaria.

—Andrea es un excelente actor que consiguió volver loco a su marido. Hubiera hecho cualquier cosa que le pidiera...

—¡Haga usted el favor! —volvió a interrumpir Renzo—. Encuentro innecesario manchar el buen nombre del profesor Prato. No hace ni veinticuatro horas que...

—Tiene razón —dijo Freiherr—. Esta no es la cuestión, lo importante es que nosotros siempre hemos controlado el juego y el profesor Prato era una parte importante del mismo.

—No lo creo. Estoy convencida de que, en el último minuto, se arrepintió de lo que había hecho, así me lo dijo con su último suspiro.

—Patético, simplemente patético, aunque comprendo que usted lo interpretara de esa manera.

—¿Cómo está tan seguro de eso?

—Porque todo estaba preparado hasta el último detalle... Claro está, menos lo de su muerte. No estaba en el guión, aunque era estrictamente necesario para nuestros planes.

—No se saldrá con la suya, ¡canalla! Se lo impediremos.

—Tal vez, aunque, seguramente, a estas horas nuestro querido y sensitivo

Rackoczy esté husmeando en algún banco de la ciudad en busca de alguna caja fuerte.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Nos tomamos la licencia de poner algo en el bolsillo de Francesco antes de dejarle ir... Sabíamos que, con la ayuda del serbio, acabarían por picar el anzuelo.

—¿Con qué motivo? Ni siquiera ustedes saben dónde se encuentran los malditos libros... ¿Qué hay en esa caja que resulte tan revelador?

—Después del fracaso de San Donato, hubo que desempolvar el plan B. Ahora tenemos la convicción de que la Biblioteca Negra nunca se movió de Turín. Se trata de los planos del subsuelo turinés. Es un entramado imposible de descifrar para legos en la materia y confío plenamente en los poderes de ese vidente, aunque haya resultado un perfecto traidor.

—Va listo si se cree que les va a ayudar. Usted no lo conoce.

—Es posible, pero quizá lo haga su «amiguito», ese joven librero que la corteja últimamente...

—¡Ni se le ocurra hacerle nada a Giuseppe! Él no tiene nada que ver con esto —dije furiosa.

—Tiene razón, no tiene nada que ver en esta historia, aunque él solito se haya metido en ella. El amor es mal consejero, nos hace olvidar los riesgos. En fin, tal vez gracias a su arrojo nos haga el servicio más importante... y sin tenerlo en nómina, es curioso.

Mientras disfrutaba viéndonos a su merced, encendió uno de sus característicos cartoncillos de Papel de Armenia. Pronto se elevó por encima de él, el humillo que perfumó el ambiente enrarecido del despacho.

*

Giuseppe y Rackoczy habían recorrido dos sucursales del Sanpaolo antes de entrar en una del centro. A pesar de sus poderes, Borislav se veía incapaz de intuir nada y lo achacó a las «interferencias» que provenían de un supuesto lado oscuro que no supo o no quiso definir a un despreocupado Giuseppe, que estaba convencido de poder acceder hasta las cajas de seguridad sin más

credenciales que su encanto personal.

Una excusa tan trivial como haber olvidado la documentación mientras enseñaba la llave y repetía el número de la caja, el 1556, bastó para que un empleado les acompañara hasta la sala donde se custodiaban, mientras les vigilaba desde fuera gracias a las cámaras de seguridad.

—Vamos a ver qué tesoros guardaba el tal Francesco... —dijo Giuseppe mientras introducía el llavín en la cerradura.

Tras la apertura, una sorpresa: no eran más que papeles.

—¿Qué es esto? —se preguntó.

—Son una especie de planos —contestó Rackoczy al desplegarlos—. Parece el diseño de una serie de túneles que atravesarían el centro de Turín.

—De ser así, no reconozco los nombres de las calles que figuran escritos en ellos.

—Eso es porque el callejero ha ido variando desde que se confeccionaron.

—¿Y qué sentido tiene? ¿Qué hay en el subsuelo de Turín?

—Lo que buscamos, querido Giuseppe, lo que buscamos.

Era complicado orientarse, pero mucho más la manera de acceder a esa ciudad alternativa que se abría bajo sus pies. ¿Cuál era la puerta de entrada? Se mantuvieron en silencio durante unos minutos, observando absortos aquel plano mientras sus pensamientos se transportaban a esa red de túneles intentando descifrar el enigma. Por fin, Giuseppe pareció recibir la inspiración cuando despertó a Rackoczy de su ensimismamiento, incapaz de tener una «intuición» decente.

—El Ayuntamiento...

—¿Qué?

—El Ayuntamiento. Este punto de aquí es el Ayuntamiento, estoy seguro.

—¿Qué le hace suponer que deberíamos empezar por allí?

—No lo sé. Es como sí... Bueno, ¿qué más da? Por algún sitio hay que empezar y tengo un amigo que trabaja allí. Hace algún tiempo me permitió bajar a una especie de almacenes que tienen en el sótano. Solo había trastos, suciedad y una montaña de libros viejos sin interés aparente. Pensó que me podían interesar. La mayoría eran libros de legislación ya caducada, pero conseguí alguna que otra primera edición de literatura de principios del siglo XX, que debieron despistarse del despacho de algún gerifalte.

—Al grano, Giuseppe, al grano. Sospecho que no tenemos demasiado tiempo para encontrar lo que buscamos.

—Tiene razón. El caso es que, en aquel almacén, había varias puertas. Al preguntar por ellas, mi amigo me dijo, un tanto misterioso, que eran entradas a las antiguas catacumbas de la ciudad. Por supuesto no le creí, aunque me aseguró que jamás las había visto abiertas en todo el tiempo que trabajaba allí. Si quiere, podemos hacerle una visita con la excusa de recoger algún material para mi tienda.

—Pongámonos en marcha —dijo Rackoczy, casi sin dejarle colocar la caja de seguridad en su sitio.

Al salir, se despidieron del empleado, que los miró de arriba abajo como si hubieran robado todos los valores del banco y apresuraron el paso hasta plantificarse en el vestíbulo del Ayuntamiento.

Preguntaron por Davide, toda una institución allí. Tenía más de sesenta años y llevaba toda la vida como jefe de mantenimiento del edificio comunal. Valía para un roto y un descosido y, entre otros cometidos, se encargaba de vaciar los despachos de todos aquellos trastos que sus ocupantes ya no querían. Tuvieron que esperar un buen rato, era la hora del almuerzo. Del almuerzo, del pitillo y del café entre páginas de algún diario deportivo. Por fin apareció por una pequeña puerta cargado con sus herramientas de trabajo: una riñonera repleta de destornilladores y unas gafas sucias colgadas de un cordón.

—Giuseppe, ¿qué haces por aquí? —exclamó sorprendido al verlo.

—Ya ves... Me estoy quedando sin existencias y he venido a ver si encuentro algún libro interesante, de esos que guardas en el sótano, ya sabes...

—Me parece que no hay gran cosa, pero hace una semana bajé un montón de trastos. Es posible que haya algo que te pueda ser útil.

—Vamos pues.

—Oye, ahora tengo mucho trabajo ¿Te importaría bajar solo? Ya sabes dónde está. Cuando termines, solo tienes que cerrar y puedes salir por la puerta de servicio. No es preciso pasar por aquí cargado, ya sabes que después la gente hace preguntas y...

—No te preocupes, además, he traído refuerzos. Te presento a Borislav, un viejo amigo mío que también se dedica al negocio de los libros, él me

ayudará.

—Encantado. Espero que no os manchéis mucho; allí abajo hay de todo menos dinero. Que os aproveche.

No se lo pensaron dos veces, se dirigieron hacia la escalera que llevaba a los sótanos y nadie, de los pocos que se cruzaron, reparó en su presencia, acostumbrados al ir y venir de gente por el edificio. Una vez allí, apartaron unas viejas estanterías que taponaban el acceso a la puerta que, supuestamente, daba acceso a la red de túneles. Como sospechaban, estaba cerrada a cal y canto, quizá llevara siglos sin abrirse y no tenían la menor idea de cómo forzar la cerradura. Rackoczy apartó a Giuseppe, ante su falta de capacidad para abrirla y se puso delante de ella como si fuera a hurgar con una ganzúa. Después de unos minutos se obró el milagro. La puerta quedaba franca y entre los dos movieron la hoja entre chirridos metálicos que helaban la sangre.

*

—¿Qué se supone que van a hacer con nosotros? ¿Qué somos? ¿Sus rehenes? —pregunté a un Freiherr que parecía haberse «chutado» tras esnifar los vapores del Papel de Armenia.

—Considérense mis invitados, es más elegante. Detesto los melodramas y las palabras grandilocuentes.

—Ya que vamos a ser sus huéspedes a la fuerza, contésteme a una pregunta —intervino Renzo.

—Adelante, profesor. Contestaré con sumo placer a todas sus dudas.

—Si ha sido usted quien les ha suministrado el plano. ¿No teme que descubran los libros y se queden con ellos?

—Buena pregunta, pero lo tenemos todo controlado. Nos costó mucho poder camuflar convenientemente un pequeño localizador en un doblez del plano pero, gracias a él, sabremos en todo momento dónde se encuentran. En estos momentos... están en el Ayuntamiento —aseveró mientras comprobaba en un pequeño dispositivo electrónico la señal que mandaba el chip.

—Entonces, ¿por qué nos necesitan a nosotros para esto? Le hubiera bastado con mandar a alguno de sus secuaces para hacer el trabajo sucio.

—Tiene razón, doctora Prato. Lamentablemente, ninguno de mis hombres tiene la capacidad ni la intuición de Rackoczy ni, al parecer, la de su nuevo amigo, o tal vez debería llamar novio... Durante años hemos estado intentándolo. Se ha invertido mucho dinero y, hasta ahora, todo ha sido en vano. La cosa cambió cuando contactamos con Rackoczy. Vino a ofrecerse, prometiéndonos resultados. Al principio desconfiamos, ya habíamos tenido experiencias con otros farsantes de medio pelo, pero pronto empezamos a obtener resultados, acercándonos cada vez más a la resolución del hallazgo. Fue sorprendente, parecía saberlo todo acerca de Carlotta de Landereel y las circunstancias en las que se reunió la Biblioteca Negra. Supusimos que la hallaríamos en la cripta de San Donato, pero no fue así, como ya sabe. Cuando halló el diario, todo se precipitó, tuvimos que improvisar.

—¿Cómo supieron que me lo había llevado?

—No resultó difícil, solo consiste en tener ojos en todos los rincones.

—¿Los dueños del hostel?

—Sí y una conversación que tuvo con Rackoczy. Afortunadamente, Francesco pudo oírlo todo y rápidamente nos pusimos manos a la obra. La subestimamos cuando entramos en la habitación de su hotel. Al no hallar el diario, se nos ocurrió lo de la desaparición de su ex marido, mejor dicho, se le ocurrió a él, como le dije. Sabíamos que, aunque su relación no pasaba por el mejor momento, haría lo que fuese por rescatarlo.

—¿Por qué tuvieron que matarlo si formaba parte de su organización? Bastaba con haberme eliminado a mí...

—La verdad es que fue una lástima. Ya le he dicho que tuvimos que improvisar. Pensé, llámelo intuición, que usted nos sería de mayor utilidad que su difunto marido. Francesco estaba excesivamente interesado en los frescos de la abadía y en otras cosas que hubieran podido distraerle de su cometido. En cambio, una mujer de su coraje intentaría llegar al fin del asunto para hallar respuestas. Creo que fue una buena elección.

—Bien, creo que ya se ha reído lo suficiente de mí, pero sepa que, viniendo de usted, no me afecta lo más mínimo. Lo que verdaderamente me tiene intrigada es saber para qué demonios necesitan esos libros.

—No creo que usted pudiera entenderlo.

—No me infravalore, señor Freiherr. Después de haber conocido a Rackoczy, estoy en disposición de aceptar cualquier idea, por extravagante

que pudiera parecer.

—Está bien, doctora Prato. Para comprender nuestras pretensiones, tenemos que retrotraernos a un tiempo no demasiado lejano.

—¿A la época nazi? —sugirió Renzo, anticipándose a lo que iba a decir Freiherr.

—Muy agudo, profesor. Efectivamente, todo comenzó en los albores del III Reich. Antes de la guerra, se abrió un maravilloso mundo de posibilidades: florecieron los estudios parapsicológicos al amparo de ciertas sociedades, pero también la ciencia sufrió un impulso notable, abriendo nuevos caminos que el academicismo caduco de entonces tildaba de descabellados. La arqueología consiguió pruebas de extintas civilizaciones que superaban en tecnología a la nuestra y toda la maquinaria se puso en marcha en una simbiosis de disciplinas con el fin de colocar a Alemania a la cabeza de las naciones desarrolladas. La guerra y la propaganda maliciosa de los vencedores, dieron al traste con todo, robando nuestros científicos más destacados y desechando proyectos que no encajaban en las obtusas mentes de americanos y soviéticos.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué hay en esos libros que buscan con tanto afán?

—No tan deprisa, doctora, no tan deprisa... De entre todos, hubo un proyecto que, al parecer, sí se llevó a cabo o, al menos, se invirtieron en él ingentes cantidades de dinero. Se trataba del «Proyecto Vril», una especie de colonia subterránea ubicada en la Antártida. Allí se habría desarrollado una sociedad al amparo de un clima inhóspito. Algunos elegidos habrían huido del desastre de la guerra con todos los secretos que no pudieron robar los aliados y que les habrían permitido sobrevivir todo este tiempo en el más absoluto sigilo. No era una época propicia para el resurgir de una ideología tan vilipendiada y manipulada.

—Ahora nos dirá que los nazis fueron una especie de ONG —apostilló Renzo.

—El humor negro no es uno de sus fuertes, querido profesor. Por supuesto no fueron unas ursulinas, aunque si se hubieran llevado a cabo todas sus ideales, tal vez el mundo hubiera sido mucho mejor de lo que lo conocemos.

—Permítame dudarle. De todas maneras, sigue sin contestar a la pregunta de mi querida colega, la doctora Prato, y la relación de los libros con todo lo

que nos está contando.

—Lo siento, tiene usted razón, profesor. La utilidad de la biblioteca, aunque pueda parecerles del todo espuria, es permitirnos contactar con esa sociedad perdida bajo la inmensa capa de hielo antártico. Mediante los rituales adecuados y con los elementos idóneos, estamos seguros de poder contactar con los espíritus de aquellos que nos precedieron y a los que estamos conectados espiritualmente. Ellos nos darán las claves para poder rescatar la tecnología oculta y quién sabe si reunir también el más poderoso ejército de la tierra, que nos permita reinstaurar el antiguo orden.

—¿Un ejército de espectros? Es lo más absurdo que he escuchado jamás.

—Ríase si quiere, doctora Prato. No hay cosa que más me guste que sorprender a mis invitados. Me caen bien y quizá les permita observar en directo alguno esos «disparatados» sortilegios.

—¿Antes de matarnos?

—Por favor... No es necesario hablar de cosas tan desagradables. Su tendencia al dramatismo no tiene parangón, querida doctora.

El ambiente se había enrarecido tanto que hasta se podía cortar, solo las florituras lingüísticas de Freiherr aliviaban la tensión, pero la conversación ya no daba para más y las noticias sobre Rackoczy y Giuseppe se hacían esperar. No sabíamos qué clase de control ejercía sobre nuestros compañeros, pero no soltaba prenda de cuál era su situación en el subsuelo. Renzo que, normalmente, era parco en palabras y no solía exteriorizar sus sentimientos, se mostró inquieto y no pudo reprimir su curiosidad, preguntando por ellos sin dejar la sorna que le caracterizaba.

—Veo que sus dispositivos no dan señal alguna. Hace rato que no veo parpadear las luces en su monitor, quizá han encontrado sus estúpidas reliquias y se han fugado con ellas.

Freiherr giró instintivamente su cabeza para controlar el aparato y lo tomó entre sus manos para comprobar su funcionamiento. En efecto, hacía demasiado tiempo que aquel chisme no parpadeaba, indicando que no había movimiento aparente. Yo también comencé a ponerme nerviosa, lo reconozco. No sabía si aquello era bueno o malo y me hacía albergar los peores temores. El austríaco se levantó sin decir nada, desapareciendo por la puerta situada en un lateral del despacho. Nosotros no osamos decir nada, comprendimos enseguida que algo pasaba y permanecemos sentados a la espera de

acontecimientos. ¿Qué estaría sucediendo?

*

Rackoczy y Giuseppe habían avanzado durante bastantes minutos por todo un entramado de túneles, algunos de los cuales delataban su antigüedad. Zonas de sillares romanos daban paso a otras mucho más toscas donde se notaban las huellas de la piqueta en la descarnada tierra que exudaba la humedad en forma de pequeñas gotitas. El ambiente era fresco y a la vez angustioso por la falta de oxígeno. Apenas se podían ver unos escasos palmos de túnel, iluminado por las exiguas luces de las linternas y todavía no habían alcanzado alguna zona lo suficientemente amplia para poder incorporarse del todo, abandonando esa actitud penitente para salvaguardar sus cabezas.

—Habremos andado un kilómetro y todavía no hemos encontrado nada — dijo Giuseppe, que iba abriendo el camino oscuro y estrecho—. ¿No nos habremos equivocado?

—Es posible, querido amigo. En estas circunstancias, he de decir que me veo incapaz de adivinar dónde se encuentra lo que buscamos.

—Es extraño... Simona me dijo que usted era un reputado vidente. En realidad no sé cómo debería llamarle.

—Cualquier apelativo podría valerme. Este tipo de ciencia no necesita de títulos, ni tan siquiera estoy seguro de que funcione siempre. Es un don que se ofrece en la mayoría de ocasiones pero, en otras como esta, ya ves...

—Simona también me conto que...

—Veo que no hay secretos entre vosotros. Imagino de lo que se trata y quiero que sepas una cosa: a pesar de todo el tiempo que tengo vivido, todavía se me hace difícil hablar de ello, pero te diré que es absolutamente cierto. Quizá algún día podamos tener una conversación como es debido.

—Discúlpeme si le he importunado, no quería...

—No pasa nada, pero ahora tenemos algo más importante entre manos. Si te parece, podemos continuar.

Tan solo pudieron avanzar unos cuantos metros más. De pronto, un derrumbe les cortó el paso, un talud de cascotes y tierra cegaba el túnel. Por

su apariencia no era reciente. Estaba lo suficientemente compactado como para suponer que llevaba décadas, incluso siglos, impidiendo el uso de aquel pasadizo. Aquello los desmoralizó por completo. Parecía demasiado fácil para ser verdad. Estuvieron un rato sentados sin decir nada, como esperando a que se abriese alguna puerta en la roca viva que les permitiera continuar, pero no sucedió nada de eso. Era hora de volver.

—¿Regresamos? —sugirió Rackoczy.

—¿Y ya está?

—Vamos, Giuseppe... Esto no ha sido más que un contratiempo. Seguro que hay más túneles esperando que los recorramos en busca del «tesoro».

Volvieron por sus pasos y cuando estaban alcanzando el sótano del Ayuntamiento, Rackoczy paró en seco, llevándose las manos a sus sienes. Durante unos segundos, pareció estremecerse de dolor, como si sujetara su cabeza para que no le estallara.

—¿Le sucede algo, profesor?

—No, no es nada... ¡Qué estúpido he sido! —exclamó dándose pequeños golpes en la cabeza—. ¿Y yo me hago llamar vidente? ¡Menudo fiasco!

—¿Qué pasa? ¿Por qué dice eso? Hace unos minutos parecía no darle importancia y...

—No, no es eso... Simona, Renzo. ¡Están en peligro!

—¿Qué? ¿Cómo sabe eso? Menuda pregunta más tonta ¿Ha tenido una de sus visiones?

—Por favor, dame el mapa.

Giuseppe le pasó el plano mientras Rackoczy recorrió con sus pulgares todos sus recovecos en busca de algo que no alcanzaba a comprender.

—Ese maldito nazi nos la ha vuelto a jugar... Debí intuir que esto no sería tan fácil. ¡Soy un imbécil! Con la edad estoy perdiendo facultades o es esta maldita ciudad que me impide pensar con claridad.

Rackoczy arrancó de uno de los laterales el disimulado chip que le permitía conocer a Freiherr todos sus movimientos. Se lo mostró a Giuseppe, que lo observó con incredulidad, mientras empezaba a ser consciente de la trampa en la que habían caído.

—Hay que ver lo sofisticados que se han vuelto... Ni en un millón de años hubiera reparado en esta cosa, pero dígame, ¿por qué ha dicho que Simona

estaba en peligro?

—A estas horas estaban citados con Freiherr. La incontinencia verbal de su novia y la falta de tacto de Renzo pueden haberlos puesto en un aprieto. Para ser un buen jugador de póker, hay que guardarse siempre un as en la manga.

—La verdad es que no le entiendo, pero no podemos permanecer más tiempo aquí. Tenemos que ir a buscarles.

—No tan deprisa. Si no aparecemos con algo tangible que interese a Freiherr, creo que dejaremos de serles útiles, ¿comprendes?

—Creo que sí pero, ¿qué podemos ofrecerles? Hemos fracasado en el intento de encontrar el camino que nos lleve a los libros.

—Piensa, querido Giuseppe, piensa... Tú eres de aquí, un turinés. ¿Dónde esconderías algo para que nunca pudiera ser encontrado?

—No lo sé... Necesitaría salir de aquí. Estar encerrado bajo tierra no facilita las cosas. Además, ¿no es usted el vidente? ¿Por qué le resulta tan difícil dar con esas cosas?

—Salgamos de aquí. Tienes razón, bajo tierra se hace más difícil pensar.

Cuando lograron salir del túnel, el aire del sótano del palacio comunal les pareció una bocanada de aire fresco. Intentaron sacudirse el polvo que se había incrustado en su ropa al rozar las paredes del pasadizo y salieron de allí de igual manera que habían entrado, con disimulo.

Por fin la calle, el tráfico infernal, la gente de aquí para allá y eso les pareció maravilloso, diáfano. Hacía frío, pero aun así decidieron sentarse en una terraza próxima para tomar un café. Por nada del mundo se hubieran metido dentro de un local, necesitaban respirar, pensar con claridad.

—Hace un rato me has hecho una pregunta... —contestó Rackoczy sin que Giuseppe le interpelase—. Bien, voy a serte sincero. He recorrido muchas ciudades y en casi todas ellas, especialmente en París, he podido desarrollar mis dotes como psíquico sin ningún tipo de problemas. Como sabrás, Turín es el vértice de los triángulos de la magia: la blanca y la negra. No quisiera aburrirte contándote los entresijos de lo que esto supone pero, resumiendo, te diré que es en el único sitio donde mis habilidades no funcionan al cien por cien. Dicho de otro modo, no tengo más poder del que tú parece tener.

—¿Poder? ¿Yo?

—Créeme. No lo digo por halagarte, pero te he estado observando y tienes

capacidades que tú ignoras, no sé si voluntaria o involuntariamente, pero si hay alguien que pueda sacarnos del atolladero en el que estamos, ese eres tú. No pienses que has llegado a la vida de Simona por casualidad. El destino se encarga de buscar soluciones allá donde están, solo hay que pedir que aparezcan, aunque sean del todo inverosímiles.

—Está bien... Supongamos que tiene razón y yo también soy una especie de «vidente». ¿Cómo se supone que funciona esto?

—Es más sencillo de lo que parece. No necesitas concentrarte de una manera especial, ni dejar la mente en blanco. ¡Menudas bobadas! Solo tienes que relajarte y dejar fluir tus pensamientos. No deseches ninguno, quizá el primero de ellos, por disparatado que pueda parecer, es el que vale. Normalmente, la razón hace que descartemos las corazonadas, las intuiciones, como un producto fallido de nuestra mente. Es un error. Con el tiempo se aprende a dominar esos pálpitos y a saber reconocerlos como videncias.

—Está bien, lo intentaré...

—No lo intentes, ¡hazlo! Piensa en lo que necesitamos, dónde podemos hallarlo y todo lo que nos ha traído hasta aquí: datos, fechas, números... Todo sirve.

Rackoczy dejó que Giuseppe se concentrará y ya no habló más. Permitted que se dejara imbuir del ruido del ambiente, del sonido de los clientes de la terraza, de los coches y la gente que paseaba alrededor, hasta que estos desaparecieron, dejando paso a los pensamientos que le hablaban desde su interior.

Uno de los camareros se acercó para preguntar si deseaban algo más, pero Borislav le impidió que se aproximara con un certero movimiento de la mano. La verdad es que la imagen que proyectaban era de lo más extraña, dos hombres callados frente a sendas tazas de café vacías. Parecían dos figuras de cera inertes y así estuvieron un largo rato hasta que Rackoczy despertó a Giuseppe de su aparente letargo con un chasquido de dedos.

—Giuseppe, Giuseppe... Vuelve —le dijo en voz baja, mientras él, aturdido, todavía no había despegado la vista del café—. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí... Ahora vamos a buscar a Simona y al profesor Renzo.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo.

CAPÍTULO 14

No habían hablado ni una sola palabra, pero Rackoczy estaba convencido de que Giuseppe no iba a defraudarles. Solo había que mirarle a la cara para intuir que algo sabía, algo que iba a dar un vuelco a la historia.

Se pusieron en camino, pero Borislav detuvo el ímpetu de su compañero.

—Espera un momento, no conviene precipitarse.

—Pero si ha dicho hace un momento que estaban en peligro... No podemos demorarnos.

—Tranquilo, agotarán hasta el último recurso antes de hacerles nada, saben que nos necesitan. Si es verdad que tienes la solución a este misterio, esperaran hasta hablar con nosotros antes de hacer nada. Ahora, permíteme un instante para que suba a mi hotel. Tengo que hacer una cosa antes de encontrarnos con esos tipos.

—¿Algún tipo de hechizo, quizá?

—Puedes llamarlo así. Por favor, espérame aquí. No voy a tardar mucho tiempo.

Rackoczy resultaba misterioso pero, afortunadamente, parecía estar del lado de los buenos, así al menos lo pensaba Giuseppe, que dejó de cuestionarse sus extrañas actitudes. Comenzaba a comprender que todas las cosas tenían un porqué y que nada pasaba por casualidad. Había comprobado en sus propias carnes, toda la magia de la que es capaz el ser humano y que siempre rechaza por un cierto desapego a lo que se aparta de la razón.

Al cabo de unos minutos regresó Borislav como si tal cosa. Aparentemente no había nada raro en él. Llevaba la misma ropa y no parecía haber tomado nada consigo. Giuseppe tampoco preguntó y juntos se encaminaron decididos hasta la Corporación.

Nadie les recibió a su llegada, la «Barbie» ya había cumplido con su cometido y la puerta estaba abierta. No les extrañó, aunque intuían que, a pesar de la aparente falta de seguridad, todo estaba perfectamente controlado. Accedieron sin pensarlo hasta el despacho del director, encontrando a sus amigos sentados ante una mesa vacía.

*

—¡Simona! —exclamó Giuseppe mientras se abalanzaba para abrazarme.

—Tenía tanto miedo... —le dije mientras dejé que me estrujara para sentirme mejor—. Las cosas se han puesto feas. Todo ha sido una trampa.

—Lo sé... No te preocupes.

Renzo también se levantó para abrazar a Rackoczy. En otra ocasión solo hubiera sido necesario un apretón de manos, pero aquella situación había convertido en íntimos, colegas de ramas tan dispares.

Después del ansiado reencuentro nos quedamos callados. Miramos a nuestro alrededor, esperando la entrada triunfal de Freiherr, que se hacía esperar. Estábamos tensos al intuir que el desenlace estaba cerca, quizá demasiado y, yo al menos, no albergaba ninguna esperanza de que el resultado fuera bueno. No sabía qué había sucedido, ni si Giuseppe y ese endiablado Rackoczy habían conseguido encontrar algo, pero aquel maldito nazi había decidido que era mejor mantener la tensión, dilatando su vuelta al despacho. Estaba a punto de levantarme, pero Giuseppe puso su mano sobre mi hombro para que no me moviera. Enseguida noté que estaba sereno, seguro de sí mismo y me transmitió calma mientras acariciaba levemente mi cuello.

Por fin entró Freiherr, hecho un mar de amabilidades, con su falsa sonrisa y exhibiendo su insultante dentadura blanca. No se sorprendió de que estuviéramos todos reunidos ante su omnímoda persona, seguro de que dominaba perfectamente la situación. Como era su costumbre y antes de pronunciar palabra alguna, encendió una de las últimas tiras de su cuadernillo de Papel de Armenia y tras salir las primeras volutas de humo, se dirigió a nosotros.

—Vaya, vaya... Por primera vez el grupo reunido al completo y con la nueva incorporación del señor Verdi... Bienvenido a este singular equipo. Por favor, pónganse cómodos y sírvanse lo que quieran.

—¿Podemos dejarnos de filigranas, Freiherr? —le interrumpí. Me desquiciaba su manera de hablar.

—Claro, claro, doctora. De hecho, estoy deseando que sus colegas me informen de cómo ha sido su pequeña peripecia por el subsuelo turinés. ¿Han descubierto algo interesante?

—Ya sabe usted que no, aunque solo ha mediado una cuestión de azar que no hayamos podido continuar nuestro camino. Un inoportuno derrumbe nos lo impidió, pero estoy seguro de que si seguimos otra ruta...

—«No mandé mis barcos a luchar contra los elementos...», dijo el rey Felipe de España al enterarse de que su famosa Armada había sido desarbolada por los ingleses... Créanme si les digo que he sido muy paciente, mucho más de lo que realmente piensan. Reconozco que hemos logrado grandes avances desde que llegó usted, profesor Rackoczy, y que por algún tiempo creí que nos estábamos acercando al hallazgo definitivo, pero todo esto ha tomado un cariz... ¿Cómo lo diría? ¿Decepcionante? Sí, creo que esa es la palabra que mejor lo definiría. No tenemos todo el tiempo del mundo, ni capacidad suficiente para mantenerles a todos ustedes en «silencio». Han agotado su crédito y me temo que ya no está en mi mano poder alargar esta situación... A partir de ahora, van a ser otros quienes tomen las riendas de la búsqueda. Ya está todo hablado.

—¿Y si le dijera que sé cómo llegar hasta la Biblioteca Negra y a las Reliquias que andan buscando? —interrumpió Giuseppe.

—¡Bravo, bravo! —dijo Freiherr en tono sarcástico, mientras batía sus palmas al mismo tiempo—. Señor Verdi, reconozco que me ha sorprendido su vuelta de tuerca. No tendría precio como dramaturgo, aunque me parece que ya es del todo inútil su intento de salvar la situación.

—No del todo. Sé cómo podemos acceder a la sección correcta de los túneles, la que nos llevaría a lo que usted busca.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? ¿Quizá ha tenido una «videncia» como las de su amigo Rackoczy? Tal vez nos equivocamos de vidente. Vamos a ver, sorpréndame. Es posible que incluso pueda darles una nueva oportunidad pero, le advierto, no intente jugármela. Esta vez tiene que ser la definitiva.

—Muy bien... El profesor Rackoczy cree que es posible que yo tenga ciertas cualidades que él parece no poder desarrollar en esta ciudad. Me pidió que intentara concentrarme, que dejara fluir mis pensamientos. Pensó que, al ser de aquí, tal vez me fuera más fácil y creo que he dado con lo que buscamos.

—Y dígame, ¿le ha sido revelado por algo o por alguien? Siento curiosidad por esa recién adquirida aptitud.

—No. Al menos no lo sentí como algo revelado. Había muchas ideas que bullían en mi cabeza: los túneles, los planos, el número de la caja fuerte. Nada tenía sentido... De pronto, cada cosa comenzó a encajar como en un rompecabezas. Hasta me asusté al ver que, en el fondo, todo era más sencillo de lo que parecía. Recordé el porqué de todo esto: quién tenía interés en esconder los libros; quién tenía acceso a los tesoros ocultos de la Casa Saboya y comprendí que la clave de todo estaba en Rosa Vercellana. Después de acabar con la marquesa de Val di Verna, intentó hacer desaparecer cualquier cosa que pudiera dañarla a ella o a sus hijos. No era ajena al poder que se encerraba en ellos, por eso no se atrevió a destruirlos, simplemente los cambió de lugar. Debió ponerlos en un sitio que supiera a ciencia cierta que jamás iba a ser descubierto.

—Me imagino que sabrá qué sitio es ese, ¿no?

—La Piazza Statuto, sin lugar a dudas. Debajo del monumento del Traforo del Frejus... Esta fuente siempre se ha considerado que era una de las puertas del Infierno. Justamente fue terminada en las fechas que nos ocupan. ¡Qué mejor lugar para hacerlo! Después, la historia de la biblioteca solo sería un recuerdo, una leyenda para gente crédula.

—Veo que usted también se deja influenciar por esas bobadas para turistas ociosos... Yo también he oído lo que se dice de la figura que preside el monumento: que si se trata de Lucifer, el ángel caído o que si es una especie de genio alado de la razón suprema. En fin, toda clase de tonterías... También sé lo del vértice geodésico que se encuentra en una esquina de la plaza y que está rematado por una esfera armilar.

—Precisamente ahí es donde se hacen coincidir los dos triángulos de la magia, Rackoczy me lo dijo —aseveró mientras miraba al profesor y este asentía con la cabeza—. ¿Qué mejor sitio para esconder algo de tanto valor?

—No sé... Se trata de un sitio de sobra conocido por videntes y estafalarios de medio mundo. Siempre hay alguien merodeando por aquella plaza en busca de algún indicio sobrenatural para investigaciones de dudoso pelaje.

—Precisamente por eso... Algo tan evidente y desprestigiado al mismo tiempo sería el sitio perfecto. A nadie, en su sano juicio, se le ocurriría husmear en un sitio tan obvio. Además, como ya he dicho, la fecha de la construcción del monumento coincide en el tiempo con todos los

acontecimientos que hemos estudiado.

Estaba desconcertada, como creo que todos los que estábamos allí. No reconocí a Giuseppe. Era como si hubiera vuelto transformado de aquellos pasadizos, no obstante, parecía que aquella explicación había resultado lo suficientemente convincente para que Freiherr, a tenor de las caras que ponía, pasara de la incredulidad a una atención inusitada. No hay mayor ingenuo que aquel que desea algo con todas sus fuerzas y está dispuesto a lo que sea con tal de conseguirlo.

Volví a mirar a Giuseppe por si mis ojos me traicionaban, pero algo que no sabía explicar trascendía más allá de su rostro. Solo Rackoczy parecía comprender qué era, pero yo me asusté. No me gustaban las soluciones abracadabrantes, ni los conejos que salían de las chisteras. En realidad, nunca me gustaron aquellas cosas que no podía comprender, que se escapaban de los parámetros de lo que la mente podía procesar con raciocinio. Aparté instintivamente mi hombro de su mano y adopté una postura inverosímil sobre el sillón en el que me sentaba. No es que no me fiara de él, pero seguía observándole como si ya no formara parte de mi vida, como si fuera un extraño.

—Muy bien, señor Verdi... Supongamos que le creo y que lo que busco esté debajo del monumento del *Frejus*. ¿Cómo se supone que vamos a entrar allí sin tener que levantar media plaza o derribar la fuente?

—No hay mayor problema... Cuando tuve la «intuición», llamémosla así, recordé el número de la combinación de la caja del banco. Indudablemente estaba relacionada con la famosa inscripción que Nostradamus hizo grabar y que permaneció durante siglos en la famosa *Domus Morozzo*. Literalmente era un aviso, aunque, desde que se descubrió, todo han sido especulaciones sobre lo que podía significar. Tal vez nos estuviera advirtiendo de algo, algo que estaría sucediendo en nuestros días. Si hay alguna entrada hacia ese sitio, tiene que estar allí.

—Ya... Pero usted sabe tan bien como yo que ya no queda nada de esa tal *Domus Morozzo*. Hace tiempo que fue destruida para dar paso a una zona residencial sin ningún valor aparente.

—Eso no es del todo cierto... Tengo un amigo que vive allí y que Simona también conoce. Es el dueño de un restaurante que ambos hemos frecuentado durante su estancia en Turín.

Me quedé aturdida. No sabía qué decir. De pronto me había convertido, sin quererlo, en parte del misterio, pero no sabía absolutamente nada del dueño del restaurante. Permanecí callada y asentí para que Giuseppe siguiera aclarándonos toda aquella enrevesada historia.

—Hace tiempo, me habló de una especie de pasadizo con una pequeña portezuela que daba justo al garaje de su casa. Le dijeron que se trataba de edificación construida durante la guerra y que, por seguridad, permanecía precintada por las autoridades. No obstante, también me dijo que se rumoreaba que fue allí mismo donde se encontró la famosa inscripción de Nostradamus.

—Conjeturas, conjeturas, pero ninguna evidencia. No podemos hacer caso de todas las intuiciones que se les vayan ocurriendo. Hemos perdido mucho tiempo en este tipo de cosas, haciendo caso al primer chiflado que ha tenido una corazonada.

—No pierde nada con intentarlo. Si fracasamos, puede matarnos y dejarnos en el mismo túnel. Así nadie tendrá constancia de lo sucedido... Es una buena solución, ¿no le parece?

—Ni yo mismo lo hubiera dicho mejor —contestó Freiherr, después de meditarlo un momento.

—¿Estás loco? —contestó Renzo—. Yo no estoy dispuesto a dejarme matar así como así. ¡Faltaría más! ¡En qué mala hora me embarcaría en un proyecto tan descabellado como este!

Intenté calmar a un indignado Renzo, incapaz de comprender lo delicado de nuestra situación. Lo cogí por el brazo, evitando que se levantara e hiciera la insensatez de marcharse. Aquello hubiera significado su muerte instantánea y quién sabe si la nuestra también.

Volvimos a quedarnos en silencio, mientras Freiherr salió un momento del despacho. Quizá tenía que consultar lo que debía hacer ante el nuevo cariz que habían tomado los acontecimientos. No tuvimos que aguardar mucho tiempo, salió decidido para darnos el veredicto.

—Muy bien, queridos amigos, voy a darles su última oportunidad. Espero que no me fallen... Señor Verdi, ¿tiene que hacer alguna gestión para poder empezar?

—No tardaré demasiado. Para ello tengo que ir al restaurante y hablar con mi amigo. Necesitamos entrar por su casa, aunque no tengo ni idea de cómo

abriremos la puerta que da acceso a los túneles.

—Eso déjelo de nuestra cuenta. Ahora váyase y procure no tardar demasiado.

—¿Podría acompañarme Simona?

—Creo que está agotando su buena suerte. No pensará que voy a ser tan ingenuo para dejarla marchar con usted. Digamos que se trata de una garantía para que regrese.

—Está bien... Si me disculpan.

En aquellos momentos, sentí tambalear toda mi vida al verlo salir por la puerta. Toda la cohorte de fantasma que había conseguido aparcar durante algún tiempo, volvió a hacerse presente: mi vida, que creía tan estable y segura; Francesco con sus infidelidades: la de la cama y la que me hizo con su muerte; Giuseppe, al que apenas lograba reconocer; aquellos extraños compañeros que, a pesar de lo que tanto nos unía en aquel trance, apenas significaban algo en mi vida... Todo parecía desmoronarse y sentí que la que más había perdido en esta historia era yo.

Los minutos se hicieron interminables, incluso me atreví a encender un cigarrillo para mantener ocupadas mi manos. Era desquiciante y nadie se atrevía a decir algo. Incluso Freiherr parecía haber sucumbido al nerviosismo al haber agotado sus reservas de Papel de Armenia, la única cosa que parecía calmarle.

Por fin regresó Giuseppe. Entró en el despacho agitando un manajo de llaves que indicaba que podíamos iniciar la última etapa de nuestro periplo. No sé qué podía haberle dicho al simpático dueño del restaurante para conseguir que le dejara husmear en su casa, pero estaba segura de que, si hubiera sido yo, jamás lo hubiera permitido.

Como suele decirse, la suerte estaba echada. Cuando llegáramos allí, tal vez no volviéramos a ver la luz. No estaba demasiado claro que Freiherr, una vez conseguido lo que quería, nos dejara marchar como si tal cosa, aunque siempre cabía la posibilidad de que se mostrara magnánimo con nosotros.

Ese endiablado nazi, nunca ocultó que todo intento de acudir a la policía sería infructuoso. Yo, desde luego, no tenía ninguna intención de hacerlo. Sabía que las explicaciones sobre la muerte de Francesco no habían sido demasiado convincentes y cualquier movimiento impetuoso por mi parte podría volverse en mi contra. ¿Merecía complicar mi vida más de lo que ya

estaba? Lo único que me interesaba en ese momento era aclarar mi relación con Giuseppe si salíamos de aquello. Mi corazón me decía que lo quería, pero no me acababa de fiar. ¿Mira que si me salía con una vena mística? O peor, que al final acabara por formar parte de aquella trama como el pobre Francesco. Por el momento debía confiar en él, no me quedaba otra si quería salir viva de esto.

CAPÍTULO 15

Tomamos dos coches para acercarnos hasta *Via Lessona*. En uno subimos Giuseppe y yo con Freiherr, mientras, en el otro vehículo, dos esbirros del austríaco controlaban a Rackoczy y Renzo.

El lugar no estaba lejos. De hecho era un barrio residencial que no distaba demasiado del centro de Turín. En tiempos de Nostradamus, la *Morozzo* era una preciosa villa a las afueras. En una ciudad como aquella, en el paso alpino que permitía la entrada de cualquier potencia enemiga hacia el valle del Po, cualquier sistema que permitiera una rápida fuga o un seguro escape hacia la protección que ofrecía la urbe, tenía que estar previsto. Eso debió pensar su dueño cuando ideó un largo y bien construido sistema de túneles que la comunicaran con la capital sabauda. Así al menos nos fue explicando Giuseppe mientras nos acercábamos al principio de la calle.

Bajamos todos y entramos en el garaje de la casa, seguidos bien de cerca por los inexpresivos hombres de Freiherr. Por fin, nos hallábamos frente a la dichosa puerta que apenas se distinguía del oscuro rincón del aparcamiento. Era una hoja de hierro, tan oxidada, que parecía hecha de acero Cor-ten. Estaba allí desde antes de haber construido el edificio, pero jamás hubiéramos reparado en ella si nuestras vidas no dependieran de poder abrirla.

A un chasquido de sus dedos, los sicarios tomaron una palanqueta del coche y con unos cuantos movimientos, que sus voluminosos cuerpos nos impidieron ver, consiguieron, tras un estruendo, forzar la puerta. Luego, nos entregaron unas sencillas linternas para facilitar el paso por lo que se adivinaba un largo y oscuro pasadizo.

Nadie repartió los papeles de cómo entrar, pero todos dimos por sentado que Giuseppe debía ser el primero; parecía saberlo todo a cerca del túnel, aunque fuera la primera vez que entraba en él. Tampoco sé por qué a mí me tocó ser la segunda, pero estaba claro que ambos formábamos un «pack» indivisible. Muy de cerca me seguía Freiherr, pero en ningún momento esgrimió ningún arma que pudiera intimidarnos. Sus hombres sí las llevaban, cerrando la comitiva detrás de nuestros compañeros.

El primer descenso dio paso, tras algunos metros, a un tramo llano que

parecía no tener fin. Sin más referencia que las paredes y la persona que llevábamos delante, se hacía casi imposible determinar la distancia que habíamos recorrido. El silencio y la humedad se iban apoderando de mi ánimo y la soledad de nuestros pasos sordos solo se rompía cuando Renzo mascullaba alguna maldición que apenas se podía oír, siempre cortada a tiempo por un cauto Rackoczy, cuya emoción también pude percibir a mis espaldas.

Por fin, una zona amplia nos dio un pequeño respiro. Parecía una sala destinada a que varios caminos se bifurcasen, pero no había pasadizos contiguos. Más adelante seguía aquel camino que nos prometía la solución. Descansamos un rato, la falta de oxígeno se hacía patente y el que más parecía sufrirla era Freiherr. No hacía falta deducir que padecía algún tipo de problema respiratorio y entonces comprendí su extraña obsesión por aquellas dichosas tiras de Papel de Armenia, un antiguo remedio para aliviar los bronquios que, a pesar de su dudosa efectividad, parecía tranquilizarlo. Una tos seca y unas respiraciones más rápidas de lo normal, le recordaron que se le había terminado su suministro, pero no estaba dispuesto a dejar que se notara su desfallecimiento.

Una vez recuperados de la caminata, Freiherr nos indicó que reanudáramos la marcha en el mismo orden que íbamos. En aquel momento, Renzo no pudo reprimir su lengua y soltó una pregunta de malas maneras.

—¿Se puede saber a dónde coño va este maldito túnel? Esto parece llevar al mismísimo infierno y ya estoy harto de andar. ¿Alguien puede decirme si queda mucho?

—Tranquilo, profesor —contestó Giuseppe—, queda ya muy poco para alcanzar la Piazza Statuto.

Aquello pareció tranquilizar a todos, no solo a Renzo que, a sus años, jamás se le hubiera pasado por la cabeza vivir una aventura tan desagradable. Unos metros más y por fin nos dimos de bruces con lo que parecía una puerta que, indudablemente, también estaba cerrada.

—Otto, Fritz... —dijo Freiherr, indicando lo que debían hacer sus chicos.

Estos se adelantaron y realizaron la misma operación que con la primera puerta. No pareció costarles demasiado, solo se trataba de una puerta de madera, gruesa por otra parte que, a unos tipos tan robustos, les duró un par de minutos. Por fin estábamos en lo que debía ser el sanctasanctorum y las

linternas empezaron a moverse en todas las direcciones, como los haces de luz de un estreno hollywoodiense.

—¿Dónde están? —preguntó Freiherr indignado—. ¡Aquí no hay nada!

El austríaco, nervioso, comenzó a recorrer la estancia tocando sus paredes, que rezumaban agua por todos los lados. Parecía atisbar, incrédulo, el último desengaño.

—¡Un momento! —exclamó Rackoczy, mientras se arrodillaba sobre el suelo e intentaba limpiar lo que parecía una lápida de mármol que comenzaba a exhibirse en toda su desnuda blancura—. ¡Aquí hay algo!

—*Ipse Venena Bibas*. Otra vez esa maldita inscripción... —dijo Renzo cuando vio las letras que asomaban.

—¿Qué es esto? ¿Qué significa? —preguntó emocionado Freiherr, después de volver a confiar en que habían dado con algo.

—«Bebe de tu propio veneno». Es el mismo texto que figuraba en la supuesta tumba de Carlotta de Landerel, en San Donato.

—¿Y?

—Eso fue lo que escribió Rosa Vercellana, la esposa de Vittorio Emanuele II, cuando decidió deshacerse de Carlotta. Digamos que fue un guiño, una pequeña venganza final. Si lo que buscamos está en alguna parte, este parece ser el lugar adecuado —confirmó Rackoczy.

La cara de Freiherr pareció iluminarse al sonido de aquellas palabras, incluso creí verle babear cuando se arrodilló junto a Borislav para tocar la lápida. Volvió a pronunciar los nombres de sus gorilas, que no necesitaron más órdenes para saber qué tenían que hacer. Afortunadamente, el mármol tenía unas argollas que lo salvaron de acabar destruido por los envites de aquellos osos teutones. Tampoco les costó demasiado correrla con el consiguiente chirrido al que ya estábamos acostumbrados. Ya había perdido la cuenta de las tumbas que habíamos profanado desde que empezamos con esto.

Tras iluminar el agujero que se abría a nuestros pies, pudimos contemplar diversos arcones de madera que sin duda albergaban el tesoro. Nuevamente, los sufridos Otto y Fritz se deslizaron al fondo de aquella falsa tumba en la que cabían de pie y, con su fuerza bruta, auparon el primero de los baúles, que nosotros ayudamos a subir. Freiherr no podía esperar, tenía que ser el primero en abrirlos. ¿Cuál sería el primer misterio en ser desvelado? ¿Qué joya

brillaría primero en sus manos? Se puso manos a la obra, destrozando a golpes una endeble cerradura que saltó por los aires al primer envite de su palanca.

Allí estaba el *Libro de la Magia Sagrada de Abramelín el Mago*, el primero que tomó entre sus manos, acariciándolo como si tratara de un bebé. Tras él, fueron apareciendo el *Grimorio de San Cipriano* y el *Daemonum de praestigiis*. Todos respiramos con cierto alivio, todos menos Rackoczy, que sintió que su gran secreto se había revelado a demasiadas personas a la vez. Personas que no tenían ni idea de cómo utilizarlos o cuyos fines pervertirían su verdadera utilidad.

Yo tampoco pude resistir la tentación de tomar uno. Quería saber, de primera mano, si realmente todo aquello valía la pena, si la muerte de Francesco no fue en vano, y dejé fluir a la bibliotecaria y restauradora que había en mí. Sus ásperas páginas de pergamino, algunas de la cuales eran palimpsestos con restos de textos muchos más antiguos, se revelaron a mis ojos. Recordé cuántas veces trabajé para recuperar piezas como estas, utilizando Tintura de Giobert, y la alegría que me daba ser la primera en poder leer aquellas palabras que se creían perdidas bajo nuevos repintes y raspaduras.

A pesar de la aparente falta de cuidados, todavía se mantenían en óptimo estado, con las típicas manchas, fruto de diversos hongos que proliferan en ciertos ambientes, pero mi mente no podía ir más allá del aspecto técnico de su conservación. Quizá estaba condicionada, pero realmente no creía en su poder: listas de conjuros que debían recitarse bajo estrictas medidas y con ciertos objetos que actuaban como catalizadores.

De pronto, unos gritos procedentes del agujero y proferidos en alemán, vinieron a sacarnos de nuestra contemplación. ¿Qué habían encontrado los esbirros de Freiherr? Al final de todos aquellos arcones, se encontraban unas cajas de plomo mucho más intrigantes. ¿Serían las famosas arcas que contenían las auténticas reliquias que había insinuado Rackoczy? Todos dejamos lo que teníamos entre manos. Aquello era infinitamente más valioso y lo extraño es que nadie de nosotros le había echado cuenta antes. Después de haber visto los libros, yo al menos, estaba dispuesta a dar por verdaderos aquellos objetos y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Según Borislav, no podían existir por separado, así que estábamos a punto de ver y tocar con nuestras manos la corona de espinas, los clavos de Cristo,

la lanza, incluso la verdadera sábana que envolvió su cuerpo. Pero, ¿qué pasaría después de constatar que se trataba de los verdaderos vestigios de la crucifixión? ¿Realizaría con ellos un hechizo como había prometido? Un temor reverencial nos invadió mientras sujetábamos el arca de plomo que, sin embargo, nos pareció de lo más liviana.

Freiherr nos apartó de inmediato. Quería ser él, el único que tocara su contenido por primera vez en muchos siglos. Masculló en voz baja algunas palabras en alemán que sonaron a emoción, pero mi vista se fue instintivamente hacia Rackoczy. ¿Qué estaría sintiendo el inescrutable Borislav? Su aspecto no dejaba trascender nerviosismo, pero sabía que lo estaba pasando mal. Si su historia era verdadera, de nada habrían servido los siglos que había pasado intentando preservar todo esto para que no cayera en malas manos y que solo la búsqueda del austríaco había conseguido sacar del anonimato.

Freiherr se arrodilló para abrir el arca. Fue muy fácil, y cuando tuvo ante sí todos aquellos objetos, tuvo la tentación de tocarlos, pero la excitación del momento hizo que se desencadenara una de sus crisis asmáticas. Comenzó a toser, llevándose las manos a la garganta y sus respiraciones se hicieron entrecortadas; necesitaba su remedio.

—¿Qué le pasa, Freiherr? —preguntó Rackoczy, aparentemente calmado y frío.

El nazi no pudo contestar, preocupado por no poder soportar la situación que le sobrepasaba.

—¿No tiene a mano su Papel de Armenia? Veo que no. No se preocupe, creo que yo tengo algún librito a mano.

—Por favor... Se lo agradeceré.

—Entonces, ¿no nos matará?

—¡Qué cosas tiene, querido amigo! —dijo mientras se le iluminaba la cara al coger el librito de manos de Rackoczy—. En un momento como este, no deberíamos de hablar de esto... Hoy me siento magnánimo.

Con su último aliento y antes de encenderse una de las tiras de papel, Freiherr, colocó junto a los libros todas las reliquias que había sacado de la desvencijada arca de plomo. Encendió la primera y tomó una bocanada del primer humo balsámico que salió de ella. Por fin recobraba las fuerzas y se sentía poderoso para podernos hablar con claridad.

—Oh, amigos... Este es un día glorioso para el futuro *Reich*, que volverá a regir los destinos de Europa y del mundo. Toda mi vida se ve recompensada ahora. Por fin acaba mi búsqueda. Pronto estaremos en disposición de poner en marcha el mayor ejército que ha conocido la humanidad. Todos los secretos que conseguimos esconder en los confines de la tierra helada se pondrán a disposición de la nueva raza que está destinada a gobernar.

—¡Decididamente está chalado! —replicó Renzo, al ver los aspavientos que muy teatralmente acompañaban sus pomposas palabras.

—¿No creerá en serio que dejaremos que se salga con la suya? —añadió Giuseppe, indignado por el cariz que tomaban las cosas.

—Querido Verdi... No estropeemos este momento. Sabe que tengo métodos muy expeditivos para conseguirlo, incluso creo que van a tener que ayudarme a sacar todo esto. Comprenderá que mis hombres, a pesar de ser fuertes, no puedan con todo este material...

Sus hombres, que habían salido del agujero, miraban reverencialmente a su jefe, esperando cualquier indicación suya, incluso un leve pestañeo, para actuar con prontitud. En aquel momento y por sorpresa, Giuseppe se hizo con la barra que habían utilizado como palanca y profiriendo un fuerte grito, blandió el hierro sobre los sorprendidos esbirros, que cayeron precipitadamente en el agujero, víctimas, uno del golpe en la cabeza y el otro al caerle su compañero encima. No hubo momento para explicaciones. Renzo y Rackoczy actuaron a tiempo, como si se hubieran coordinado y corrieron, no sin fatigas, la pesada losa de mármol sobre aquellos desalmados. El que todavía permanecía consciente tuvo tiempo de forcejear, impidiendo que se cerrase del todo la tapa. Luchó denodadamente por encaramarse al borde de la fosa, pero yo también participé en el motín, pisando sin piedad sus dedos que intentaban asirse.

La piedra seguía resistiéndose al movimiento y tras unos momentos tensos y varios gritos, un disparo. El sonido de la deflagración coincidió con el encaje de la piedra, que selló la tumba con sus dos nuevos ocupantes. Hubo un momento de confusión tras el esfuerzo, para poder comprobar que no habíamos salido indemnes de aquello. De pronto, vi a Giuseppe tirado en el suelo con su ropa empapada en sangre.

—¡Giuseppe! —grité desesperada.

No podía soportar que volviera a repetirse la misma historia. ¡Giuseppe no,

por favor! No entraba en mis esquemas que, ahora que habíamos conseguido darle la vuelta a la situación, uno de nosotros cayera de aquella manera. Temblando, puse mi mano sobre lo que intuía era la herida, pero todo se me hizo oscuro, ni siquiera se me ocurrió pedir ayuda. ¿A quién? debajo de metros de tierra y asfalto. Cuando me di cuenta de lo que sucedía, vi a Freiherr empuñando un arma: una pequeña pistola de corto calibre, pero lo suficiente para tomar la iniciativa.

—¿Ven lo que han conseguido utilizando la violencia? Solo tenían que haber esperado, ya les dije que hoy me sentía generoso... Ahora tendré que matarles. Dentro de poco podrán reunirse con su amigo Verdi, al pobre no le queda demasiado tiempo...

—¡Asesino! —grité desesperada.

—Lo siento, doctora Prato... Si es verdad que existe un más allá, y yo así lo creo, le será muy difícil decidirse con quién va a pasar la eternidad: si con el «invertido» de su marido o con este estúpido aprendiz de Indiana Jones... ¿No le parece divertido? —dijo riéndose.

Freiherr se sentó encima de uno de los arcones, mientras no paraba de encañonarnos. Parecía estar disfrutando con la situación y ni siquiera se inmutó al saber que sus hombres estaban bajo kilos de mármol. Sabía que, tarde o temprano, acabaríamos por sucumbir a sus deseos y les liberaríamos o, una vez muertos, lo intentaría él mismo. Estaba tan seguro de que se saldría con la suya que, confiado, sacó del bolsillo de su chaqueta el librito de Papel de Armenia para encender una nueva tira. Se tomó su tiempo para quemarla mientras seguía hablando, aunque yo había dejado de prestarle oídos.

—¿Alguien quiere ser el primero en morir? —nos preguntó—. Parece maquiavélico, pero les prometo que, una vez convertidos en espíritus, ustedes tendrán el dudoso honor de probar el poder que atesoran estos libros. Gracias a ustedes he podido conseguirlos, así que es de justicia que, si invocamos a los muertos, tengan el privilegio de ser preguntados sobre cómo se vive al «otro lado».

—¿Quién le dice que no será usted quien nos preceda? —le preguntó Rackoczy.

—Muy gracioso... Pero hoy no tenía previsto hacer un viaje tan largo. Creo que un traidor como usted pude ser mi primer candidato, ¿no le parece?

—No tengo miedo.

—Bravo, bravo... Me gusta la gente valiente.

En aquel momento encendió una cerilla para prender la tira de Papel de Armenia y, de pronto, un fogonazo iluminó la estancia. Una llamarada salió del pequeño pedazo de papel y con él se quemó con gran fuerza el resto del librito. Todo comenzó a arder: los libros, incluso la tela que supusimos era del Santo Sudario. Freiherr se vio envuelto de un fuego increíblemente voraz que también se cebó con su ropa. Comenzó a moverse con espasmos, intentando apagar las llamas pero, a cada intento, aquello parecía tomar más fuerza. En unos segundos, aquel idiota se había convertido en una tea humana, cuyos gritos horripilantes nos helaron la sangre. Todo por lo que había luchado se estaba quemando en el mismo fuego que le consumía y nos apartamos para no ser alcanzados por la destrucción.

Yo cerré los ojos para no ver más, hasta que cesaron los gritos y Freiherr cayó muerto ante nosotros.

—¡Rápido! —gritó Renzo—. Tenemos que sacar a Giuseppe. Todavía respira, aunque con dificultad. Ayúdenos Borislav.

Entre los tres pusimos en pie a un inconsciente Giuseppe, al que cargaron pasándole los brazos sobre sus hombros. Yo, incapaz de pensar claramente, les seguí hasta que alcanzamos la salida. Me pareció interminable el tiempo que tardamos, debido a la dificultad del recorrido pero, al ponerlo sobre el suelo del garaje, Rackoczy colocó sus manos sobre él durante unos breves segundos, para exclamar acto seguido.

—Vivirá... Ahora llamen a una ambulancia. No se preocupe —dijo dirigiéndose a mí—. Todo saldrá bien.

Nada más pronunciar esas palabras, se levantó para volver hacia el túnel.

—¿Dónde va, amigo? —le preguntó Renzo.

—Todavía tengo que resolver un asunto... Volveremos a vernos.

Yo no podía preocuparme por las intenciones de Rackoczy. En aquellos momentos, solo me interesaba Giuseppe y no quería que la historia volviera a repetirse. Renzo salió como alma que lleva el diablo para pedir ayuda, mientras yo rezaba entre dientes para que el hálito de la vida continuara atrapado en su cuerpo.

CAPÍTULO 16

—¿Qué hora es? —preguntó Giuseppe nada más despertar.

—Todavía no son las ocho de la mañana. No tardarán en pasar las enfermeras con la medicación.

—¿Por qué no te vas a casa, Simona? Llevas cuatro días al pie de la cama y ni siquiera te has podido dar una ducha en condiciones.

—No estoy cansada... —mentí. Estaba baldada por dormir en aquellos incomodísimos butacones—. Además, quiero hablar con el médico. Según dijo, era posible que hoy te dieran el alta.

—Gracias, Simona. Es muy importante para mí que estés a mi lado, y no lo digo solamente porque me hayas cuidado estos días. Lo digo porque...

—Calla, calla. No hace falta que me des las gracias. Simplemente es porque no tenía nada mejor que hacer... —dije, quitándole importancia al asunto.

En realidad, cuando todo terminó, no sabía muy bien qué iba a hacer con mi vida: regresar a Milán como si nada hubiera ocurrido o permanecer en Turín esperando no sé qué. Lo único que tenía claro era que no me movería de su lado hasta saber si se repondría del todo. Me sentía culpable por haberlo arrastrado a mi estúpida aventura y no quería que se repitiera la misma historia de Francesco. A pesar de ello, en mi interior, seguía guardando reservas respecto a lo nuestro. Me sentía confusa, casi igual que cuando llegué a Turín, aunque el foco de mis anhelos hubiera cambiado de *partenaire*. Me gustaba, no podía dudarle, pero temía que nuestra todavía breve relación no pudiera superar el fin de la aventura o la lejanía de nuestros trabajos.

Quizá fuera el momento para replantear mi vida y echarme el mundo por montera pero, ¿sabía lo que quería en realidad? La razón me decía que el deseo no bastaba, pero el corazón... Así me había ido, fiándolo todo al corazón.

Después de la optimista visita de los médicos, un vital Giuseppe insistió para que le dieran el alta y, en un visto y no visto, ya estaba acicalándose para abandonar el hospital. De nada sirvieron mis ruegos y reticencias.

—No seas tan pesimista, Simona —me dijo mientras se colocaba el abrigo no sin cierta dificultad—. Verás como en casa me recupero más rápidamente, además, tengo que atender mi negocio. Llevo muchos días sin abrir y no están los tiempos como para...

—De eso mismo quería hablarte. Yo no voy a permanecer todo el tiempo en tu casa. También tengo cosas que atender: mi casa, el trabajo... Como mucho, me quedaré unos días más, hasta que te restablezcas del todo.

Giuseppe se quedó sorprendido. En su ingenuidad, no esperaba una respuesta como aquella. Había dado por sentado que todo seguiría como él había imaginado y yo entraba en todos sus planes de vida. Al fin, dijo algo que sonaba a resignación.

—Está bien... Como quieras. Aunque yo pensé que...

—Estoy muy confusa. Tal vez me precipité. Tengo que aclarar mis ideas, saber lo que quiero hacer... Si me quedara contigo, sería por un simple impulso y no me gustaría que más tarde tuviéramos que arrepentirnos.

—Simona... Yo te quiero. No sé si todo lo que ha pasado en los últimos días ha podido desconcertarte y comprendo que estés así. No te culpo, pero tengo que decirte que mi amor por ti es sincero. No pienses que lo que he hecho ha sido por un mero afán de aventura. De todas maneras, voy a respetar tu decisión. No quiero forzarte a hacer algo contra tu voluntad. Tal vez, más adelante...

—Yo...

—No, no digas nada más —dijo decepcionado—. Será mejor que nos despedamos aquí mismo. No te preocupes, puedo tomar un taxi. Gracias a ti me encuentro mucho mejor, me has cuidado como nadie.

No pude añadir nada más. Cuando salió de la habitación, me quedé llorando amargamente, a pesar de haber provocado la situación. Estaba desolada y hundida, menos mal que, al entrar una de las enfermeras, pude rehacerme y envainé mi llanto, recomponiéndome como pude para salir de la clínica.

En aquel momento no sabía a dónde ir. Acudí al único sitio que podía considerar mi casa, el hotel Principi di Piemonte, cuya habitación, que todavía seguía pagando, no había pisado en varios días y donde suponía que todavía seguía parte de mi equipaje. En realidad no me importaba nada. Volvía a estar como al principio y tan solo me restaba coger las maletas y regresar a Milán

con el mismo *Frecciarossa* que me trajo aquí.

Hacía algunos días que me había despedido del viejo profesor Renzo. Se pasó por el hospital con un ramo de flores cuando Giuseppe despertó después de la operación. Se portó muy bien conmigo, incluso me acompañó durante una noche mientras velábamos a nuestro amigo, pero ya no podía demorar más su estancia allí. Debía regresar a Roma y se despidió efusivamente de nosotros. Intercambiamos teléfonos y direcciones pero, más allá de eso, consolidamos una amistad que juramos sería para siempre. En el mundo en el que me movía, no nos iba a ser complicado volvernos a ver, así que no hicimos un drama con su partida.

El único que nos intrigaba era Rackoczy. Desde el mismo día en que todo terminó, no volvimos a saber de él. Era como si la misma tierra se lo hubiera tragado, pero no estábamos seguros de cómo debíamos actuar. En el fondo, siempre supimos que era un personaje que no pertenecía a este mundo, así que no nos preocupamos demasiado.

Todo se había perdido: los libros, las reliquias... Incluso la TIC, que tan solo era una tapadera, desapareció sin dejar rastro del director y de su secretaria de *atrezzo*. Afortunadamente, el pago de nuestros honorarios se había dispuesto a tiempo para que no nos afectara el desastre de la empresa y sobre el descubrimiento de San Donato, ya me pondría en contacto con las autoridades una vez me reincorporara al trabajo. No me importaba dejar para otros las glorias del descubrimiento, no podría soportar volver allí.

Tan solo me quedaba pagar y marcharme, eso sí, con un gran sentimiento de vacío, como si hubiera dejado algo olvidado en la habitación pero, en el preciso momento de salir, el recepcionista me llamó precipitadamente.

—Señora Prato, señora Prato... Tiene una llamada.

Sorprendida me volví, no perdía nada atendiéndola. ¿Quién sería tan oportuno?

—¿Sí? —pregunté intrigada.

—Simona... Soy Borislav. Espero haber llegado a tiempo antes de que puedas cometer una tontería.

En otras circunstancias me hubiera sorprendido, pero nunca de Rackoczy. Siempre parecía saber cuál sería mi siguiente movimiento y esta vez no iba a ser distinto.

—¿Tontería? No lo sé. Me disponía a volver a Milán. Ya no hay nada que me retenga aquí. La misión ha terminado.

—A eso me refería... Para ti todavía no ha terminado todo. Por favor, aguarda tan solo unos minutos hasta que me reúna contigo. Espérame en la cafetería del hotel.

—Está bien, pero tan solo porque siento curiosidad por lo que ha sido de ti durante estos días. Tendrás que contarme largo y tendido.

Ya estaba enredada otra vez. Había algo en aquella ciudad que se empeñaba en atraparme, aunque yo solo quería escapar de los contumaces recuerdos que tanto daño me hacían. Me senté en la cafetería y pedí un vermut para hacer tiempo. Todavía no lo había terminado cuando apareció la lúgubre figura de Rackoczy por la puerta.

—Borislav... —pronuncié su nombre mientras me abrazaba a su estilizado cuerpo, rozando uno a uno sus huesos.

Me alegré tanto de verlo, que olvidé por un momento todos y cada uno de los improperios que le había lanzado desde que lo conocí. Ahora estaba preparada para atender y entender cualquier cosa que me dijera. Estaba segura de que nada caería en saco roto.

—¿Podemos sentarnos? —me pidió, ante mi inusual muestra de cariño que le sobrepasó.

—Claro, claro... disculpa, pero me he alegrado tanto de verte que...

—Antes que nada. ¿Cómo está nuestro querido Giuseppe?

—Hoy mismo le han dado el alta. Ahora estará en casa, supongo.

—¿Supones...? Mira, Simona, no he venido para soltarte un sermón, ni es mi deseo hacer de alcahueta. No. Pero, ¿realmente crees que te merece la pena abandonarlo todo para regresar a Milán?

—No voy a abandonar nada. Pienso retomar mi vida, mi trabajo...

—A eso me refería. ¿Piensas que ahora tu vida está en Milán?

—¿Dónde si no?

—¿Qué ha sucedido con Giuseppe? ¿Qué ha pasado que te asusta tanto? ¿Piensas que pueda convertirse en un nuevo Francesco?

—No lo sé... Son las mismas preguntas que me hago a mí misma y para las que no tengo respuesta, por eso he decidido poner tierra de por medio y darme tiempo para meditar.

—¿Realmente te hace falta ese tiempo? Estoy convencido de que ya tomaste una decisión en el mismo momento en que lo conociste. Te gusta, es más, le quieres, aunque no hace falta que yo te diga esto... Hay algo más.

—Dímelo tú, parece saberlo todo.

—Sigues siendo una sarcástica, pero voy a hacerlo, por eso he venido. Tienes un miedo atroz al fracaso. Tu vida hasta ahora ha sido como una flecha directa al éxito. Has conseguido triunfar donde tantas mujeres han encontrado incomprensión y fracaso. Tenías una vida envidiable y segura, pero todo se vino abajo cuando Francesco... Bueno, cuando Francesco te traicionó. En realidad, tenías tu vida cogida con alfileres, tan sutiles que, a las primeras de cambio, todo se desmoronó. Te faltaba confianza en ti misma, porque siempre dependiste de la opinión de los demás; tenías demasiado temor a hacer el ridículo. Volviste a confiar en un hombre cuando conociste a Giuseppe, pero me di cuenta perfectamente de cómo lo mirabas cuando aparecimos por la TIC aquel día en que todo terminó. Estabas aterrorizada al ver que había cambiado. Pensabas que se movía en los mismos parámetros de racionalidad que tú y en ese ambiente te encontrabas segura pero, al mostrar sus dotes sensitivas, pensaste que todo tu mundo volvía a removerse y dejaste de sentirte protegida. Te asaltaron los miedos y decidiste salir corriendo, como sueles hacer cuando ya no controlas la situación...

Me quedé muda. De repente me vi retratada, perfectamente descrita por alguien que no era yo y no le faltaba razón. Todo lo que bullía en mi cabeza, se iba colocando en orden y comenzaba a ser consciente de cuáles eran mis verdaderos problemas y carencias. Sentí vergüenza, mucha vergüenza, por haberme creído una mujer todopoderosa y, en el fondo, ser la más miserable de todas; un conejo que salía huyendo al menor atisbo de peligro pero, en aquel momento, me pudo una falsa dignidad que pretendía, inconscientemente, salvar los papeles.

—Ya te dije en una ocasión que, en lo concerniente a mi vida privada, no quería intromisiones. Creo que soy lo suficientemente adulta para resolver mis problemas.

Se hizo un silencio insalvable. Había rechazado el último salvavidas que, con generosidad, había venido a ofrecerme y eso solo consiguió que me sintiera aún más miserable. No obstante, tenía que seguir adelante e intenté suplir mi falta de humildad con la curiosidad insana que también pugnaba por

salir.

—Te agradezco tu interés, pero todavía no me has explicado qué ha sido de ti en estos días. Lo último que recuerdo es que volviste a ese endemoniado pasadizo... ¿Para qué? ¿Qué había allí tan importante que te hizo volver?

—Simona, Simona... No cambiarás nunca. Tus ojos solo pueden ver lo que tu mente racional dice que vean.

—¿Acaso no fue real la espantosa muerte de Freiherr y las llamas que lo devoraron todo?

—Sí, yo me encargué de que así fuese... Preparé el librito de Papel de Armenia que entregué a Freiherr con una solución a base de nafta, muy parecido al llamado *Fuego Griego*. Mis años de alquímico me fueron de mucha utilidad. Lo que en realidad quería decirte es que no todo se perdió en aquel incendio.

—¿Qué quieres decirme?

—Que los libros no sufrieron más que daños aparentes. El contenido, afortunadamente, se ha salvado.

—¿Y las Reliquias?

—No son unas simples reliquias. Se trata de las auténticas y, según una antigua tradición, jamás podrán ser destruidas por el fuego. Permanecerán eternamente hasta la venida del Salvador.

—Si es así, ¿para qué mantenerlas ocultas?

—Porque su verdadero valor está en la búsqueda de lo que representan, de igual modo que lo importante no es el destino, sino el camino que se hace hasta llegar. Tal vez algún día llegues a comprenderlo. Sin saberlo, querida Simona, tú también iniciaste un camino y por fin has llegado a la meta. Ahora te toca averiguar qué has aprendido.

Al final de aquella conversación, nos despedimos con un fuerte abrazo. Sabía que jamás volveríamos a vernos, pero nunca estuvimos más unidos que en aquel momento. Ese maldito serbio había conseguido llegar a mi corazón, un lugar al que tan poca gente había podido acceder, y me marché, como solía, sin mirar atrás, para que Borislav no me viera llorar.

El corto trayecto hasta la estación se me hizo eterno y no sé cómo pude sacar el billete. Mi mente viajaba por imágenes inconexas que iban desde mis frustrados deseos hasta momentos plagados de explosiones de adrenalina.

Fue un alivio cuando emprendí la vuelta a Milán. Sentí que ya no había vuelta atrás, como si me hubieran raptado y no pudiera hacer nada por evitarlo. La decisión estaba tomada y tan solo me quedaba adaptarme a la nueva situación. Estaba decidida a pedir el reingreso en mi trabajo para evitar prolongar mis dudas con eternos días de ociosidad en casa. El trabajo sería el bálsamo que me aliviara y, en pocos días, todo lo que me había pasado sería tan solo un recuerdo y Giuseppe una bonita historia de amor que jamás me causaría un daño insoportable. Aprendería a vivir con ello.

CAPÍTULO 17

Dejé que pasaran las fiestas de Año Nuevo para volver a la oficina. No hubo grandes muestras de alegría entre los empleados, es posible que todavía recordaran cómo me marché y no les culpaba por ello.

Utilicé aquella semana para ponerme al día y revisar todo mi correo, lo que no me llevó demasiado tiempo gracias al trabajo de mi querida Giulia, la secretaria fiel y eficiente que cualquier director desearía tener a su servicio. Era la víspera de la Epifanía y todos se afanaban por ultimar las compras, en especial los regalos para los más pequeños, que esperaban con ansia la llegada de *Befana*, así que permití a todos que adelantaran su salida y me quedé sola para trabajar. Tuve que emplearme a fondo para que Giulia, una empedernida soltera y cuya familia más cercana residía en Puglia, también se marchara.

No tenía ganas de fiestas y mucho menos de volver a una casa que se me caía encima, además, a la semana siguiente, había una importante reunión en Bolonia de la Superintendencia Nacional y tenía que repasar los aspectos más importantes de la misma, no quería que el tiempo que llevaba fuera, mermara mi buena fama como responsable.

Eran casi las seis de la tarde y la lluvia empezó a repiquetear en la ventana que había a mi espalda. Había oscurecido, pero yo no necesitaba más luz que la que suministraba mi lámpara de banquero, una de esas de pie de bronce y pantalla de cristal verde. A lo lejos puede oír el chirrido del carro de Rosa, la mujer de la limpieza que, a esas horas, se afanaba por dejar en condiciones los despachos de mi planta. Instintivamente, abrí el cajón de mi mesa para comprobar que todavía estaba allí la pequeña *Beretta* que compré cuando regresé a Milán. Después de la muerte de Francesco, decidí tomar precauciones por si algún amigo de Freiherr se le ocurría asomar las narices por mi vida. No me gustaban las armas, pero me hacían sentir mucho más segura y volví a cerrar el cajón, centrándome en el voluminoso dossier que tenía sobre la mesa.

Habría pasado más o menos una hora y el rumor de la limpiadora hacía rato que había dejado de oírse, hasta hacerse tan patente el silencio que me distraje

de la lectura. Volví a bajar la vista sobre los papeles, cuando oí el estruendo de una puerta al cerrarse. No le di mayor importancia, pensé que sería Rosa, que ya se marchaba. Después escuché el inconfundible sonido de unos zapatos subiendo a paso constante por la escalera que comunicaba mi planta con el resto del edificio. No parecían los zuecos de una limpiadora, ni su ritmo el de una mujer de sesenta años, aun así la llamé.

—Rosa... Rosa... ¿Eres tú?

No obtuve respuesta y entonces me asusté. Nadie debía estar ya en el edificio, ni siquiera el vigilante que terminaba su turno a las siete. Tenía llaves y normalmente cerraba yo misma cuando me quedaba hasta tarde, así que sabía que estaba sola a esas horas, excepto por la presencia de Rosa y esta no daba ya señales de vida.

Abrí de nuevo el cajón y puse la pistola en mi bolsillo. Otro nuevo ruido de puertas cerrándose y me levanté como si quemara el asiento de mi silla. Cayeron la mitad de los folios de mi dossier sobre el suelo, pero ni reparé en ellos cuando los pisé con sigilo para no hacer ruido. Avancé hacia la puerta abierta de mi despacho. Desde allí se podía divisar el largo y mal iluminado pasillo y el acceso a la escalera; no se veía a nadie. Me aventuré hasta el final, incluso abrí alguna puerta en mi insensatez, para comprobar que me encontraba totalmente sola. Tal vez mi paranoia me hacía ver cosas raras y tan solo se trataba de ruidos casuales: una corriente de aire que empuja una puerta, alguien rezagado que abandonaba el edificio tras recuperar horas de oficina... ¡Qué sé yo! Últimamente tenía los nervios a flor de piel y no descartaba tener que volver a tomar pastillas.

Al regresar, casi se me heló la sangre. Alguien estaba asomado a la puerta de mi despacho. No podía distinguirlo, estaba de espaldas y en aquel momento no supe que hacer. No podía gritar para llamar su atención, ni tampoco podía correr. Un miedo atroz me tenía paralizada, a pesar de tener la escalera a escasos metros, pero había olvidado las llaves sobre la mesa. Recordé lo que llevaba en el bolsillo y saqué mi arma con cuidado. Cuando lo tuve encañonado le hablé.

—¿Quién es usted? Sepa que le estoy apuntando con una pistola. Gírese muy despacio.

Aquel tipo levantó las manos. Llevaba algo que no puede distinguir e hice que lo tirara. Lentamente se volvió y me acerqué para verle la cara. Cuando

pude verlo bien, casi me desmayo. No lo podía creer, era Giuseppe. ¿Qué hacía allí?

—¡Giuseppe! —grité su nombre mientras bajaba la pistola y me llevaba la mano libre a la boca.

—¿No pensarás matarme? —preguntó aliviado al ver que no era mi intención—. Quería darte una sorpresa y, al final, has acabado por dármela tú.

Me eché a llorar. Había estado a punto de matar a Giuseppe presa de mis paranoias. Estaba loca de remate. Él me abrazó y yo dejé caer el arma al suelo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando pude recuperarme de la sorpresa—. ¿Por qué no me avisaste de que venías?

—Ya te he dicho que quería darte una sorpresa. Vi a la mujer de la limpieza y me dejó entrar; le dije que era tu amigo... Y como supuse que no recibirías ningún regalo por ser una «niña buena», venía a entregarte en mano lo que la vieja *Befana* había dejado para ti, aunque no sé si podríamos decir que has sido lo que se entiende por «buena»...

—Lo siento... Compré la pistola por si la necesitaba...

—Freiherr murió y no creo que su fantasma vuelva para atormentarnos... ¿Podemos pasar al despacho? Creo que nos vendría bien sentarnos. Veo que siguen temblándote las piernas.

Entramos y nos sentamos en las sillas que había delante de la mesa y Giuseppe me tomó las manos entre las suyas. Yo no sabía qué decir, estaba avergonzada, pero la penumbra evitaba que viera el rubor en mis mejillas.

—No he querido llamarte desde que nos despedimos en el hospital. He intentado respetar tu espacio, darte tiempo para reflexionar tal como me pediste... Pero he de decirte algo, por eso he venido. No sé cuál será tu decisión y te prometo que la respetaré, sea cual sea, pero quiero que sepas que yo... que yo sigo queriéndote y no he podido apartarte de mis pensamientos. Ha sido muy duro no poder hablar contigo estas Navidades. Me hubiera gustado tanto pasar estos días contigo... Muchas veces he estado tentado de llamarte, pero me decía que, tal vez, no estuvieras preparada, que todavía estaba todo muy reciente... Simona, no puedo vivir sin ti.

—Yo... —otra vez se me trababa la lengua—. Desde que me fui de Turín, tampoco he encontrado la paz que buscaba. El mismo Rackoczy trató de

advertirme antes de que me fuera...

—¡Rackoczy! ¿Qué ha sido de él?

—¿No lo has visto?

—No, no he vuelto a saber nada de ese tipo. Es curioso, pero cuando estábamos en aquellos túneles, consiguió sacar algo de mí. No sé cómo lo hizo, pero logró que, rebuscando en lo más recóndito de mis sentimientos, encontrara la intuición que nos llevó hasta lo que buscábamos... Me dio una confianza en mí que me ha cambiado de alguna manera, por eso me decidí a venir. Estoy seguro de que no será en balde... ¿No te parece?

—¿Tú crees que puedo hacerte feliz? ¿Que podré superar lo que me ha pasado y empezar una nueva vida?

—Si no lo creyera, no habría venido.

—Luego está mi trabajo... He sacrificado tanto en mi vida, que pienso que no podría superar dejarlo.

—Por eso no te preocupes. No quiero que lo dejes. Eres muy buena en lo tuyo y el mundo se perdería a una gran mujer en un puesto tan relevante. Precisamente de eso iba el regalo que te había traído que, por cierto, se ha quedado en el suelo, en la puerta de tu despacho.

—Por favor, tráelo.

Giuseppe se levantó y recogió el paquete que le había obligado a tirar. Lo puso en mis manos y yo, como si fuera una niña, rompí el envoltorio con nerviosismo.

—Pero si es *Réflexions nouvelles sur les femmes*, de Madame de Lambert —dije con sorpresa.

—Es la edición de 1729, impreso en La Haya.

—Te habrá costado una fortuna.

—Valía la pena. Tal vez este tratado sobre las mujeres, de una adelantada a su tiempo, te ayude a reflexionar. Sobre lo del trabajo, solo te diré que he vendido la librería.

—¿La librería? Estás loco, si era tu mundo, tu pasión... Tu vida.

—Te equivocas, mi vida eres tú. Si no estás en ella, tampoco merece la pena todo lo demás... Ya está decidido. Si no quieres, me iré y no volveré a molestarte jamás. Empezaré en otro lugar, aunque nada será lo mismo.

No tuve que contestar. Me levanté y abalanzándome sobre él, lo besé. Lo

besé tan apasionadamente que caímos juntos al suelo. Nos abrazamos, retozando sobre los restos del dossier que alfombraban el suelo y me hizo el amor tan salvajemente como era mi deseo por él.

Por fin había comprendido cuánto lo quería y no deseaba que aquello terminara. Nunca me separaría de él. Mis miedos, mis dudas y ansiedades habían desaparecido para siempre. La vida me daba una segunda oportunidad sin tener que sacrificar nada. Giuseppe se me ofrecía limpio y desprendido, para que no tuviera que elegir y yo no estaba acostumbrada a recibir algo sin nada a cambio. Tendría que aprender a dejarme querer.

Mientras me recomponía e intentaba recoger el despacho, Giuseppe me miraba embelesado.

—¿En qué piensas? —le pregunté intrigada.

—Que es tarde, no tengo donde pasar la noche y todavía no sé qué has decidido.

—¿Crees que tengo que darte una respuesta? Está bien, vámonos a casa. A nuestra casa. No querrás que te invite a cenar vestidos así.

Tomamos un taxi, tenía prisa por llegar. Nunca me había sentido así de feliz. Por fin alguien se había molestado en conquistarme y había rendido la fortaleza incondicionalmente y para siempre. Giuseppe me agarraba bien fuerte por la cintura, como si no quisiera que me escapara, pero yo agradecí que casi no me dejara respirar. Al abrir la puerta, miré el buzón como hacía a diario. Publicidad y alguna factura del banco y entre esa correspondencia, un extraño sobre sin remitente.

—¿Qué será esto? —pregunté sin pretender respuesta.

Rasgué el sobre para ver su contenido y de pronto aparecieron unas cuartillas que parecían arrancadas. Eran antiguas y pronto reconocí su caligrafía.

—¡Son las hojas que le faltaban al diario de Carlotta! Ese maldito Rackoczy... —dije mientras las observaba incrédula y sorprendida.

Busqué en el interior del sobre alguna nota y por fin la hallé.

Querida Simona:

Entre los libros encontré las piezas que faltaban en el «rompecabezas» de Carlotta. Ahora que todo está de nuevo en orden, he pensado que, tal vez, te pudieran interesar y de paso cerrar una etapa de tu vida,

ahora que has decidido darte otra oportunidad.

Saluda de paso a Giuseppe. Os deseo de todo corazón la máxima felicidad. Tal vez nos volvamos a encontrar, hasta entonces, solo te pido que confíes en tus emociones y recuerda que la intuición también forma parte de la razón.

Borislav.

Junto a la nota había un librito de Papel de Armenia, que tomé en mis manos y lo acerqué a la nariz para olerlo. Aquel aroma me retrotrajo a las experiencias vividas en Turín, pero ya no me sentía afectada por sus recuerdos, tan solo me produjo una especie de paz.

Giuseppe parecía abducido por aquellas hojas de papel, que repasaba una a una sin entender nada. Cuando entramos en casa, cerré la puerta tras de mí y le pedí los papeles.

—Dame esas hojas —le requerí.

—¿Es que no vas a leerlas? Es posible que guarden algún secreto importante.

—Ya no quiero más secretos en mi vida.

—¿Qué piensas hacer con esto?

—Voy a quemarlo.

—¿En serio? ¿No tienes ni siquiera curiosidad?

—La única curiosidad que tengo esta noche es saber qué vamos a cenar.

—Está bien, como quieras... Haz con ellas lo que te plazca.

Tomé las cuartillas y fui con ellas a la cocina. Saqué una vieja olla y las lancé en su interior, encendí una cerilla y les prendí fuego. Pronto, las llamas comenzaron a salir crepitando, mientras sentía que se consumía una parte de mi pasado que intentaba olvidar. Eché por último, a la improvisada pira, el librito de Papel de Armenia y comenzó a salir un humo denso y aromático que invadió la cocina. Giuseppe me abrazó por detrás y me preguntó.

—¿Estás segura de lo que has hecho?

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida. De eso y de ti. Ahora sé que ningún fantasma se interpondrá entre nosotros. Rackoczy me dijo el mismo

día que nos despedimos, que lo importante no era el tesoro, sino su búsqueda. Ahora sé que ya he encontrado lo que buscaba, que he llegado al final del camino. Ya no me importa Carlotta, ni los libros, ni la magia que atesoraban. Lo importante somos tú y yo.

Giuseppe me besó, mientras el humo del pasado nos envolvía en una espesa nube.

—¿Nos vamos a cenar? —pregunté a Giuseppe.

—Creo que antes deberíamos cambiarnos, vamos a oler a humo.

—Yo solo huelo a Papel de Armenia. Vámonos, se hace tarde.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a todos los amigos y amigas que me han animado, con sus críticas y lecturas desinteresadas, a escribir. Gracias a la editorial Selección RNR de B de books por darme la oportunidad de alumbrar esta novela y, por último, a Italia, por haberme prestado los escenarios donde transcurre esta historia llena de pasiones y misterio.